





DGCL
A

+ 144876
C 1195967



113

10

De Castella Vetula

(HOJAS DE UN LIBRO DE VIAJES)

POR

D. José M.^a Aguirre y Escalante

EDICIÓN PÓSTUMA

CON UN PRÓLOGO DE

D. VICENTE LAMPÉREZ

SANTANDER

TALLERES TIPOGRÁFICOS J. MARTÍNEZ
CALLE DE LA CONCORDIA, NÚM. 11

1915

DE CASTELLA VETULA

A.

D. José María Aguirre y Escalante

DE CASTELLA VETULA

(HOJAS DE UN LIBRO DE VIAJES)

EDICIÓN PÓSTUMA

CON UN PRÓLOGO DE

DON VICENTE LAMPÉREZ

SANTANDER

TALLERES TIPOGRÁFICOS J. MARTÍNEZ

CALLE DE LA CONCORDIA, NÚM. 11

1915



R.120472

PRÓLOGO

Yo no conocí en vida a José María de Aguirre y Escalante. ¿Qué importa? Acaso así, en la indecisión con que su figura material se me aparece, puedo fijar más neta y libremente los trazos de su hermoso y delicado espíritu. Para tal «esbozo» ponen la pluma en mi mano los requerimientos de una amistad, injustamente benévola para mí, y la gratitud a una devoción, que, sin merecerla, inspiraron mis estudios al malogrado escritor «montañés». Quisiera yo, por tan impagable deuda, saber elevarme hasta dominar las «cumbres» del espíritu de Aguirre, marcando por ellas su personalidad, aunque quedasen en el fondo detalles mil, no por la carencia de méritos, sino por la pobreza de mi visión. Aun contando con ella, no será difícil la empresa: tan clara y diáfana

namente se pintó a sí mismo en las páginas de este libro, pletóricas de ideas y de sentimientos.

Aparece a su través Aguirre como un «montañés» que, empapado de Escalante y Pereda, «miró», sin embargo, la seca llanura castellana con ojos de enamorado de su monótono suelo, de su candente sol, de sus recios hombres, y, aun más, de su historia, amplia y heroica. «Enamorado de la España vieja», al pasar Reinosa en busca de su Castilla, dejóse atrás, con olvido momentáneo y abnegado, las esfumadas nieblas, los verdeantes valles, las casonas de enrevesado escudo y los dulzones pasiegos. Llevábale hacia la estepa—lo dice él mismo—, «ansia indomable y loca de pasiones atávicas», y empujado por ella, visitó León, Salamanca, Avila, Segovia y Burgos; «trató» al Cid, al Sexto Alfonso, a Carlos V, a Juan Bravo, a Teresa de Jesús y a Quevedo, y habló con hidalgos segovianos, con labriegos abulenses, con charros emperegilados, con ropavejeros trashumantes, con pilletes salmantinos, con tullidos leoneses y con sacristanes burguenses; y «vió» todas aquellas ciuda-

des y todas estas figuras con trazos que saben al Romancero, a versos de Santillana, a entalladuras de Berruguete y a pinceladas de Velázquez. Y para que todo sea en la pintura castizamente español, endulza siempre las descripciones de esa Castilla, «parda y trágica», con la nota luminosa, satírica y socarrona, que no faltó nunca en las poesías de don Iñigo, o en la «iconografía» de don Diego. ¿Cómo no citar, a este propósito, el jocoso paso del hábito del falso peregrino mendicante en el atrio de la Catedral de León; la disputa de los dos pilluelos de Salamanca, las «filosofías» del mercader de Avila y la descripción de los jamelgos de Alba de Tormes, escenas todas dignas de las más coloristas y picarescas novelas de nuestro Siglo de oro?

Pero no tomes, lector, como cosa ligera y baladí esa ironía que salta frecuentemente, y, a veces, en medio del más sentimental pasaje: no es sino cualidad de un alma sensibilísima, vidente clara de los sempiternos «Heráclito y Demócrito» que constituyen «el doble» de las cosas terrenas. Y admira, además, cómo de esas burlas sírvese Aguirre

para dar una de las notas más vibrantes y valientes de su libro: el «españolismo». Gigante forjador de Patria fue otro montañés ilustre: Menéndez y Pelayo. Síguete bien las huellas nuestro malogrado escritor. Su amor a España se exhala fuertemente en toda ocasión: ya es en la ligera chanza contra el extranjerismo irracional, cuando zahiere el «foot-ball», que al atentar a la integridad de las espinillas de los jugadores a puntapiés, resulta de una «exquisita delicadeza»... porque nos vino de Inglaterra: ya es en la sátira reflexiva pintando, estupendamente por cierto, a los cosmopolitas visitantes de la Catedral de Burgos, ganados poco a poco desde la superficial inspección «Baedekeresca», hasta el éxtasis rendidamente absoluto y definitivo, por las bellezas del monumento: ya es en la amargura sentida por la eterna injusticia de Europa, que rompe en patrióticas frases al ver la ruina de los monumentos salmantinos a manos de los soldados de Napoleón. Oídlas, y releenlas después: «Téngase muy en cuenta que los franceses entraron en España a conquistarla en nombre de la civilización. ¡Ay,

si los ejércitos de Felipe II... hubieran prendido fuego a la Sorbona, todavía no nos lo habría perdonado Europa!» El españolismo de Aguirre vibra, en fin, con entonaciones épicas, en aquel párrafo que es todo un capítulo de Filosofía de la Historia, en el que «ve» al extranjero Carlos V paseando en triunfo por Europa los estandartes de Castilla, enamorado del alma castellana, ¡castellanizado él mismo y siendo ya, al promediar su reinado, «Rey de España, antes que Emperador de Alemania!» ¿Que el concepto no es, acaso, verdad ante la Historia? ¡Qué importa, si lo es ante la grandeza de Español!

Cambiando el prisma, veremos a nuestro escritor consumado paisista: no en balde era coterráneo de José M. de Pereda y de Casimiro Sáinz. Bien «siente» el agua, cuando desgajada del cielo, encharca sin medida las llanuras palentinas; envuelto en la claridad lunática, bien describe el argentado de las calles y plazas leonesas; bien pinta el crepúsculo auroral escalando paulatinamente las flechas burgalesas. Pero donde Aguirre se afirma maestro es en las puestas de sol, calientes y rojas, dorando

los palacios salmantinos o tiñendo en sangre el heroico suelo de los Arapiles. Acaso hay en ese amor al sol y a sus fuertes efectos pietóricos, un contraste inconfesado con la impresión nativa de la «montaña», tristemente envuelta en nieblas grises, opacas y disfumantes. El «paisismo» del autor sublimase en la visión de las vetustas ciudades castellanas, a las que el cielo enluzca, comunicando a sus monumentos una psicología local y característica, por la que es plateada y legendaria León, dorada y riente Salamanca, gris y austera Avila.

Otra «cumbre» del escritor, que emerge de estas páginas, es la más recta bondad de pensamientos. Poeta del recuerdo, extrae de la Historia con predilección lo que hay en ella de más alto y noble, y «pasa» por lo deforme y bajo. ¡Con qué ternura cita, por ejemplo, la nobilísima carta de los segovianos a los medineses a raíz de la «hazaña» de Ronquillo! ¡Como mide la grandeza del Quevedo viejo, enfermo y prisionero, enterrador del Quevedo mordaz, satírico y espadachín! Seguid las páginas de Aguirre y le encontraréis siempre enamorado fervo-

roso del ideal, enaltecedor de todo lo recto y levantado. Y por ello exalta las memorias legendarias de España; y por ello ve su grandeza, hasta en su decadencia: «porque es imposible rodar de una montaña si antes no se ha trepado a ella.»

Llega la ocasión, en este análisis, de tratar de la «cumbre» arqueológica. No: Aguirre no es un arqueólogo en el sentido técnico e histórico de la palabra. Es más, a su naturaleza sintética en la cantidad, y lírica en la cualidad, le repugna lo seco del tecnicismo y de la cifra. Por eso jamás «describe» la arquitectura de un monumento, ni «relata» su historia: las «apunta». Y hace lo mismo con la escultura, en la que percibe siempre lo inmaterial sobre la forma: de tal modo, que a él mismo podría aplicarse lo que tan sentidamente dice de los artistas medioevales: «Preferían imitar lo que soñaban, a lo que veían». Y en efecto, nuestro autor pinta lo que fantasea su imaginación, no lo que perciben sus ojos. Leed, como ejemplo, los dos párrafos que Aguirre dedica a los bustos de las figuras históricas que en la magnífica fachada leonesa de San

Marcos, emergen de sendos medallones. ¡Qué admirable modo de imaginar «vividitas», «dolientes», aquellas esculturas!

No obstante este «sintetismo» arqueológico, el autor sabe de Arqueología mucho, y bien sabido. Pero es que para él esa Ciencia no constituye más que el andamio, preciso para elevar aplomado el edificio, y, al fin, armatoste feo que con sus palitroques rompe su belleza. ¿Qué ha de extrañar la parquedad arqueológica de Aguirre? ¿Añadiría nada a la poética y exacta descripción de «Avila la triste» el detalle documentado? ¿Tuvo necesidad de citar fechas y teorías justificativas de la decadencia gótica para trazar, a propósito de la Casa de las Conchas, un cuadro de la Arquitectura «Reyes Católicos», con pluma que en «preciosismo» competir puede con el cincel de Juan Guas? Este «sintetismo» de Aguirre es una cualidad de sus pinturas, pues cuando se entra por los caminos de la Arquitectura descriptiva y de la Historia fechada, su obra decae y baja. Mirad (y ved en esta observación que no todos son elogios) el capítulo de la Cartuja de Miraflores, el más «técnico» y

«documentado» de los del libro, y notaréis lo desmayado de su contextura y estilo, los cuales vuelven a animarse al final, cuando escribe desligado ya del grillete arqueológico. Exactamente apreciaba Aguirre su propio temperamento; oíde: «Cuanto más erudito sea el arqueólogo que describe, más fatigosa suele hacer la descripción: acierta a veces mejor el poeta con una docena de palabras brillantes o un símil afortunado, a dar de ellas una idea felicísima, que el erudito con muchas páginas de farragoso tecnicismo.»

.....

.....

¡U precisamente, por fatalidad nunca por él imaginada, es uno de esos «técnicos farragosos» el que hoy prologa el libro del «poeta de ideas felicísimas!» Sírvame de disculpa lo que al comienzo apunté, y de alivio de conciencia, la confesión de que mi pensamiento va acorde con el que encierran aquellas palabras. Mil veces, en mis largos años de estudios arquitectónicos, ante las severas líneas de Poblet, ante las filigranas de la Alhambra, ante las sutilezas

góticas de la burgalesa Capilla del Condestable, ante las «fantasías platerescas» de Monterrey, ante las masas imponentes de la mole Escorialense, ante los asombrosos reforcimientos del Transparente de Toledo; mil veces, digo, sentí el desprecio hacia aquel «tecnicismo» que si me daba a conocer el problema mecánico, o me dejaba adivinar el abolengo de una forma, o me «deceía» el nombre de un artífice, me sujetaba prisionero, incapaz de volar a las alturas de la delectación estética y desinteresada, a la percepción «ideal» de aquella obra. Pasábame lo que al anatómico experto, que dueño del desnudo de una mujer, Venus rediviva, no tuviese ojos más que para el músculo y el ligamento, o para el problema circulatorio de la sangre. Yo era «dueño» de la «razón de ser» del monumento, pero a costa del goce de su belleza. ¿No valdrá más, para «sentir» las Catedrales góticas, aquella teoría de los «bosques de palmeras», a lo Chateaubriand, que la nuestra de la lenta transformación de la bóveda romana? ¡Quién sabe! Y sin embargo...

Hay mucho en la apreciación de la Belle-

za, cuando ésta es algo más que «formal», que exige una inteligencia perceptora del «motivo racional» de la existencia de la obra. El ingeniero, conocedor del complicado mecanismo de una «Compound» «sentirá» su innegable Belleza, mucho más y con más fuerza que el rústico que cree que lleva los caballos dentro: y el «técnico» que sepa explicarse la sabia estructura de la Arquitectura gótica, estará en condiciones de sentir centuplicada la admiración, rindiéndose ante aquel concepto de la Belleza ideal, por el que el Arte sobrepujó a la Materia. Y después, si aquel «técnico» acierta a dar al profano cuenta, sobria y concisa, de la «razón de ser» del monumento, ¿no le habrá construído un pedestal sobre el que pueda elevarse, ¡cuanto más poeta, mejor!, a una percepción «sentida» y «razonada»?

Perdónese, pues, a un «técnico» que rompa aquí una lanza en defensa de la Arqueología pura, no como protesta de las palabras, exactas y veraces, del escritor malogrado, sino como paladín de unos estudios que tienen que ser necesariamente «apoyo» del sentimentalismo para todos aquellos se-

res de espíritu elevado, que no se contenten con el aprecio de la superficialidad de las cosas.

A ellos pertenecía, en la más alta categoría, José María Aguirre y Escalante. Sentimiento, nobleza, casticismo, erudición, estilo: todo lo reunía. Vedlo en sus páginas; ellas os harán olvidar las mías. Para él todos los honores y todas las piedades; tuvo una grande alma, y murió muy joven.

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA.

Madrid, Septiembre de 1913.

I

TIERRA DE CAMPOS

UN TEMPORAL EN LA LLANURA

BRAVA y tupida y arremolinada entre ráfagas huracanadas y frías de viento del Norte, una lluvia torrencial, medio congelada, hería con incontables latigazos de sus fustas lacerantes el atarecido caserío de la hidalga ciudad de Palencia mientras caminaba el tiempo por las horas de un alborcer de abril, disfrazado de enero riguroso.

Los arriscados viajeros, una docena mal contada, que aguardábamos el correo de Galicia, arrebuados en mantas y abrigos, buscamos albergue y calor en las salas de espera y, enmudecidos y malhumorados, volvíamos los ojos soñolientos al desmayado rescoldo de las estufas. Agonizaban éstas cuando entró a avivarlas un empleado calado de agua y mal envuelto en una manta de las famosas indígenas,

el cual nos anunció que el tren traía un retraso de más de media hora, según telegrafiaban de Venta de Baños.

El temporal reinaba en toda la llanura castellana desde la noche de víspera, sin trazas de abdicar, y convertía las tierras de Campos en mares de aguas arcillosas.

Un murmullo de desagrado se alzó entre la concurrencia al conocer la esterilidad del madrugón en mañana tan despiadada, y las estufas, acaso por consolarnos, concertaron un chisporroteo parlanchín y juguetón, y lanzaron sobre nosotros las hondas tibias de su hálito bienhechor. Estábamos en los campos de Castilla, en la tierra de las hondas lontananzas, y apenas si avizorábamos desde el nuestro el andén frontero; todo lo cubrían las celliscas con sus crespones grises, y era tan tupida la manga de agua que descargaba aquel cielo invisible que parecía un inmenso bloque aguanoso gravitando sobre la tierra, tan espeso y tan pardo que ni la cegadora llamarada del relámpago tenía fuerzas para rasgar sus negruras. Llovía con tal ímpetu, que el agua desencauzada de los canalones del tejado de la estación, caía a lo largo de la *marquesina* como un

tapiz de plata ondulado por el viento. ¡Y estábamos en plena primavera y en lugares donde a menudo mueren de sed las cosechas...!

Preguntábame yo, hijo del país de las eternas humedades, por aquella alta y tendida estepa que agrieta el calor del sol castellano o trueca en helado pedernal la escarcha de las noches despejadas. Llegué a ella, como Goethe a Italia, harto de nieblas, de noches prematuras y de rumor de aguaceros, buscando luz radiante, aire diáfano y calor del cielo, pero no tuve la suerte del gran poeta germano cuando con gran regocijo infantil saludó entusiasmado la primer oleada de polvo que alzaron las ruedas de su coche al descender de los riscos del Tirol a los llanos del Veneto.

En la amenazadora penumbra de aquel amanecer rezagado quebrábanse desmayados los claros albores primaverales, y entre el trepidar de las celliscas apagábanse los rumores urbanos. Solamente flotaba, entre los bramidos del temporal, el rasgueo agudo y melancólico de unos clarines militares que, fieles a la disciplina, saludaban aquel día que más parecía noche tenebrosa. La voz de los clarines, escapada del frontero cuartel de caballería, destacándose bo-

rrosamente entre el fragor del temporal, tenía un dejo de trompas apocalípticas escuchadas entre las ensoñaciones terroríficas de una pesadilla atormentadora.

Entraron en la sala dos pastores castizos vestidos al uso de la tierra con peludos zajones y zamarras, alto cayado y gorra de piel de conejo, y esparcieron por el tibio y viciado ambiente un vaho bravío de vegetación montuna en eflorescencia. Los pastores no se acercaron a la estufa sino a encender los cigarros; parecían impenetrables al frío.

Rompiendo aquella calma silente de soñolencia, vibraron unas campanadas y sonó luego en la lejanía el lamento agudo de la locomotora, más lejano que por la distancia por el brío de la ráfaga huracanada que la arrebatava entre sus pliegues.

Entre carraspeos, toses y suspiros, fueron alzándose los viajeros de los bancos en que dormitaban y, arropándose aun más de lo que estaban, salieron al andén; llevábamos una hora juntos y aún no nos habíamos visto las caras; tal las llevábamos de embozadas entre mantas y tapabocas.

Llegó el tren, más bien nadando que rodan-

do sobre los carriles inundados; abrió las puertas de su hogar ambulante a los andariegos que ansiosos le esperábamos, y comentando unos lacónicamente con el vecino y otros en silencio consigo mismo las inclemencias del tiempo, fuímonos colocando holgadísimamente en sus recintos benéficos. Abrevió la parada en Palencia para ganar el tiempo perdido con el retraso y empezó de nuevo su andadura fatigosa con la lentitud y el trepidar de herrajes propio de los *mixtos*, mixtos de trenes y carromatos.

La lluvia, cada vez más densa, hacía el paisaje impenetrable a los ojos; en vano, ávidos de horizonte, nos avalanzamos al vidrio de tiempo en tiempo y hasta llegamos a bajarle, desafiando los rigores del agua y del frío; sólo vimos abajo un torrente cenagoso que parecía correr opuesto al tren, y al frente las sombras de los postes del telégrafo que desfilaban ordenadamente, como un ejército bien disciplinado en medio de una tempestad, y la retorcida silueta de algún desmedrado arbusto que levantaba los brazos medio desnudos al cielo pidiéndole tregua a sus inclemencias. El mismo vidrio quedó ciego, empañado por los rabiosos salivazos de las celliscas. Sin que éstas amai-

naran paró el tren varias veces en otras tantas estaciones: Villaumbrales, Paredes, Cisneros y otros pueblos, cuyos nombres oí canturrear con triste cadencia, quedaron sepultados entre nieblas.

Y en estos breves descansos que el tren se tomaba en su marcha fatigosa, cesando el trepidar de sus mecanismos, era cuando en toda su espantable claridad oíamos el bramar de la tormenta y sentíamos la formidable sacudida del vendaval, que amagaba dar en tierra con el pesado convoy. Por las rendijas de portezuelas y ventanas filtrábanse unos hilos de agua helada y blanquecina que parecían espumarajos de rabia.

A veces, para tomar alientos con que volver de nuevo a la refriega, esclarecía el nublado un tanto las negruras de sus crespones, y entonces, entrevelado por ellas, veíase un trozo inundado de la llanura solitaria, semejante a un mar de fango arcilloso, pero la cerrazón avanzaba de nuevo y borraba de la vista aquellos campos de desolación con el chisporroteo de las gotas en el vidrio. Pasábamos a oscuras por aquellas tierras legendarias.

Aquella persistente monotonía, unida al mu-

tismo reinante en el compartimiento, parecían llamar al sueño; ya varios de los viajeros daban cabezadas arrullados como el pirata de Espronceda,

del trueno al són violento
y del viento
al rebramar

cuando llegó a nosotros aquella soñolencia contagiosa y nos hizo presa. Pero sueño que viene al arrullo, más o menos agradable y estrepitoso, de cualquier rumor monótono, suele huir en cuanto éste falta, y apenas el tren paró despertamos todos. Ya no llovía: durante nuestro sueño había el temporal agotado sus caudales.

Alejado un tanto el cortinaje de los nubarrones daba lugar a un menguado horizonte y destacándose sobre su matiz plomizo alzábase coronando un cerro, un castillo medioeval, de arrogante planta, restaurado cuidadosa y fielmente. Más afortunado ha sido que tantos otros hermanos suyos que rompieron con sus añejas cataduras militares la serena uniformidad de estas épicas llanuras y que han venido a parar en cercas de heredades o balasto de caminos.

Estamos en Grajal de Campos; a los pies del castillo cerníase el pueblo, de aspecto mezquino y miserables viviendas, cavadas algunas en los repechos del terreno, parecían tumbas abiertas.

El pueblo era una pura charca, y en su quietud cenagosa contemplaban sus líneas quebradas los tejados vetustos que parecían a punto de hundirse. Destilaba el agua por todas las angosturas callejeras, y relucían, calados y lagrimeando, aquellos humildes muros de adobe que cubren reliquias de palacios y templos, pregoneros aún de antiguos esplendores. Nada tan desolador como uno de estos pueblos de llanura inundados: el agua estancada parece que ha hecho presa en ellos con ánimo de no soltarlos nunca y de desleir el adobe de su caserío en una charca siniestra. Por los pueblos montañoses corre el agua embravecida por tajos, hoces y desfiladeros, salta, bota, ruge, hierve, escupe y flagela a los poblados, descuaja los alisales, arrastra puentes y presas y anega fábricas y molinos, pero corre, corre, parece que va de paso, está cercano el mar, dique de sus turores; es la desolación que pasa: aquí parece la desolación endémica. La aveni-

da en los valles montañoses no mata al paisaje, más bien le engrandece, aunque con colores trágicos; en la llanura le ahoga, róble la tierra y máta la luz, que es el alma de Castilla.

Pasado Grajal comenzó a dilatarse el horizonte, como si el inmenso cortinaje brumoso fuera cediendo al empuje de unas manos invisibles. Y volvió a mostrarse a nuestros ojos el cenagoso mar de aguas amarillentas. La tierra, harta de agua, no tenía fauces ni sed bastantes para sorber tan enorme caudal, y en las heredades empozadas, a manera de los juncos de los pantanos, asomaban, cabeceando, las espigas trigueras.

El cortinaje brumoso seguía huyendo de nosotros y nosotros de él en direcciones opuestas; rasgáronse las nubes y dejaron a la descubierta trozos de cielo arriba y planicies inundadas en lontananza. En su busca lanzábase el tren, huyendo del amenazador nublado que dejábamos a la espalda, y al cabo de una hora de carrera desenfrenada *capeando el temporal*, vimos dibujarse en la honda lejanía, el hospitalario contorno de un grupo de árboles cobijando un caserío revuelto y gacho.

El grupo de árboles se ensancha y crece, a

medida que avanzamos, hasta convertirse en espléndida alameda, y cuando llegamos a su vera vemos amarillear entre las frondas la vieja catadura de una torre románica con ajimeces bizantinos. Tras ella otra más monumental, si no más graciosa, aparece a poco; ambas tienen el jalde matiz de la tierra en que se asientan, y en ambas lucen esas reminiscencias orientales que se ven en algunas obras románicas de ladrillo de la alta Castilla, que marcan la huella de manos de alarifes mozárabes. Eran las torres de San Lorenzo y San Tirso, que hincan sus cimientos centenarios en terrenos de la romancesca Sahagún.

El humilde caserío de adobe de la histórica villa de regio abolengo, relumbraba atarecido bajo una capa de agua recién caída, y se enfangaba las plantas en las charcas de las calles inundadas.

¿Qué español medianamente patriota, y menos que medianamente erudito, al pasar por Sahagún no evoca la memoria insigne del conquistador de Toledo?

La homérica figura del *rey don Alfonso el viejo que ganó a Toledo*, como le llama el Fuego Viejo de Castilla; del rey que con sus

épicas hazañas llena más páginas de nuestro romancero incomparable, vino a nuestra memoria avivando remembranzas dormidas en cronicones y romances.

Ningún soñador romántico, por mucho que aguzara su fantasía, pudiera crear historia más novelesca que la de este monarca. Sus intrigas y lances, aventuras y desventuras, amoríos, fazañas y andanzas guerreras compiten con ventaja con las de alguno de los héroes fabulosos de aquellos *descomulgados libros* que volvieron el seso al hidalgo manchego.

Destronado por su hermano, fugitivo en sus propios señoríos, monje por fuerza, huésped y amigo del rey moro Almamum, contemporáneo del Cid, sospechoso de fratricida a los ojos castellanos, enamorado de una mora, cien veces vencedor y nunca desesperado en el vencimiento, noble, apasionado, infatigable, valiente, galán y revoltoso, ¿qué más pudieran exigir los lectores más exigentes al protagonista de una novela de aventuras?

Aquí trajeron su cuerpo, en procesión solemne desde Toledo, cuando abatió su robusta naturaleza hasta dar con ella en la tumba, más que la vejez, el dolor de haber perdido en la

derrota de Uclés al infante don Sancho, aquel hijo a quien, en su plañir desconsolado, llamaba *lume de los meus ojos*. Aquí vinieron aquellos huesos que cabalgaron sin fatiga en ambular guerrero por todo el contorno de la península a buscar reposo junto a los del infante sin cuya compañía no pudo vivir, y aquí el agradecimiento y cariño de su pueblo labró espléndido mausoleo a su memoria.

Ya no existen ni el sepulcro, ni la iglesia, ni el famoso monasterio que tanto suena en nuestras crónicas medioevales; los españoles en 1812 prefirieron destruirlo y purificarlo con el fuego a verlo escarnecido y profanado por las orgías y rapiñas de los soldados de Napoleón.

La insigne fundación de Alfonso el Magno, cimentada ya en época más remota, protegida, dotada y engrandecida por reyes de León, Castilla y España, albergue de muchos de ellos en horas de recogimiento y melancolía, es hoy una ruina que no tiene ni la grandeza que arruinado correspondía a un monumento de pasado tan glorioso y altanero. ¡Cuántas cosas sabrán esos escombros denegridos que eruditos curiosos buscaron inútil y afanosamente en cronicones y archivos!

Tan llenos estábamos de aquellas memorias, que aun sabiendo y contemplando la ruina total del real monasterio, se nos antojó, cometiendo un delito de lesa anacronía, trasladarle a un edificio grandote y mal encarado, que desde el tren contemplábamos y de cuyo destino nos libramos muy bien de informarnos para engañarnos mejor.

Acaso, pensábamos, alguna de aquellas angostas y desalineadas ventanas correspondía a la celda y prisión de Alfonso VI; ella misma, acaso, facilitóle arriesgada fuga cuando, revocando una profesión de fe que no fué sincera y harto de un hábito que vistió por fuerza, espíritu inquieto, indomable y batallador, quebrantó la tiranía de su hermano, encontrando asilo más cariñoso y propicio a sus gustos en la corte mora del rey toledano. Tal vez, si hubiera seguido aprisionado en las negruras de su celda, esterilizando su brazo militar y recitando a disgusto *horas* y salmos, no juzgara Castilla al alcance de sus fuerzas la toma de Toledo, y se hubiera retrasado algunos años o acaso siglos.

Lanzó el tren un lamento agudísimo y huyó de la arcaica villa desmoronada como huyen

los egoístas dichosos de los hogares de miseria y desolación aunque estén emblasonados. Seguimos con los ojos el airoso perfil de aquellas torres centenarias, diadema de ruina; aquello es algo como el solar glorioso de un gran señorío empobrecido y olvidado: aquello tiene la eterna poesía melancólica de todo lo grande que descaece abandonado de las gentes; aquello infunde el piadoso recogimiento de las grandezas con manto de miseria. Lentamente fueron desdibujándose los románicos perfiles de las torres en el cielo anubarrado, hasta que se desvanecieron en la lontananza amarilla, como las memorias que evocan en las inmensas lontananzas de la ingratitud humana.

Según subíamos hacia el Noroeste abonanzaba el tiempo. Flotaban gachos y casi a flor de tierra densos nubarrones plumizos, pero desgajados y dispersos eran trozos del turbón destrozado por su misma furia, y ya entre sus desgarraduras azuleaba intensamente el cielo castellano; el tren pareció alegrarse con la bonanza y aceleró el tardo paso que traía. Y aquellas heroicas tierras de epopeya; aquella inmensa nava que si mostrara la sangre que ha sorbido tendría un intenso matiz bermejo

en toda la intensidad de su planicie, fué mostrando el teatro de sus hondas lejanías sobre las cuales parecen vagar perdidos los ecos apasionados de las fablas y los heróicos del romancero.

El aspecto del paisaje iba variando a medida que avanzábamos y pronto la línea monótona de la lontananza quebró sus arideces, festoneándose con las crestas enriscadas, y emblanquecidas por la nieve, de los montes asturianos. Sucedieron a los trigales encharcados y a los eriales aguanosos, verdes praderas ceñidas de largas filas de álamos y salpicadas de rebaños de ovejas y manadas de pavos pastoreados por niños envueltos en sacos de yute. La abundancia de arboleda y el matiz fuerte de sus frondajes acusaban la vecindad de un río: éste no se hizo esperar, pues a poco tiempo mostróse el Esla descansando en la llanura de la carrera despeñada que traía desde los peñascales de Riaño.

Paramos en algunos poblados humildes que nada dijeron a los ojos ni a la memoria, y aquella cordillera que apareció en el horizonte erizándole como una crestería diminuta, fué alzándose lentamente hasta convertirse en gi-

gantesco anfiteatro de montañas. Y a medida que a él nos acercábamos, iban aumentando también las arboledas en la llanura y el claror meridiano en el cielo. Entre el verde jugoso de los álamos, poco antes del mediodía, asomaron, dominando la espesura, las agujas ojivales de la famosa Catedral de León. A los umbrales de la ciudad insigne llegamos pidiendo posada, y entre sus muros venerables nos sacudimos, si no el polvo, por lo menos el lodo de la jornada.

II

LEGIONIS

PARA visitar estas viejas ciudades españolas no hay mejor guía ni más ameno compañero de viaje que un regular caudal de memorias históricas, viejas también. Es erudición ligera y entretenida, asequible a todas las inteligencias, compuesta de verdades y mentiras tan encantadoras las unas como las otras. Sácase a poca costa de cronicones y romanceros, y se completa con cuentos de viejas, paradojas de sacristanes y guardianes de monumentos, y cantos y dichos populares; erudición algo superflua y nada pretenciosa, pero que tanto monta como la que despistaja a los eruditos profesionales que gastan las pestañas en archivos, v. g.: aclarando una errata del «Arte de trovar», de don Enrique de Vi-

llena, o estirando un verso cojo de Alvarez Gato.

Provisto de ella, me eché a callejear por la puebla vieja de la ciudad de León, una tarde de mayo, que más parecía de diciembre según lo amenazador del cielo y lo sucio y encharcado del suelo. Y vagando sin rumbo y a solas *porque para andar conmigo me bastan mis pensamientos*, llegué a la puerta del Obispo, que es un arco, sobrio y desornado, calado en el espesor de la muralla en el propio lugar que aquel otro fastuoso labrado con jaspes por los soldados de Augusto y destruido por los de Almanzor. Pasando su dintel, se desemboca en la *carrera de los cubos*, formada por los de la muralla romana, encima de los cuales asoma elegante y esbelto el ábside de la Catedral.

Contrasta la ligereza y gracia de éste con la robustez y severidad de aquéllos.

En el ábside las líneas ágiles, flexibles, sutilísimas de ojivas, pináculos, arbotantes y crestas parecen combinadas al azar, sostenidas milagrosamente, y la aparente confusión impide apreciar la estudiada armonía del conjunto y la solidez que hábil artista supo darle con endeble apariencia. En la muralla, los torreo-

nes achaparrados y panzudos, separados por lisos entrepaños, guardan uniformemente las distancias, como un ejército de gigantes en parada; ni los coronan almenas, ni los circuyen matacanes, y no presentan la romancesca perspectiva que los medioevales de la ciudad de Ávila; son exageradamente sólidos, su construcción debió dejar exangües muchas canteras.

La obra es formidable y grandiosa, con la severa grandiosidad que la Roma de Augusto imprimió en todas sus obras.

Veinte centurias han pasado sobre ella y más de otras tantas generaciones, respetándola o por admiración o por considerar demasiado árdua la tarea de destruirla. Almanzor despo-
bló, desmanteló y arrasó a León, pero ante las murallas romanas fué impotente el fuego destructor del rayo de Córdoba y aquéllas siguieron ciñendo los escombros de la ciudad muerta como el aro de una corona ciñera la cabeza de un rey asesinado.

Los monarcas leoneses repobladores de su capital completaron su defensa con nuevas construcciones militares, de las cuales no queda ni rastro y aun viven las antiguas romanas;

lo propio pasaría con el recuerdo de sus constructores si algún día empezara la universal historia a borrarse de la memoria de las gentes: antes caería el olvido sobre los pobres monarcas leoneses que sobre los emperadores romanos, grandes hasta en sus crímenes.

No debió de ser poca la pujanza y el valor de las tribus cántabras cuando por librarse de sus acometidas y sorpresas levantaron tan formidable baluarte los legionarios del César que acampando en aquellos terrenos dieron nombre y fundamento a la ciudad. ¡Y pensar que esos muros han escuchado el ronco grito del caracol de guerra de aquellos rústicos guerreros de valor temerario, idólatras de su independencia, que impedían a Roma cerrar el templo de Jano! Para espantarlos se abrió esa labor de cíclopes que hoy ya no espanta a nadie; miserables casucas han tenido la osadía de agarrarse a ella para sostenerse, y como los gorrones que descubren la trampa del espantajo con que el labriego trató de ahuyentarlos de la heredad, después de asolar ésta llegan a picotear las entrañas de paja del falso vigilante, así aquellos tugurios mezquinos, no sólo disputan el terreno a la soberbia obra romana, sino que

la destripan para recomponer los muros propios.

Siguiendo la línea amurallada, que a trechos se pierde entre la barahunda del caserío deforme y raquítrico que la asedia por todas partes y muéstrase de nuevo abrazando la puebla antigua para impedirle seguir a la nueva que se escapa por encima de los vetustos brazos de piedra, vine a dar al pie de la torre de San Isidro, que parece clavada en el lienzo del bastión, y levanta sobre él su catadura secular remozada sin adulterar la pureza de sus líneas bizantinas. Bordeando su falda pasé un arco y tras él a una plaza al fondo de la cual tiende su mole la histórica basílica, el Escorial de los monarcas leoneses.

El atrio, que regó con su sangre el último conde de Castilla, cobardemente asesinado, hervía en gente; una multitud heterogénea, grave y ceremoniosa, acudía al templo a no sé qué función. Pordioseros de miembros horriblemente mutilados y rostros de santos de Rivera; lugareños secos y fornidos, de mirada franca y enérgica y piel de cordobán, caras de pelaires medioevales y hombres de armas de Padilla; lugareñas de faldas cortas y enormes

arracadas, pómulos pronunciados y mirada soñadora y dulce; maragatos mofletudos metidos en bragas amplísimas; clérigos de manteos enverdecidos y descomunales tejas coetáneas de la del licenciado Pero Pérez; caras del Greco, hidalgas y enjutas, reñidas con la americana y pidiendo ropilla; viejas pequeñas, magras y enlutadas, dueñas, brujas de sátira quevedesca; arrapiezos tan escasos de carne y ropa como sobrados de malicia, descendientes de Diego Cortado, de la cepa de los que se graduaron en truhanería en las almadrabas de Zahara o de los que jugaron al rentoy en las ventillas de Toledo; capas pardas, sombreros paveros, gorras y zamarras de piel de oveja, zahones de cuero, calzones cortos ajustados o amplios a la bretona, mantas de Palencia, botones de plata, chalecos rojos, etc., etc., vestía aquella muchedumbre, y desentonando en tal cuadro, castizamente español, algún *Petronio* de capital de provincia queriendo vestir a la inglesa, pavoneándose en el atrio sin entrar en el templo. Grupos de mujeres, de niñas casi, menguadas de cuerpo y éste relamido y escaso de curvas, atravesaban la plaza cargadas de enormes alcarrazas o de sacos henchidos de ropa, camina-

ban trabajosamente, venciéndose del lado contrario a la carga y dejando escapar un jadeo fatigoso por los labios entreabiertos; tenían un aspecto de esclavitud resignada que apenaba el ánimo.

La fábrica que, a sus espensas, levantó Fernando, primer rey de Castilla, para digno albergue de las cenizas del santo Obispo de Hispalis y para consagrarla al culto bajo la advocación de éste, ha sido trastornada por obras posteriores. Sólo queda de los primitivos un ábside, y en el lugar que los otros dos ocuparon, levántase hoy la capilla mayor de estilo ojival; otro cuerpo también ojival ocupa el extremo opuesto del edificio, y en el espacio limitado por ambos, es donde aún campea único y hermoso el primitivo estilo. En las ajedrezadas ventanas de medio punto de fuste corto y capitel robusto, en las puertas adinteladas con cabezas de carneros, en las hieráticas esculturas que las adornan, en los canecillos cincelados con caras grotescas de hombres y de alimañas fantásticas que el tejado sombrea, muéstrase el gusto románico borgoñón con reminiscencias bizantinas.

Sobre la principal portada mandó elevar

Carlos V un frontispicio plateresco con las águilas imperiales esculpidas y por coronamiento la estatua ecuestre de San Isidoro tal como la vieron los creyentes soldados de Alfonso VII en el sitio de Baeza; mal armoniza esta obra con la románica puerta sobre que se asienta, pero mucho peor las águilas austriacas protegiendo un panteón de reyes leoneses, construido por castellanos y consagrado a un santo españolismo; el león, que sobre un rollo de granito elévase en el centro de la plaza, vuelve indignado la faz soberbia por no ver al pajarraco exótico de dos cabezas que le ha usurpado el puesto.

Casi a tientas entré en el templo, que es obscurísimo y más lo parece a quien se ha bañado en la mansa claridad de la catedral leonesa; las ventanas angostas no tragan suficiente luz para llenar las tres naves, pero esa misma obscuridad, turbada apenas por la amarilla lumbre de los cirios que arden constantemente ante Jesús Sacrametado, presta al templo una austeridad que va muy bien a una antesala de panteón. Un cura de voz cascada leía oraciones y los fieles contestaban jaculatorias con murmullo sordo; yo no veía ni a unos ni a otros y

aquel zumbido se me antojó el recitado de las horas canónicas en el cual acompañaba el buen rey don Fernando a los regulares a quienes confió su fundación. Un monaguillo que me cazó al vuelo, a pesar de la penumbra y del gentío, adivinando mis deseos, presentóseme provisto de un manojo de llaves ofreciéndose a guiarme al panteón.

De barro amasado lo edificó Alfonso V: ¿cuál mejor materia para tal oficio? No lo juzgó así Fernando I, que lo reconstruyó tal como hoy lo vemos. No es grande, pero sí rico y riquísimo considerando la penuria del tesoro del naciente reino de Castilla y el empleo principal que sus monarcas le daban, más ocupados en andar a lanzadas con los moros andaluces que en levantar alcázares y panteones.

Arcos bajos de medio punto, enormes capiteles primorosamente labrados, fustes cortos y robustos de doble basamento dan al recinto aspecto de cripta sepulcral; pero las pinturas policromas de las bóvedas, en las que el oro envejecido ha tomado apagados matices, respiran bizantinismo puro, no el bizantinismo pobre y tosco usado generalmente en España, sino el espléndido y riente como el sol del Bós-

foro, el bizantinismo de San Marcos de Venecia.

Los sarcófagos son sencillísimos y de torpe labor: parecen dólmenes célticos; su exterior es frío y mudo, ninguna inscripción delata las cenizas que debieron cubrir; hoy las inscripciones mentirían si las hubiera, pues los soldados de Napoleón aventaron las cenizas y convirtieron el santo albergue en establo de los escuadrones imperiales.

Sus manos profanadoras y codiciosas buscaban con avidez soñados tesoros entre los esqueletos consumidos por centenares de años: ¿qué tesoros habían de llevar a la tumba quienes entraban en ella amortajados con hábitos monacales? Los héroes de Austerlitz destruyeron 19 lápidas de 25 que encontraron, y pisotearon las cenizas de Alfonso IV, el monje prófugo y prisionero cegado; de Ramiro II, el héroe de Simancas, rival del grande Abderramán; de Ordoño III, el conquistador de Lisboa; de Sancho el Gordo; del desordenado Ramiro III; de Alfonso V, el repoblador de la ciudad y fundador del sepulcro; de Bermudo, que perdió corona y vida en Tamarón y dió fin a la dinastía leonesa; del primer Fernando y de

su padre Sancho el Grande de Navarra; de la varonil Urraca, la de Zamora; de la desdichada Elvira, la de Toro, y de la hermosísima Zaida, la reina mora de Castilla. Los antiguos soldados de la Revolución reproducían en España las profanaciones de Saint-Denis.

Si enamorados de una idea nueva hubieran querido destruir hasta los restos de los muertos poderes que a tal idea se opusieron, su crimen fuera más disculpable; pero no, que buscaban entre la podredumbre anillos y coronas imaginarios que convertir en pasto de sus orgías.

No creo yo que por odio a la tiranía pisotearan las osamentas de los reyes de Castilla quienes dejábanse ametrallar con serenidad estóica por sostener en toda su pujanza a un tirano semejante al cual no se conoció en tierra castellana.

El panteón real de la colegiata de San Isidoro impresiona y habla más al alma que el del Monasterio de San Lorenzo; es más imponente, más devoto que aquellos enterramientos de jaspe y bronce donde se van almacenando los cadáveres regios como los géneros en la anaquelaría de una tienda de lujo.

Salí del panteón y me entré al azar por calles y plazuelas mientras cerraba la noche fría y anubarrada; calles desiertas y mudas, flanqueadas de palacios de catadura denegrada y hosca, agobiados de blasones, con aleros voladizos y rejas bajas que habrán escuchado decires desconsoladamente apasionados a lo Juan de Mena o Lope de Stuñiga:

De tí me viene pesar
é desigual padecer,
tu fuelgas con mi penar
é penas con mi placer.
¡Sennora, cual enemigo
haber pudiera
que más danno del que digo
me ficiera!

o enrevesados, sutiles y no menos rendidos, como si fueran salidos de la pluma de aquel don Feliciano de Silva que tanto entusiasmaba al sublime loco manchego:

Tu quieres lo que non quiero,
quiero lo que tu ficieres,
quieres la muerte que muero,
yo quiero pues tu la quieres;
é quiero ser bien querido
yo de tí,
¿quieres tu triste perdido
ver a mi?

Aquellos poetas y galanes gemebundos y llorones ante una dama desdeñosa eran los mismos guerreros que tomaban castillos a golpe de montante y ensanchaban las fronteras de su reino a botes de lanza.

Pasé luego ante la suntuosa morada de los Guzmanes, mole de piedra ornamentada según el gusto del Renacimiento, sobria y elegante, en la cual su fundador, un Guzmán obispo, empleó tantas arrobas de hierro en rejas y balcones, que dió ocasión al ceñudo y austero Felipe II para improvisar un chisté con ribetes cáusticos, diciendo que era aquello mucho *yerro* para todo un obispo.

La noche había cerrado por completo; un vientecillo frío y revoltoso traía rumores de frondaje, borboteos de río, aullar de perros y gemir de pajarracos nocturnos.

¡ Corrían las nubes atropellándose, desgarrándose, invadiendo el cielo como un caudal de agua parduzca abortada por un río crecido por el deshielo invade las heredades aledañas.

Un hálito misterioso oreaba la mente con remembranzas de tiempos heroicos, recuerdos de una edad de hierro robusta de fe y pródiga de sangre, de costumbres bravías y altos idea-

les; de una España militar y soñadora que, a espaldas de Europa, aprendía en la escuela de guerrear con moros el arte de dominar al mundo.

Calle arriba, en demanda de la puerta de la muralla para ganar el camino extramuros, venía un hombre de buen talle medio sepultado entre el embozo de la capa y las alas del sombrero, cabalgando en un cuartago perezoso; sería médico rural o labrador acomodado, pero a mí se me antojó procurador del estado llano que iba a las Cortes de algún pueblo vecino, no a las cortes *traducidas* que gastamos hoy, sino a aquellas otras genuinamente españolas, semillero de sanas libertades y sabias instituciones; cortes patriarcales y fecundas que arraigando las gentes al terreno por medio de buenos fueros y contrarrestando juros de fijos dalgos con behetrias populares, laboraban calladamente la futura grandeza de España; sin duda pensaba en ellas el insigne Lord Macaulay cuando escribía: «el valor, la inteligencia y la energía que hicieron de los españoles la primera nación del mundo en el siglo xvi eran el producto de las antiguas y venerandas instituciones de Castilla y Aragón».

Huyendo del centro de la población, donde se respira ambiente de cafés y tiendas en casas remozadas o nuevas, y a donde fuí a parar a fuerza de vueltas y revueltas, volví a las calles oscuras y desiertas, sombrías y evocadoras; aquellas calles, partidas en luz débil y sombra densa por la línea festoneada de la silueta de los tejados heridos por la luna, que se mostraba a ratos flotando sobre las nubes desgarradas.

¡Qué noches tan desveladas pasarían en ella esos *progresistas* de quienes tan donosamente se burla Angel Ganivet, diciendo que no pueden dormir sino en calles tiradas a cordel!

Parecía al atravesar cada encrucijada que el rumor lejano de la corriente del Bernesga iba a ser apagado por chocar de aceros y jadeos de lucha. Andando, andando, dí conmigo en la plaza de la Catedral, que envolvíase en el crespón de la noche; sus torres, botareles, pináculos, gárgolas y barandales recortando su negro contorno en el gris oscuro del ambiente semejaban una ciudad poblada de templos y palacios vista a lo lejos. Los grajos y las lechuzas cruzaban sobre ella gimiendo como si fueran los espíritus de los reyes, magnates y obis-

pos que yacen en el templo que fundaron y que enamorados de su obra abandonan los sepulcros saliendo a contemplarla en el silencio de la noche. La luna, acaso enamorada también de la gallarda fábrica, buscaba entre los nubarrones un resquicio por donde asomarse a contemplarla y cuando, aunque brevemente, lo conseguía, envolvíala entera en la suave caricia de su luz mansa.

Una fuente sollozaba en el centro de la plaza; una de esas fuentes de las viejas ciudades castellanas que en la soledad de la noche evocan trovas del cancionero de Baena. Lejos sonaban unas campanas de lengua enérgica y vibrante, cuyos sonos acrecía o menguaba la ola de viento incierto que los conducía. Yo, al oírlas recordé a Aldara, la cautiva cristiana que suspiraba en Córdoba por ellas, y penetré, buscando mi hospedaje, por torcida calle murmurando entre dientes las famosas quintillas de Moratín:

Señora, sueños no son,
así los cielos dolidos
de mi ruego y aflicción
acerquen a mis oídos
las campanas de León....

III

PULCHRA LEONINA

HAN conocido como la ruda era en los últimos siglos medios un adagio latino que cantaba las excelencias de las más famosas basílicas de los reinos de Castilla de esta manera:

Sancta Ovetensis,
Dives Toletana,
Pulchra Leonina,
Fortis Salmantina.

Hermosa llama a la leonesa; quien dude de la fe del adagio venga a la corte de Alfonso V y desde la embocadura de la calle del Cristo de las Victorias enfile los ojos abarcando la Iglesia soslayada y póselos al tiempo en las fachadas del frente y lateral, que poco ha de saber de estética, y mejor, poco ha de sentirla, pues de estética más se siente que se sabe, si no revuel-

ve la vista, maravillada y algo enloquecida, del pórtico a las agujas, de los rosetones a los ventanales, del basamento a los botareles, queriendo, hambrienta de arte, devorarlo todo al tiempo y no consiguiendo apoderarse de nada, como un niño goloso bajo la lluvia de dulces de un día de Piñata.

No intento *descubrir* la catedral de León ni menos describirla: *es mucha luz para que yo la cante*; ni me he propuesto al amontonar, desaliñadamente trascritas, impresiones recibidas de gentes, paisajes, monumentos y costumbres en mi peregrinación por la vieja España, escribir un libro descriptivo con pretensiones arqueológicas, ni aunque me lo hubiera propuesto tendría alientos para tanto, ni por ventura falta quien lo ha hecho habilísimamente. (1)

Hecho este descargo, que seguramente huelga para el lector bien intencionado, puedo continuar diciendo que ante la mole ojival de

(1) Lea el curioso de estas cosas a don José María Cuadrado, escritor ilustre y arqueólogo eminente, al que según el gran Menéndez y Pelayo no se le ha dado el puesto de honor que se le debe en la literatura española; ya le ha recibido al merecer tal opinión al primer maestro de ella.

la basílica leonesa no bastan a mirar dos ojos y quisiéranse los cien de Argos para emplear uno en el examen de cada detalle y quedarse con un par de ellos para abarcar la armónica grandiosidad del conjunto. Ninguna de las famosas Catedrales españolas deja apreciar éste como la leonesa, ya por estar circuidas de calles angostas, ya porque les mata la perspectiva el parásito caserío que en ellas se apoya; sólo ésta, como levantada en solar de palacios reales, demolidos para que ella se alzara, se abrió plaza ahuyentando casucas y callejas, como una mujer hermosa se abre paso sin esfuerzo entre el gentío que la admira.

Cuando la describió Cuadrado adulteraban su pura traza ojival un ático del Renacimiento que coronaba el hastial principal y otro barroco que oficiaba idénticamente en el del crucero; hoy han desaparecido ambos y los sustituyen enormes frontones ojivales; las hábiles manos de los restauradores Laviña, Madrazo, Ríos y Lázaro han vuelto a la basílica en todos sus detalles su primitivo estilo, aquel ojival purísimo del siglo XIII importado a España de la escuela de la isla de Francia, inspirado en las catedrales de Chartres, Reims y Amiens.

A medida que el espectador se familiariza con el monumento que desde lejos le sorprendió, viénenle deseos de contemplarle de cerca y hasta de palparle; obediente a ese impulso avancé por la plaza y penetré en el pórtico. Compónese de triple arcada comunicándose transversalmente, y si desde un extremo se enfila la vista bajo los arcos transversales, simula el pórtico una gruta prehistórica en la que las estalactitas tomaran formas humanas.

Es aquello un piélago de relieves y estatuas que se alinean a lo largo de los muros, giran en derredor de los fustes, despéñanse asidas unas a otras por las pendientes de los entrepaños, retuércense en forzadas actitudes siguiendo la curva de la arquivolta y asoman las cabezas asombradas sobre los ábacos de los capiteles.

Apodérase de la atención, sobresaliendo entre aquel torbellino de piedra afligranada, creación del cincel medioeval, soñador y cachazudo, el largo relieve esculpido en el dintel de la puerta del centro, representando el Juicio Final. La indignada figura de Cristo llega a hacer justicia; a su derecha le adoran los justos y a su izquierda le tiemblan los réprobos; la Vir-

gen, arrodillada ante su Hijo, le suplica perdón para éstos, pero Cristo, transformado de manso cordero en juez inexorable, mostrando sus llagas y los atributos de la pasión que dos ángeles sostienen, ordena el castigo, y a su mandato vengador van cayendo los precitos en las garras de los compañeros de Luzbel. Esta parte del cuadro es macabramente grotesca: unos demonios de cabeza gorda y risa procaz precipitan a los condenados en panzudos calderones; y unas cabezas monstruosas de ojos saltones y agudos dientes van tragando a los restantes, los cuales con medio cuerpo dentro de las espantosas fauces retuercen fuera de ellas las piernas con desesperados esfuerzos.

Las figuras son angulosas, rígidas, ajenas de expresión; resiéntese la obra del hieratismo románico a pesar de haber sido ejecutada ya bien entrado el período ojival; no había llegado aún el realismo a disputar al idealismo la hegemonía en el arte; faltaban más de doscientos años para que se sintiera en España el avance arrollador de aquella revolución artística que llamamos Renacimiento. No es que los artistas de la Edad Media no supieran copiar la realidad; es que no querían copiarla. Su vehe-

mente misticismo sublevárase si alguien eligiera para modelo de un santo el cuerpo fornido de un balletero.

Más hablaba a su alma soñadora el tronco seco, esquelético y deforme de uno de sus Cristos, que los músculos mórbidos y rosados de Efebo helénico con que pintaron a Jesús algunos artistas del Renacimiento.

Apliquemos a los escultores espirituales de aquella Edad lo que de los pintores de la misma dice Hipólito Taine: «No deseaban representar *seres* sino *ideas*. La forma física no les interesaba más que a medias; no la perseguían curiosa y apasionadamente por ella misma, sino para emplearla como símbolo y como sugestión. Son contemporáneos del Dante, buscan la imitación de una visión celeste y la figura sensible de uno de esos ensueños de los cuales llenó el poeta su Paraíso».

No les faltaron modelos de robustez estética que imitar, pues aquellos hombres eran menos corrompidos que los del Renacimiento y, por lo tanto, más viriles y más hermosos, pero preferían imitar lo que soñaban a lo que veían; espiritualizaban la figura humana cuanto podían y en fuerza de espiritualizarla llegaban a veces

a hacerla grotesca. Los leoneses contemporáneos de esta obra, si hubieran conocido a Miguel Angel, a buen seguro que no la hubieran cambiado por la grandiosa creación de éste, representando el mismo asunto en la Capilla Sixtina; la fortaleza material y exagerada, el realismo de sus figuras, les hubiera escandalizado por profanador y por pagano; dirían que aquel Cristo era Zeus o Hércules y aquella corte celestial una legión de gladiadores. La emoción honda y un tanto terrorífica que aquellas devotas generaciones sentirían ante estos santos magros, estrechos de hombros, de barbas simétricas y hábitos plegados geoméricamente, no debió tener parentesco ninguno con la que las generaciones sucesivas sentimos ante una *madona* de Rafael o un asceta de Ribera. Mujeres hermosas como las *madonas* hemos encontrado alguna vez y modelos de ascetas riberescos en mendigos de romería y camino real, pero yo no me he encarado todavía por el mundo con alma viviente en talle de imagen románica.

Media docena de mendigos dispersos en el atrio animaban aquel mundo de figuras inertes y mudas. El primero que salióme al paso, som-

brero en mano, era un viejo gigantesco, arrogante figura de vetusta gallardía; en su rostro, rugoso y cetrino, medio sepultado entre barbas y guedejas argentadas, centelleaban unos ojos grandes y alocados: parecía una figura de tragedia shakespiriana. Al avanzar hacia mí me pareció que sus labios iban a desatarse en aquellas espantosas imprecaciones que el cisne del Avon puso en boca de sus desesperados; sólo faltaba la tormenta para que aquel rey Lear bramara: «¡rugid, vientos; desgarras, torbellinos y cataratas del cielo, hasta anegar las veletas de las torres! ¡rayos que hendís los robles, abrasad mis canas! ¡centellas atronadoras, acribillad la redondez del mundo, romped los moldes de la creación y esparcid los gérmenes de la ingratitud humana!» Pero la voz no correspondía a la mirada: aquel anciano atlético movió los labios y en dulcísimo bable me pidió una limosna por amor de Dios. Desencantóme la súplica, porque esperaba la imprecación; los soñadores vamos por el mundo recibiendo bofetadas de la realidad para que despertemos. Otro anciano ciego, con cara de apóstol, permanecía rígido pegado al muro, tendiendo la mano; contagiado del hieratismo de los santos

a los pies de los cuales más yacía que estaba, aquel hombre formaba parte de la decoración del pórtico.

Un joven, cojo y bizco, de voz aduladora y expresión truhanesca, Ginés de Pasamonte redivivo y con una pierna de menos, salió a esperarme saltando agilísimamente, golpeando las baldosas con la muleta única, y antes de pedir me atajó en el examen de las esculturas, explicándome a su modo las escenas del Juicio Final, llamando a cada figura por nombre o mote, como a antiguos conocidos; y señalándolas enarbolando la muleta y manteniéndose en perfecto equilibrio con un solo pie, como las grullas. En su concepto, y a juzgar por la antigüedad, *todo aquello* debía de ser obra de moros, pues no creía él que los españoles tuvieran paciencia para tanto.

Acurrucada en los relieves del zócalo, una rubia, tullida, de carnes abundantes y flácidas una ninfa de Rubens, cuarentona y con bocio, increpaba a los pedigüeños, diciendo: «No sobéis, al señorito, que si tiene intención, él de su voluntad nos dará limosna»; y más la imploraba ella con la mirada que los otros con la lengua.

También avanzó sobre mí otro viejo lampiño

y flaco, de cara agarbanzada y hábito de peregrino: le pregunté si iba o venía de Compostela y me contestó que en su vida había pasado, ni pensaba en pasar en el resto de ella, de tierra de Sahagún, de donde era natural. «Señor, añadió con sonrisa un si es no es socarrona; el hábito no hace al fraile y éste mío se le embargué, por deudas, a un colega, peregrino auténtico.»

Completaba el cuadro un bigardo medio desnudo de mirada idiotizada que, sin preocuparse de pedir, se freía al sol tumbado fuera del atrio, metiéndose el puño en la boca.

Al tufo de la limosna acudió otro mendigo transeunte; era un viejo mudo, de rostro afilado y gran perilla cana: llevaba una esquila colgada del cuello para llamar la atención a falta de lengua. Traía el pecho cerdoso al aire, capotillo pardo y enorme sombrero hongo con fugas por las cuales salía la pelambreira: parecía un chivo con sombrero. Daba un golpe con la diestra a la esquila y con la siniestra señalaba la boca desdentada y negra como una sima; lanzaba por ella un rumor semejante al borboteo de un puchero de agua hirviendo y le acompañaba con miradas lastimeras.

Por poco más de un real me sacudí el corrillo de pedigüeños y penetré en el templo.

Sumido en penumbra le encuentran los ojos que llegan habituados a la luz del sol: sólo distinguen borrosamente el arranque de la nave central a manera de boca de túnel apuntada, y arriba, en las altas bóvedas, una claridad tenue, difusa y abigarrada; pero esperad sin avanzar, que lentamente irán dibujándose las líneas antes veladas, como si el interior del templo fuera una enorme placa fotográfica que se va *impresionando* sumergida en gigantescos reactivos. Huyen las sombras y el templo inúndase de una claridad mansa y apacible, de una luz suave sin cegadores destellos: la luz que halaga y acaricia los ojos, no la que los hiere y ofende; la luz de la tarde teñida de los matices del espectro al filtrarse por los policromos ventanales; la luz propia de tales recintos, que los vivos y deslumbradores rayos del sol entrando en ellos en libertad bulliciosa, parecerían profanar con su alegría la severa santidad, el recogimiento místico que flota entre el pavimento y la crucería de las bóvedas; la luz poética que debe acompañar al éxtasis dulcísimo en que cae la mente ab-

sorta ante las ideales creaciones del arte gótico.

Potencia y gracia, dice Viollet-le-Duc, son las condiciones de la belleza arquitectónica: la gracia a la vista está en la catedral leonesa: la potencia, disfrazada de esbeltez. Allí no hay muros, hay hilos de piedra; no hay macizos: los arbotantes, invención ingeniosa de la arquitectura ojival, se encargan de contener el empuje de las bóvedas; se ha dado a la piedra tal grado de sutilidad, que parece que la fábrica se sostiene milagrosamente; si se la quitaran las vidrieras que ofician de paredes, poniendo más de relieve la delgadez de los haces de columnas, no faltaría quien huyera espantado del templo temiendo su derrumbamiento.

Oía a piedras húmedas, a incienso rancio, a cera quemada y a flores marchitas, formando tal mezcla el acre perfume místico de las iglesias viejas, el vaho de la reacción, que diría un hombre *a la moderna*.

No busquéis en archivos ni en cronicones el nombre del artífice que concibió esta espléndida labor, amasijo de piedra afiligranada y vidrios irisados; los cronistas, serviles pania-guados y aduladores, dejaron perderse en las

tinieblas de los siglos los nombres de los autores de las más de las obras maestras de la arquitectura medioeval y cargaron la gloria de haberlas elevado a príncipes piadosos y señores magníficos que costearon en parte o autorizaron las obras. Apenas si de esta muchedumbre de artífices silenciosos, de genios incógnitos, de obreros juramentados que dieron origen a la fracción masonería, se libra del olvido, y aun tachado por muchos de apócrifo, aquel Petrus Petri, autor de la Catedral toledana, bajo cuyas bóvedas tiene sepultura.

Perdido el de su artífice, la honra de haber alzado la leonesa, cayó sobre el nombre de Manrique de Lara, Obispo que ideó dar más amplitud y magnificencia a la ya antigua obra del rey Ordoño II. Esta, que no pudo tener la hermosura ni la suntuosa amplitud de la actual, fué, sin embargo, testigo de la consagración del emperador Alfonso VII. Si estáis solos, como yo estuve en el templo, podéis evocar y reconstituir la escena aun con la decoración cambiada; puéblanse las naves de muchedumbre guerrera, destellan las ferradas cotas, las bruñidas cimbras y las montantes desnudas; llena el ámbito el sonido argentino de las mallas y de las

espuelas y el rastreo de picas y ballestas; jadean confundidos hidalgos, pecheros, clérigos y magnates, ávidos de ver y detenidos por infranqueable cordón de gigantescos ballesteros, y avanza hacia el presbiterio el joven monarca entre el Obispo D. Arias y el rey de Navarra; suenan los cantos religiosos monótonos y quejumbrosos y a poco el entusiasmo rompe el respeto y piérdense entre los vítores broncos y entusiásticos, lanzados por millares de pechos, escandalizando a las bóvedas, sumidas continuamente en augusto silencio, y cerrándoles la salida, arrojánselos unas a las otras y van menguando el estrépito hasta desvanecerle en ecos apagados...

Volteando por la gírola del trasaltar vacilan los ojos entre mirar a la izquierda o a la derecha: de un lado atraénlos las capillas absidales donde en sepulcros gótico-bizantinos yacen obispos famosos en los anales de la basílica y del lado opuesto un arco perteneciente al último período del arte ojival, que es una madeja revuelta de hilos de piedra, a la que se ha dado allí un grado de finura y delicadeza difícil de dar a la cera: dúdase que la punta del cincel pueda entrar por aquellas angosturas sin quebrarlas.

En el mismo vértice del trasaltar, a espaldas del sagrario, reposan las cenizas del segundo Ordoño en bellissimo sepulcro; no hay monarca español fuera de don Juan II y sus hijos los Reyes Católicos, que duerma el sueño eterno en lecho más suntuoso. La efigie yacente del rey leonés reposa con serenidad augusta a los pies de un relieve cincelado con el drama del Calvario en dos de sus escenas y en el frontal un tarjetón cuenta en góticos caracteres las hazañas del muerto.

En el propio trasaltar labróse en el siglo xv otro enterramiento, hermosísima obra de arte plateresco, que guarda las cenizas de Albito, el generoso obispo que fué a rescatar el cuerpo de San Isidoro a tierra de moros y volvió a León tan muerto y tan santo como el famoso obispo de Sevilla.

Estas gírolas erizadas de capillas absidales, que en el simbolismo del arte gótico representan la corona de espinas puesta sobre la cabeza de la cruz de la planta del templo, son en las catedrales españolas de un lujo y de un derroche de arte como no fué usado ni en las de Francia, cuna del arte ojival.

Yo, que nunca he sentido el vértigo de las

alturas, siento el de trepar a ellas en cuanto me encuentro en su presencia, por lo cual mostré mi deseo de subir a la torre a un sacristán lucio, rasurado y risueño, modelo de caricatura frailuna para un periódico satírico; llegó el tal con un farolillo encendido y eché tras él por un caracol angosto, oscuro y torcido, tallado en el espesor del muro. Antes del primer centenar de escalones soplabá el sacristán como un delfín y ponía gran empeño en convencerme de que yo debía estar cansado, y a pocas docenas más fueron tales sus angustias, que me dí por convencido, pues temí tener que cargar escalera abajo con el cadáver de un sacristán. Decidió, a ruego mío, no seguir subiendo y, dando un silbido, llamó al campanero, que poco después se presentó bajando las escaleras de tres en tres, sin miedo a estrellarse; aquel hombre, a fuerza de vivir en la torre, había tomado cierto aspecto de cigüeña, según lo largo que era de cuello, de zancas y de narices. Despidióse el sacristán protestando de la propina, mientras miraba de reojo si era blanca o cobriza, y el *hombre-cigüeña*, haciéndose cargo del farol, voló escalera arriba. Seguile como pude y a poco una bocanada de aire

caldeado por el sol, vino a sanear aquel ambiente de tumba. Salí al antepecho al pie de la maciza aguja; las grotescas alimañas de las gárgolas me miraban con sus ojos saltones como diciendo: ¿quién será este intruso? y los grajos huían insultándome con graznidos desagradables. Enfilando la vista por los tejados, la iglesia parecía un enorme insecto, cuyo gigantesco dorso le formaba la nave mayor, los arbotantes las patas y las torres los cuernos, que iba a hacer presa cayendo sobre la ciudad.

Ésta se cernía a los pies del templo, salvando la opresión de la muralla por cien sitios; el río plateaba a lo lejos entre la esmeralda de las alamedas; al Sur las hondas lontananzas sembradas de trigales besaban el cielo de un azul intenso y encendido y al Poniente el sol gacho del atardecer caía a plomo sobre las crestas enriscadas de los montes leoneses y galaicos, destellando en los manchones blancos de la nieve rezagada.

El *hombre-cigüeña*, enmudecido durante la ascensión, cobró locuacidad con la altura, como el Don Sabas de *Peñas Arriba*, y como sus dominios eran cortos, alcanzaba con la conversación cuanto con la mirada alcanzaba.

Me llamó la atención hacia una lápida que conmemoró la subida a aquel lugar de la reina Isabel II, en derredor de la cual lápida los turistas locuaces y deseosos de perpetuar sus nombres, han ido escribiéndolos a punta de lápiz o de navaja. En éste, como en lugares parecidos, prodígase el: «aquí estuvo Fulano el día tantos», como si a quien viene tras él o a la posteridad les importara algo de tal Fulano ni de tal fecha.

En esto los franceses no suelen contentarse con nombre y fecha, sino que son más expresivos: yo he leído en la aguja del campanil de la catedral de Burdeos una rendidísima declaración amorosa de un tal Gastón a una *charmante Margot*; no puede tachársele a Gastón de que no declaraba su amor con alteza de miras, pues desde allí se domina media Gironda, pero es muy posible que si Gastón no ha repetido su declaración de manera más insinuante y menos alta, esté a estas horas Margot sin saber que Gastón la ama; solamente a un gascón, a un paisano de Cyrano, se le puede ocurrir declarar su amor a una mujer desde cien pies de altura.

Bajé yo de la mía y visité la hermosísima ca-

pilla de Santiago. Si será hermosa, que los ojos, avezados a hermosuras después de visitar la catedral, quedan nuevamente sorprendidos ante aquélla. Las fenestras ocupan toda la magnitud del muro, y sus vidrieras, contemporáneas de la fábrica, son acaso de más mérito que las de la catedral; pero la gala de esta capilla es un altar, el único de cuantos luce, digno de la catedral leonesa. Labrado en el mismo espesor del muro del testero, eleva los calados doseletes piramidales que se estiran disminuyendo gradualmente de radio hasta terminar en punta de lanza; algún sacrilego del arte colocó a sus plantas, cubriéndolos en parte, una mesa de altar barroca, estofada, chillona y fea.

Mucho me quedaba que admirar todavía en la basílica ilustre cuando sentí un rumor de llaves y cerrojos que me indicaba que allí estaba de sobra; llegaron los sacristanes revisando rincones y confesonarios, hablando a voces, privilegio de que sólo disfrutan en los templos los sacristanes, y tomé la puerta de salida por el propio sitio por donde había entrado, esto es, por el atrio.

Cuando salí, el rey Lear lanzaba frenéticas chupadas a su pipa, y entre la gris bocanada

de humo fétido, fulguraban sus miradas como relámpagos entre nubes; el ciego hierático continuaba inerte, con la mano tendida, ajeno a cuanto le rodeaba; Ginés de Pasamonte canturreaba a media voz un aire canallesco, simulando la vihuela con la muleta; la ninfa tullida del bocio rumiaba padrenuestros a las ánimas benditas; el bigardo idiotizado regonzaba por el suelo, lanzando miradas mortecinas al oca-so, pidiendo sol como el Osvaldo de Ibsen, y el mudo, exasperado por el peregrino que le acusaba de intruso, olvidando su profesión, barboteaba insultos y palabrotas soeces.

IV

EN LA PRISIÓN DE QUEVEDO

SALIENDO de la ciudad de León y tomando aguas arriba la margen del Bernesga, entre hileras de álamos, sin fatiga en la jornada, puede llegarse al vetusto puente de San Marcos. Trepano a él aparece de súbito ante los asombrados ojos, la hermosa fachada del convento de santiaguistas, obra capaz por sí sola de conmemorar eternamente la pasada magnificencia de la orden del patrón de España y el genio artístico de Juan de Badajoz y de Guillermo Doncel.

Muéstrase en ella, con todo el esplendor y la riqueza de su profusa ornamentación, el estilo plateresco; esa manera de la arquitectura tan castizamente española, contemporánea de la regencia de Cisneros y heraldo de su grande-



za. Más que morada de humildes siervos de Dios, parece acusar la de algún magnate sibarita, ahito de lujo y podrido de vicios, de los que hacían leyes de sus caprichos en las repúblicas italianas, en los albores del Renacimiento.

Génova, Florencia y Milán, ciudades de palacios, no desdeñarían contar entre los suyos más suntuosos a éste que nosotros llamamos convento, ni hubieran encontrado en él pobre o menguado alojamiento Dórias y Médicis, Viscontis y Sforzas.

Dorados los sillares por la pertinaz caricia del sol de cinco siglos, recuerdan el oro que debió consumir la fábrica en su construcción, oro agotado antes de dar realidad completa a la concepción del artífice, pues las basas y doseletes de las hornacinas vacías, aún esperan las estatuas que debieron albergar, y el espléndido frontispicio de la iglesia, cercenado en germen, no ha conseguido aún, ni es fácil ya que consiga, elevarse a la altura que soñó darle Juan de Badajoz.

Si admira vista en conjunto, aturde vista en detalle la prolijidad y el atildamiento de la labor; cada escultura, ménsula, fuste y dintel o

medallón o candelabro de los innumerables que pueblan la tendida fachada, encantan los ojos por lo artístico de la idea y lo acabado de la ejecución. Desde el friso bajo hasta la alta crestería que rompe la sequedad de la cornisa, piérdense los ojos en un piélago de escultura, en un laberinto de laboreo de cincel; es aquel un alarde del arte que da vértigos de emoción estética. Labor cachazuda, que a pesar del exceso de ornamentación, no peca de *afeminamiento* como las labores decorativas orientales, antes al contrario, entre reminiscencias medioevales, álzanse las líneas nobles, viriles y enérgicas del clasicismo renaciente.

La mano habilísima del escultor Orozco esculpió en toda la longitud del cuerpo bajo, una línea de medallones como una cenefa de humanos rostros; mezcló allí la historia y la mitología y véñse a Hércules y a Fernando el Católico, a Héctor y a Carlos V, a Judith y a Isabel I, avanzando los bustos fuera del hastial.

Todos tienen expresión triste y descaecida, gestos de sufrimiento y amargura. Hay allí ojos que miran sin pupila y parecen prontos a derramar lágrimas de piedra; hay bocas entreabiertas de labios melancólicamente caídos,

que parecen luchar con un quejido que nunca brota; hay cuellos musculosos retorciéndose nerviosamente; hay semblantes femeninos llenos de una aflicción que lastima, y todos avanzan fuera del muro los torsos hercúleos, como esforzándose en lucha incesante y estéril por escapar del peso de la mole que gravita sobre sus cuerpos invisibles; quien los contempla detenidamente siente una emoción angustiosa que le impulsa a tender las manos a aquellos desgraciados de rostro trágico para ayudarlos a huir de su cárcel de piedra.

No lo ha sido San Marcos solamente de encarcelados de asperón, pues los tuvo de carne y hueso dentro de sus paredes, uno de ellos, caballero santiaguista, que ha dado más tama a su prisión que el mismo Juan de Badajoz al concebirla, no para prisión ciertamente. Como sabe todo el que algo se interesa por las cosas de las artes y las letras, aquí sufrió cuatro años de confinamiento en prisión rigurosa don Francisco de Quevedo, coloso de la literatura patria, tan popular como mal entendido.

Esa soberbia puerta, adintelada con la imagen ecuestre del patrón de España y guarnecida de elegantes columnas, le debió parecer,

más que boca de cárcel, arco de triunfo, cuando penetró por ella, sin perder su cáustico buen humor, el 7 de diciembre de 1639, mofándose de las narices del padre prior, *que pudieran servir de paraguas a toda la comunidad muy reverenda*. La prisión era digna del prisionero; ¿en dónde, sino en un palacio, pudiera encerrarse a aquel genio a quien calificaron Justo Lipsio de la más alta gloria de los españoles; Cervantes, de hijo de Apolo, y Lope de Vega, de príncipe de los líricos? Su enemigo implacable le preparaba una prisión dorada y seductora por fuera; pero en cuyo lóbrego interior había de sufrir el Juvenal español tantas angustias como si encerrado estuviera en las mazmorras de Venecia o en los pozos de Argel, y bien pudo haber escrito, con más extensión que lo ha hecho en su hermoso epistolario, el tratado de sus prisiones, como el sentimental piemontés Silvio Pellico.

Aquí dieron fin la sátira flageladora y la burla mordaz en el poderoso cerebro de Quevedo, y aquí brotaron en su alma la resignación cristiana y el recogimiento místico.

Aquí el satírico deslenguado, terror de parásitos de camarilla; el intrépido acusador de po-

líticos ineptos; el gran burlón que hacía befa hasta de sus propios defectos en romances y letrillas; el audaz camorrista y reñidor impenitente, tan diestro en esgrimir la espada como la pluma, que lo mismo tendía de una estocada en plena calle Mayor al capitán Rodríguez que mojaba la pluma en hiel para zaherir a Góngora y a Montalbán; el conspirador temerario que burló todo el alarde terrorista de la república veneciana, conspirando en contra de ella en sus propios canales; el brazo derecho del grande Osuna; aquí perdió la confianza en sí mismo, sintió caérsele las alas del corazón y soportó con entereza de alma digna de Job las tristezas de una vejez desamparada, de una cautividad cruel y los refinados sufrimientos de la venganza de Olivares.

Este hombre funesto que destrozaba la gloria de España, arrancándole jirones en Borgogna, en Mantua, en el Rosellón, en Portugal y en Cataluña, a punto estuvo de acabar con otra gloria española, por lo menos tan grande como la posesión de aquellos territorios, con la vida de don Francisco de Quevedo.

El recuerdo de este genio, de su interesantísima vida y resignada cautividad, me hacía

casi indiferente a las curiosidades artísticas que me rodeaban al atravesar el claustro de San Marcos convertido en museo; el espíritu del Quevedo triste, desventurado y místico, flotaba ante mí en aquellos lugares testigos de su tristeza, desventura y misticismo; el espíritu del Quevedo torturado por hondos sufrimientos físicos y morales, que exclama en un arranque de dolor y desconsuelo: *el hombre en la dicha no se conoce, en la desdicha nadie le conoce*; que deponiendo su altivez, dirígese suplicante a Olivares diciendo: «no deseo que se acaben mis castigos, sino que se encomiende su prosecución a mi arrepentimiento; pues no es más blando artífice de tormentos la vergüenza propia que el rigor ajeno», y exclama luego, sin encontrar un eco de compasión en el alma de su opresor: «ciego del ojo izquierdo, tullido y cancerado, ya no es vida la mía, sino prolijidad de la muerte».

Vanos fueron sus ruegos y vano el retrato de sus propias lástimas; él mismo lo conoce y busca consuelo leyendo a Séneca y repitiendo con él: «no hay otro ser más miserable que aquel que jamás vió el semblante a las miserias», y luego, por cuenta propia, compará el

corazón del hombre al diamante, que tanto es de más valor, cuanto recibe sin quebrantarse más formidables golpes en el yunque de la desgracia.

Dominado por tales ideas, asediaba yo a un guía para que me llevase a aquel lóbrego recinto, roca del Cáucaso para aquel Prometeo literario, y sin parar casi la atención en ella, crucé ante la soberbia talla de la sillería del coro, donde campea el Renacimiento en todo su esplendor; a mano derecha abrió el conserje una puertecilla diciendo: esta fué la prisión de Quevedo. No, no era esta la que yo buscaba; esta era la prisión de los primeros tiempos de la condena, cuando aún conservaba humor el insigne condenado para burlarse de las narices del prior y de los estornudos de los cofrades, *capaces de derribar una encina*, y para encomiar la olla del convento; la prisión soleada y sana, que en nada desmerecía de la torre de Juan Abad, donde su dueño había estado confinado, antes aventajaba a ésta en amenidad de vistas, pues las alamedas del Bernesga y su vega son hermosas, y los llanos de Montiel son muy famosos en la historia y no menos en la novela, pero nada tienen de seductores a los ojos.

Yo buscaba la prisión de las tribulaciones y del desaliento; aquella mazmorra insalubre a donde le condujo el rencor vengativo de Olivares y que tan detalladamente describe Quevedo en sus admirables cartas a su amigo y devoto Adán de la Parra, como sintiendo cierta voluptuosidad al descargar en un pecho amigo la miseria y el dolor en que vivía; aquel in-mundo subterráneo donde no entraba la luz, pero sí la humedad del río; donde el cuerpo decrepito del insigne prisionero plagóse de úl-ceras y donde, con acentos salidos de lo más hondo del alma, hace humildemente aquella confesión sublime con imagen tan bella: «el al-mendro amargo se vuelve dulce agujereando el tronco, porque por él liquida la amarga sus-tancia que lo alimentaba».

Ansiaba yo respirar aquel húmedo ambiente y bañarme en aquellas lobregueces que inspi-raron frases tan hermosas, pero el conserje me malogró el deseo diciéndome que difícilmente podría satisfacerle, pues él no tenía a su cargo más que el claustro y la iglesia, y el resto del edificio servía de *depósito de caballos sementa-les del ejército* y no permitían visitarlo; al saber esto recordé a Stratford, convertido por los in-

gleses en verdadero santuario de las letras, a donde acuden en peregrinación, casi obligatoria, sus compatriotas a rendir culto a la memoria del inmenso Shakespeare.

Contrariado por no satisfacer mi propósito, visité la magnífica iglesia, algo destartada y desnuda, pero seguían dueñas de mi ánimo las memorias del gran satírico oriundo de Bejorís, y al atravesar la alta galería acristalada del claustro, por donde en los primeros meses de reclusión distraería el tedio de su cerebro jamás ocioso, leyendo a Boecio, Séneca o Tertuliano, o concibiendo su tratado sobre la inmortalidad del alma, iba yo repasando en la mente la historia del memorial encubierto en la servilleta de Felipe IV, en el cual, mofándose del sobrenombre de *grande* con que apellidaban sus aduladores al *rey poeta*, decía Quevedo que grande era, pero a manera de hoyo que cuanto más tierra le quitan más grande es. Recordaba también aquel famoso *pater noster* glosado, donde se flagela al conde-duque con el azote de la sátira, como jamás, ni en los tiempos modernos, se habrá flagelado a político alguno; léase una de las estrofas y no de las más sangrientas:

Ea ya, Felipe cuarto,
que en el mundo eres famoso,
abre el pecho generoso,
danos de tu sangre un parto:
de quien nunca se vió harto
del pan que le quita al póbre,
de quien ha bajado el cobre,
de quien la plata ha subido,
de quien tu reino ha vendido
y venderá al mismo Dios
libranos.

Recordaba yo toda aquella conocidísima intriga que aparejó consigo el precipitado y misterioso prendimiento de Quevedo, y preguntándome si hubo razón para disponerle, hallaba contestación en la Musa popular contemporánea del suceso, que le juzgó de esta manera:

En San Marcos de León
está el insigne Quevedo
del conde con mucho miedo
y corta satisfacción:
la causa de su prisión
dicen se pierde de vista,
pero un colegial artista,
de los que en comer son parcos,
dijo: Quevedo en San Marcos
está por evangelista.

Por evangelista y por valiente, que bien presentía la tempestad de odio que en contra suya

habían de mover tales composiciones cuando en el propio *pater noster* decía al Rey:

Si culpares de atrevido
este memorial, perdona,
que celo de tu corona
más que atrevimiento ha sido.

Fuera por celo de la corona de Felipe, como dice, o por otras causas que calla, y aunque todo lo que el memorial denunciaba era cierto (por ser cierto dolía más) el caso es que en tales conspiraciones Quevedo se jugó gallardamente la vida, en tiempos en que tan a mansalva se deshacían los poderosos de sus enemigos, aunque éstos fueran honra de las letras: ejemplo, el conde de Villamediana.

Eso de jugarse la vida no aceleró jamás los latidos del bien templado corazón del gran satírico, que se pasó la suya poniéndola en peligro; llegó a hacerlo hasta en defensa de una dama desconocida para él, rasgo de caballerosidad castellana que callan sus detractores, nunca cansados de traer y llevar en lenguas el encono de Quevedo contra las mujeres.

El delito que le encerró en San Marcos no fué otro sino el haber tenido valor de pintar sin máscaras hipócritas, en toda su repugnante

desnudez, los vicios de sus contemporáneos, alcanzando los latigazos de su sátira a palaciegos y a hampones, a damas aristocráticas y a busconas, revolviéndolos a todos en todas sus miserias y arrojándolos como pasto a las generaciones futuras para que juzguemos de una época que Cánovas apellida nefanda.

Cayó al fin Olivares arrastrando en su caída pedazos de la obra colosal de Isabel la grande y del grande Emperador, pero a aquel adocenado que desangró y arruinó a España, no le ciñeron los grillos, con los cuales él torturó los defectuosos pies de Quevedo. Cayó Olivares y Quevedo consiguió la libertad, pero enfermo, desalentado y viejo, bien puede decirse que su libertad no fué más que un paréntesis de su agonía.

Salí ya también de las paredes que le guardaron y volví a contemplarlas por fuera con ojos más enamorados que la vez primera.

Caía el sol y sus rayos agonizantes llenaban de amarillenta luz los calados del rosetón que corona el hastial de la entrada, simulando una lámpara colocada de intento por manos piadosas para iluminar aquel santuario del arte. ¡Con qué honda tristeza contemplaría el poeta

prisionero, a través del enrejado de la men-
guada saetera de su mazmorra, esa caricia de
luz débil con la que el sol se despide de la tie-
rra! ¡Con qué angustia, no por callada menos
dolorosa, vería morir la luz de otro día sin que
llegara la libertad ansiada! Qué bien cuadraba
entonces a su estado aquel su famosísimo ro-
mance:

Todo en el mundo es prisiones,
todo es cárcel y penar,
las cercas y las murallas
cárcel son de la ciudad,
el cuerpo del alma es cárcel
y de la tierra la mar..

Moría la tarde; un grupo de leonesas, sir-
vientas o artesanas, vistiendo el traje regional,
tomaban la vuelta a León por la carretera recta
y sombreada; caminaban despacio, cogidas del
brazo, sin atropellarse ni alborotar, entonando
una canción con dejes cadenciosamente me-
lancólicos, que delataban la proximidad de
Galicia. A mi frente la robusta torre de San Isi-
doro y las agujas y gabletes de la insigne ba-
síllica leonesa ahondaban en las nieblas ves-
pertinas; al fondo del paisaje alternaban con
tupidas alamedas trozos de lontananzas mudas

y desiertas, y a mis pies, después de lamer los carcomidos cimientos de San Marcos, pasaba el río llorando grandezas muertas. La hora, el lugar, la canturia de las mozas que se desvanecía en ecos apagados, el quejido del Bernesga; las evocaciones recientes de mi memoria, el vaho del atardecer envolviendo la mole de San Marcos y el perfume de los brotes de los álamos embalsamando el ambiente, hiciéronme poeta, y antes de alejarme de aquellos lugares, fijos los ojos en el convento y la memoria en Quevedo, iba yo enhebrando endecasílabos hasta formar el siguiente soneto:

Aquí domó tu voluntad bravía
el lento padecer de la clausura;
aquí el cáliz bebió de la amargura
quien en la copa del placer bebía.

Aquí la hiel mordaz de la ironía
trocóse en mansedumbre y en ternura,
que a solas con la propia desventura
brota el alma letal melancolía.

San Marcos secular, a quien demande
misterios escondidos en tu arcano,
contéstale que no hay dolor que ablande

el pecho vengativo de un tirano,
que en ti juntó el dolor a un alma grande
la calma estoica y el fervor cristiano.

POR LOS CAMPOS GÓTICOS

DESPEREZÁBASE al despertar el día con bostezos de niebla y miradas soñolientas de luz rosada, cuando atravesé en un ómnibus destartado y corredor la calle de Ordoño II, despidiéndome de la ciudad de los Guzmanes. El crepúsculo entraba fresco, humedeciéndose en el ambiente neblinoso y perseguido por un sol deslumbrante, que a través de sus gasas se adivinaba. Huían éstas dejando jirones en las crestas de los álamos y caía sobre las calles ese ambiente de alborada que sana los pulmones viciados de las ciudades angostas.

Traginaban por el puente, unos saliendo y otros entrando en la ciudad, carros, coches, ginetes y peones madrugadores; grupos de cam-

pesinos de los lugares fronteros, cargados de hortalizas, carbón y cacharrería, cabalgando en mulos y caballos con gran gritería, cascabeleo y chapotear en el barro; caminaban agrupados y se hablaban a gritos, y como abundaba la gente moza, bullía el buen humor, y entre los fustazos y los gritos a las cabalgaduras sonaban los requiebros a las muchachas brutalmente apasionados, salidos del pensamiento a los labios sin pulimentarse en el camino, y las juguetonas y vibrantes risas de las requebradas, gente contenta de la vida, cuya risa, más que de los labios, brota de todo el cuerpo. Varios soldados de caballería bañaban en el río sus cabalgaduras y asaetábanse de margen a margen con unas lavanderas retozonas, que más atendían a la labor de aquéllos que a la propia. Tal moza alfarera que guiaba un burro cargado de cacharros, asomábase al pretil del puente, pidiendo parte en los requiebros, y cuando caía en la cuenta de que no venía a León a escucharlos sino a vender su mercancía, ya el burro había desportillado una alcañal contra un árbol, y sin cuidarse de la avería, pastaba tranquilamente los yerbajos del camino. Todo este tragin contemplaba desde

su pedestal la figura de Alfonso Pérez de Guzmán *el Bueno*, perpetuada en bronce por sus paisanos, y lanzaba el puñal con cara fosca, no para sacrificar un hijo como en Tarifa, sino para ver de herir a tal cual de aquellos importunos que despertaban tan temprano y le aturdirían con su bullanga. A lo lejos, velada por la distancia y el cejo del río, entreveíase la encantadora fachada de San Marcos; yo la adivinaba a través del crespón neblinoso en todos sus detalles, como adivina el enamorado el rostro de su amada detrás de la celosía; adiós, dorada prisión del gran Quevedo, quédate con tus añoranzas de tiempos mejores rumiando en la soledad de las alamedas recuerdos de desdichas, cuyos ecos no pudieron apagar tus sólidos muros y aun suenan al cabo de centenares de años, para mayor honra del alma grande que supo soportarlas y recreo y ejemplo de los espíritus escogidos que saben leer el Epistolario del gran satírico castellano.

En la estación había gran movimiento, por cruzarse a tal hora varios trenes procedentes de Galicia, Asturias y Castilla; llegó este último, en el que yo debía montar, resoplando fatigosamente, como rendido por la caminata y por

el largo convoy que arrastraba rebosando viajeros. Subí a un coche en el que aún reinaba la noche, pues traía tendidos los visillos y se escuchaban por todas partes ronquidos de diferentes tonos; a tuestas y tropezando en cuerpos que gruñían como perros dormilones cuando los hurgan, corrí las cortinas inundando de luz el departamento; entonces me vi rodeado de caras lustrosas asomando entre mantas y abrigos y ojos soñolientos, que me lanzaban miradas asesinas: en todas ellas se averiguaba poca gana de luz, menos de palique y muchísima menos de recibir nuevos huéspedes; así que cuando el revisor rogó a un catalán de más de cien kilos, que roncaba tumbado panza arriba, ocupando toda la longitud de un diván, que me hiciera lugar en éste, contestó con un bufido que estremeció las maletas en la rejilla, tardó media hora en incorporarse pujando como si levantara una losa y después de tal preludeo descargó una granizada de denuestos contra las empresas ferroviarias que tanto abusaban del viajero, y el abuso en aquel caso consistía en no poner la Compañía una cama a quien pagaba un asiento, y eso que el viajero en cuestión aún sentado ocupaba el suyo y la mitad

del *ad latere*. Enfrente, una señora, entrada en años y en postizos, apoyaba la cara mofletuda, convertida en mapa por haberla desteñado el *colorete* con la sofocación del sueño, en la jaula de un periquito que de cuando en cuando daba un ahullido y despertaba a la dueña; junto a ella un ciudadano de cara beatífica dormía con los brazos cruzados y la boca entreabierta y, al lado de éste, un inglés con la pipa apagada entre los labios y los enormes zapatos en el marco de la ventanilla, dormía como un venturado.

No les molesté mucho tiempo, pues aquella atmósfera respirada y vuelta a respirar cien veces, era capaz de cocer los pulmones, y como pensé que si me decidía a renovarla abriendo un cristal me asesinarían entre todos los durmientes, decidí salir a la plataforma, dispuesto a tolerar de mejor grado las caricias del fresquecillo matinal, que las bofetadas de aquel aire corrompido por la transpiración humana y el tabaco rancio.

El tren, buscando el puerto por donde descender a Galicia, corría por una tendida vega, entrándose, con la seguridad y confianza del que lo hace en propia casa, por bosquecillos de olmos y heredades acotadas con choperas altí-

simas. La campiña legionense es hermosa, y más en tal hora, humedecida por las lluvias de días anteriores y dorada por un sol risueño, que nacía derramando arroyos de luz y presagiando calor. Los árboles cabeceaban acompasadamente, contándose secretos de los que sólo llegaba a mí ininteligible rumor de hojas, y las plateadas cimas de la cordillera cantábrica seguían cerrando el fondo como cerca gigantesca de la gigantesca llanura. El paisaje aún tenía reminiscencias norteñas: aquellas casucas humildes y alegres, diseminadas para no robarse luz ni aire, aquel verde matiz jugoso y fuerte de árboles y matorrales, aquel prodigar del agua en riachuelos y charcas y aquellos montes lejanos, verdes en la falda y blancos en la cresta, tienen más parentesco con los paisajes cántabros y astúricos que con los de la España central. Así cruzó el tren ante varias aldeas, despreciando a unas y parándose en otras por compromiso, y a obra de una hora de camino comenzaron a escasear los árboles, a enrarecerse la yerba en los campos, a palidecer y a resecaarse la tierra, a amarillear los poblados y a poco aparecieron las tierras mudas y desiertas y las lontananzas inmensas que causan el

vértigo de la distancia; las tierras sin árboles que las sombreen, sin cercas que las acoten, sin casas que las vigilen y sin ganados que las alegren, esas tierras castellanas que parecen no pertenecer a nadie.

El tren por estas soledades acelera la marcha temeroso de atravesarlas solo y queriendo salvarlas cuanto antes, como los niños cuando cruzan una habitación oscura, y como ellos se detienen jadeantes al encontrar gente y luz, así el tren al divisar un cerro erizado de casas y torres, lanzó su carrera desbocada en demanda suya y detúvose a sus pies resoplando fatigosamente.

«¡Astorga!... Cambio de trenes para la línea de Zamora, Salamanca y Plasencia!» gritó una voz; obediente a ella, pues yo era viajero de tal línea, cogí mis bártulos, que eran pocos y ligeros, y eché pie a tierra.

Eran las ocho y hasta las diez no salía el tren de Salamanca, por lo cual decidí aprovechar las dos horas dando un vistazo a la famosa ciudad de las mantecadas y metrópoli de la maragatería.

Un viejo menguado de estatura y sacudido de carnes, de rostro magro y simpático, brindó-

se espontáneamente a servirme de guía, acepté sus servicios y subí tras él por un camino que en pendiente suave escala el cerro pelado, en la cumbre del cual levanta la secular Astórica las torres de su Basílica y los cubos vetustos de sus desmanteladas murallas, batidas a través de la historia por romanos, godos, moros y franceses. Bordeaban el camino casas de un solo piso, edificadas con barro amasado con paja, sistema constructivo muy usado en aquellas tierras y que aseguran los indígenas ser de gran solidez; en mi concepto, usado en establos, tendrá el inconveniente en años escasos de que el ganado derrumbe los muros a mordiscos. El camino al final se encurva y muere al pie de dos bastiones medio hundidos, que rompiendo el lienzo de la muralla, dejan paso al recinto del pueblo. Aquí el tío Menchaca, tal era el nombre de mi acompañante, hizo alto y me contó que entre los dos torreones que teníamos al frente hubo un arco muy hermoso, que medio deshicieron los franceses a metrallazos y acabaron de deshacer los astorganos a piquetazos para dejar la entrada del pueblo más espaciosa. Realmente, para el paso de pollinos y mulos, únicos vehículos que alcancé con la vista en

aquel día, y eso que lo era de mercado, no necesitaba espaciarse mucho la entrada y sacrificó Astorga estérilmente un blasón de gloria digno de competir con la heroica puerta del Carmen de Zaragoza. El *progresismo* mal entendido ha causado más daño en estas poblaciones rancias que la invasión francesa.

Cosa de juego le pareció al general Loisón el apoderarse en 1810 de esta ciudad de muros viejos y endebles, de artillería escasa y anticuada y de menguada guarnición bisoña; ¿qué resistencia pudiera ofrecer semejante parodia de plaza militar a los soldados que asaltaron las murallas de San Juan de Acre, de Ratisbona y de Danzig? Pues el general Loisón y 9.000 imperiales que mandaba, cejaron del asedio maltruchos y desalentados, después de haber estérilmente intentado asaltar aquellas paredes de barro amasado, y tuvo que venir el mariscal Junot con nuevas fuerzas y artillería de batir a bloquear formalmente aquel baluarte arruinado. Fueron tantos los actos de heroísmo de aquella épica guerra, que se hacen sombra los unos a los otros, y hazaña que valiera para inmortalizar ella sola los anales de un pueblo, queda oscurecida y casi avergonzada ante otra

más grande. Zaragoza y Gerona sufrieron sitios que suenan más que el de Astorga por la importancia de las plazas, de la duración del asedio, de las fuerzas que los sostuvieron y hasta de los estrategas que los dirigían, pero no por mayor heroísmo en la defensa; cuando Junot, después de abrir dos brechas en aquellos muros, que eran una pura brecha, y de haber incendiado la catedral, principal baluarte de los sitiados, embistió a éstos con la impetuosidad y el valor de aquellos modernos macedonios acostumbrados a vencer siempre, al intimarlos con la rendición o con pasar a cuchillo a todos, soldados y paisanos, hubo quien propuso formalmente en el Consistorio imitar el ejemplo de Numancia, en pleno siglo XIX...

Las corrientes intelectuales modernas menosprecian aquel heroísmo y nos hablan de una regeneración (¡cómo apesta ya esta palabra!) española, debida a la conquista francesa; cuantas veces oigo esto, rumio de dientes adentro, o digo de dientes afuera, estos párrafos del donosísimo Angel Ganivet, aquel español ferviente a quien nadie tachará de poco *européizado*: «Los doctos pasaron el sarampión napoleónico y en nombre de las ideas nuevas se hu-

bieran dejado rapar como quintos e imponer el uniforme imperial. Los que salvaron a España fueron los ignorantes. ¿Quién dió pruebas de mayor robustez cerebral: el que seducido por ideas brillantes, aún no digeridas, sintió vacilar su fe en su nación y se dejó invadir por la epidemia reinante; o el que con cuatro ideas recibidas por tradición, supo mantener su personalidad bien definida ante un poder tan absorbente y formidable?» Y añade más adelante: «Sabedlo, pedagogos de tres al cuarto, propagandistas de la instrucción obligatoria, Jeremías de la estadística, que os sofocáis cuando veis en ella que la mitad de los españoles no saben leer ni escribir: el único papel decoroso que España ha representado en la política europea en todo el siglo XIX no lo habéis representado vosotros ni vuestros precursores, sino ese pueblo ignorante, que un artista tan ignorante y tan genial como él, Goya, ha simbolizado en su cuadro del *Dos de Mayo* en aquel hombre o fiera que, con los brazos abiertos, el pecho salido, desafiando con los ojos, ruge delante de las balas que le asesinan»...

Estos párrafos no se los recité a mi guía, pues supuse que estaría completamente de acuerdo

con Ganivet; lo que sí le dije es que cesara en el análisis de los huecos del muro, donde vió de niño cascos de granada incrustados, y que penetráramos en el pueblo, pues no sobraba tiempo.

Así lo hicimos, y tomando por la derecha del portillo, entramos en callejones formados por casucas mezquinas, a las puertas de las cuales niños rollizos y sucios, medio desnudos, revolcábanse por el suelo, recibiendo las caricias del sol en las partes más recónditas del organismo, con el cínico desprecio de Diógenes en su tonel, nos miraban pasar sin variar en lo más mínimo sus actitudes académicas. Al fin de estas callejuelas dimos en una explanada que limita la catedral. Sostenido por dos torres, sin terminar una de ellas, elévase el frontispicio, de complicada labor barroca, de mal gusto, pero admirable ejecución; cientos de figuras de ángeles, vírgenes y santos le cubren por completo y le corona un templete historiado, flanqueado por dos arbotantes disfrazados con barandales, a manera de puentecillos que le comunican con las torres. Acostumbrados los ojos, cuando se llega de León, a la delicadeza exquisita de su encantadora basílica, no agrada

el barroquismo de la de Astorga en su exterior, a pesar de su reconocido mérito. No opinaba lo mismo el tío Menchaca, pues al oírnos esto a otros viajeros y a mí, protestó indignado; sabía él muy de cierto, aunque no la hubiera visto, que la de León no admitía *comparanza* con la de *ellos* ni en riqueza ni en grandor. Desagraviamos al puntilloso patriota con todo género de explicaciones y entramos en el templo cuyo interior, un poco sombrío por la estrechez de las naves laterales, es sobrio y de muy buen gusto. Merecen atención especial el hermosísimo retablo del altar mayor y la sillería del coro. La sacristía es moderna, pues sustituye a la que destruyó la artillería francesa; por cerca de ella pasamos a un claustro greco-romano de mármol sin pulimento, un poco soso y frío en detalle, pero de muy noble conjunto; es obra de un trasmerano llamado Alvear, que allí está sepultado.

No pudimos, en nuestra corta visita, rendir al templo astorgano el largo homenaje de admiración que se merece, porque el tiempo apremiaba y queríamos, aprovechando la coyuntura de ser martes, presenciar el mercado, del cual se hacen lenguas las gentes del país, entre ellos

el tío Menchaca, quien por miedo de que yo perdiera tal espectáculo me atajaba en el examen de todos los detalles del templo, metiéndome prisa.

Salí, y guiado por él, tomé la derrota del mercado por unas calles mejor urbanizadas que las que a la iglesia nos condujeron, pero sin *carácter*; casas viejas, no antiguas, muy pintorroteadas, de dos pisos y balcones de hierro, de esas que abundan en todas las poblaciones españolas; pero si tales calles no recibían *color local* de sus construcciones, prestábaselo, en cambio, marcadísimo, original y pintoresco, la muchedumbre que las poblaba. Largas hileras y tupidos grupos de maragatos de ambos sexos, peones unos y cabalgando otros en mulos, borricos y caballejos, seguían el mismo rumbo, cargados de aves y hortalizas o conduciendo cerdos y corderos, y tal cual ricacho engalanado con riquísimo traje regional, pavoneándose sobre los lomos de una mula medio sepultada entre flecos y rosetas, llevando en las ancas de la propia cabalgadura a su mujer o hija, no menos abigarrada, chillona y pomposa que él con su atavío, respondía con desdén olímpico a las miradas asombradas y envidiosas de tan-

ta riqueza, que caían sobre ellos de balcones y ventanas poblados repentinamente de rostros curiosos al oír acercarse el són de las campanillas y el golpeo de las herraduras en los guijarros. ¡Paso, paso! gritaba el prócer maragato, y la multitud confusa de hombres, borricos, cerdos y corderos se agolpaba en los flancos de la calle atropelladamente, como si se tratara de abrir plaza a una procesión, y por ella se lanzaba la garrida pareja al trote cochinerero de su mulo y no tuvieron más ovación el héroe griego y la princesa etíope, que aquellos Perseos y Andrómedas, con más colores que el iris, flotando en colgajos y agobiados de quincalla.

A medida que nos acercábamos a la plaza, engrosaban los grupos con marchantes que afluían por las bocacalles, los más de ellos, si no todos, vistiendo el traje regional; sombreros de alas anchas, bragas a lo turco, justillos encarnados, inconmensurables capas pardas, a pesar del calor que iba entrando en aquellas horas, prodigábanse vistiendo aquella muchedumbre pintoresca, libre aún del traje cosmopolita de los labriegos y artesanos de otras regiones *modernizadas*. Ya íbamos abocando la plaza cuando sonaron en un reloj cercano las campanadas

de los cuartos para las nueve: al oírlas el tío Menchaca suspendió precipitadamente la tarea en que estaba de encender por centésima vez una colilla invisible ahumándose las narices, volvióse a mí, y obligándome más con la acción que con la palabra: «Ande, ande», me decía, «ya que tiene, por suerte, ocasión de ver la maravilla de Astorga en el poco tiempo que en ella para.» Y me empujó hasta ganar la plaza casi corriendo, sin que a nadie le extrañara, pues muchos hicieron lo propio, y me detuvo frente a un edificio grandote que campea en el fondo de ella, ostentando en la fachada un reloj descomunal cuyas campanadas daban a martillazos unos autómatas vestidos de maragatos y unos carneros que se topaban. Mirábase atentamente muy ufano mi guía, estudiando el efecto que hacía en mí aquello que a su juicio era la maravilla de Astorga y repetía de vez en cuando: «¡Pues no ha tenido poca suerte!» Terminó el reloj su misión por aquella hora, y me permitió mi guía volver los ojos a la plaza, que hervía de gente; media maragatería se congrega allí todos los martes a celebrar el mercado.

Allí volví a ver en todo su esplendor los abi-

garrados trajes de las maragatas. Maragatos, más o menos adulterados, se encuentran en todas las poblaciones de España, sobre todo en Madrid, ejerciendo de pescaderos, pero sus hembras, revestidas de su peculiar indumentaria, hasta en León es difícil verlas, pues pocas abandonan sus apartados lugares, cernidos por los montes de León, si no es para bajar los martes al mercado de Astorga. Si descienden estas gentes de aquellos berberiscos, que huyendo de los atropellos de los árabes cordobeses se refugiaron en estos montes, o si tienen más parentesco con los bretones, ni me importa ni creo que a ellos les quite el sueño, pero vistos ataviados con sus mejores galas tienen ellos grandes semejanzas con los habitantes de Bretaña, y ellas, en cambio, reminiscencias orientales en aquella especie de toca blanca, en el abuso de bordados áureos y en la enorme cargazón de joyas, auténticas o apócrifas; las arracadas son verdaderamente monstruosas, pudiendo algunas servir de argolla en que se columpiara un canario, pues llegan a descansar en los hombros; no sé qué tejido tendrá el lóbulo de las maragatas, que las aguanta sin rasgarse. La seda, el terciopelo y el paño fino, re-

camados en oro, no abundaban mucho, pues en las vendedoras el atavío era más modesto, pero había más de una docena de ricas hembras que llevaban el traje del país en toda su oriental magnificencia; éstas, después de apearse de sus cabalgaduras, con altivos gestos de emperatrices de zarzuela, ayudadas por sus galanes, paseábanse triunfalmente por delante de los puestos, comprando poco y revolviendo mucho. Hormigueaba aquella multitud pregando, discutiendo y hablando a gritos bajo los fuegos de un sol castellano que encendía los rostros y destellaba en las piedras y áureos bordados de las mujeres. No podía faltar la banda de gitanos, indispensable en toda feria o mercado español, y allí estaban, altos, negros, sucios y flacos, trasquilando rocines ajenos y procurando endosar los propios ruines y famélicos. Bríndame el tío Menchaca con todo género de mercancía: «pida usted, caballero, lo que quiera, que aquí hay de todo», y yo pedí lo que me pareció más del caso: una caja de mantecadas, y no las había. «Eso no se pide en el mercado, señor; eso lo hay todos los días en las tiendas, arguyó mi *cicerone*: llévese usted un corderillo tierno, o una faja de cuero»... Y entre

dimes y diretes volvió a sonar la maravilla de Astorga anunciándome que sólo faltaba un cuarto de hora para la salida del tren. Salí corriendo para la estación, reventando al tío Menchaca, que no tenía las piernas ni tan jóvenes ni tan largas como yo, y al despedirme tuve que luchar con él a brazo partido para que aceptara una propina; aún vive la vieja hidalguía castellana con dejos de altivez. Acomodámonos holgadisísimamente los pocos viajeros que esperábamos el tren del Oeste, y dimos un adiós desde la ventanilla a la vetusta y benemérita Astorga, mientras se desdibujaban en el horizonte sus desmantelados muros, bañándose en un piélago de trigales.

Corríamos por los inmensos páramos que un tiempo se llamaron Campos Góticos, siguiendo la margen del Orbigo, de caballerescos recuerdos. Este río, cuyo paso disputó don Suero de Quiñones durante treinta días a cuantos caballeros peregrinos a Santiago intentarían vadearle, corría emparejado con el tren como si fueran en regata; de cuando en cuando se separaban violentamente, dejando en medio los trigos y de nuevo volvían a acercarse, siguiendo paralelos su carrera desenfundada.

Otro río, el Esla, más respetable que su hermano y afluente, vino a ayudar a éste, y deteniendo al tren, cerrándole el paso entre los dos al confluír, le obligaron a saltar por encima de ellos, dejándolos burlados.

Pasamos al pie de las ruinas del histórico castillo de Benavente, que mira con tristeza sus mutiladas torres en las aguas del Esla, que otros días le reflejaron pujante y gallardo; parecía un enorme esqueleto carcomido, que pedía por piedad sepultura antes de ser profanado; en él anidan turbas de mendigos, vagabundos y maleantes, y los labriegos comarcanos, acaso por atávica venganza de pasadas tiranías, van arrancándole los sillares a carretadas; el león de la fábula de Esopo cuando se halló enfermo y desdentado, fué agredido hasta por el jumento.

Volvió después nuevamente la llanura de lontananzas infinitas, el mar de trigales, alterado a ratos por la silueta lejana de un campanario erguido, pregonando un pueblo invisible, el rebaño de ovejas con zagalillo y la pareja de mulas uncidas al arado, clavando trabajosamente más las patas que la reja en aquel terreno duro como el pedernal, que se resistía a las dentelladas del acero.

¡Salve, Castilla, madre de España y dominadora de medio mundo! ¡Cuántos te calumnian y qué pocos te comprenden! Con estos horizontes infinitos tenías que engendrar una raza de dominadores; los entusiastas del paisaje *de nacimiento* te encuentran huraña, monótona y sombría; son incapaces de libar la épica poesía que emana de tus soledades inmensas, de tus parameras desoladas, de tus hondas lejanías, de tus llanuras yermas: es más fácil apreciar la armonía de un aria de Bellini que las sublimes y monótonas entonaciones del canto gregoriano.

Enfilaba el mediodía cuando rebotando sobre las plataformas giratorias anunció el tren que llegaba a una estación de importancia. Miré el rótulo que decía «Zamora», pero nada se veía desde la estación de la famosa ciudad de doña Urraca, que encubría una loma. Por razones que a nadie importan, y bien a pesar mío, no pude detenerme a visitarla con la atención que se merece, y sólo eché pie a tierra por espacio de los veinticinco minutos que los jefes de movimiento de ferrocarriles juzgan suficiente para saciar el apetito, aunque date, como databa el mío, de las cinco de la mañana; pasados los

cuales veinticinco minutos volvió a arrancar el tren, y faldeando la loma que nos vedaba su vista, se mostró a la nuestra *Zamora la bien guarnida*, desparramada por el declive de una tendida loma, asiéndose por un extremo a la cresta de ella y mojándose por el opuesto en las aguas del Duero; pero ofendida sin duda la famosa plaza *que no se ganó en una hora*, de que quienes presumían de turistas hiciéranla el desacato de pasar ante ella sin visitarla, encubrióse en el velo plomizo de un chaparrón repentino; lágrimas de despecho y rabia, como las que derramó su heroico defensor Arias Gonzalo al verse acusado, sin razón, de complicidad con Bellido Dolfos.

Para viajar por estos campos hay que cambiar el Bøedeker por el Romancero: *la bien guarnida* llama éste a Zamora y lo sería puesto que él lo dice y otros testigos de más crédito, pero no de mejor intención; mas hoy bien poco tiene de bien ni de mal guarnida; algunos lienzos aislados de muralla, como anillos dispersos de un gran reptil despedazado, y tal cual torreón descoronado, que en las convulsiones de la agonía, se agarra a la roca para no ser arrastrado por la corriente del Duero. ¿Será acaso la

torre mocha a cuya ventana se asomó la infanta Urraca a apostrofar al Cid que sitiaba la ciudad?

Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano,
acordársete debía
aquel buen tiempo pasado
cuando fuiste caballero
en el altar de Santiago;
mi padre te dió las armas,
mi madre te dió el caballo,
yo te calcé las espuelas
porque fueras más honrado;
pensé de casar contigo,
no lo quiso mi pecado,
casástete con Jimena,
hija del conde Lozano,
dejaste fija de rey
por cojer la de un vasallo.

O tal vez será el torreón en el cual rompió el venablo Diego Ordóñez de Lara cuando para vengar el asesinato de Sancho *el Fuerte*, retaba a los zamoranos con aquellas hiperbólicas palabras que el anónimo autor del romance debió exagerar todavía:

Yo vos repto zamoranos
por traidores fementidos.
repto a los chicos y grandes,
y a los muertos y a los vivos,

repto las yerbas del campo,
repto los peces del río,
repto la carne y el pan,
también el agua y el vino.

El viejo Arias Gonzalo, que más tarde había de enviar a todos sus hijos a contestar al reto con las armas en la mano, entonces, según el propio Romancero, dió la contestación un poco socarrona, pero muy lógica, diciendo:

Hablaste como valiente,
pero no como entendido,
¿qué culpa tienen los muertos
de lo que facen los vivos?
de lo que facen los grandes
¿qué culpa tienen los chicos?...

El tren atravesó el padre Duero, que venía parduzco, rebosante y arrollador, y entró en los campos que vieron asesinar al rey don Sancho y correr al Cid tras de Bellido sin alcanzarle, maldiciendo al ginete que cabalga sin espuela; desde ellos, y algo confuso, a través de la gasa gris del chubasco que amainaba, pude distinguir el atropellado caserío de la romancesca ciudad, causa de tantas discordias fraternales, y la maravillosa cúpula bizantina de su Catedral.

Armada está sobre peña
tajada toda esta villa,
los muros tiene muy fuertes,
torres ha en gran demasía,
Duero la cercaba al pie,
fuerte es a gran maravilla...

Recitando versos del Romancero, que se me venían a las mientes sin yo llamarlos, mientras nos anegábamos nuevamente en el mar de sembrados que, salpicado de amapolas, parecía un inmenso tapiz verduzco moteado de sangre, fui notando la modorra de las tardes calurosas castellanas, que ayudada del madrugón de aquel día, dió conmigo en los encantados abismos del sueño. Iba yo por ellos evocando la caballeresca liza de Diego Ordóñez con todos los hijos de Arias Gonzalo, cuando me hicieron volver a la realidad gritos de personas y estrépito de frenos que apretaban y de ruedas que saltaban sobre los carriles; desperté y me vi cercado de rostros pálidos y miradas ansiosas. ¿Qué pasa? pregunté cerrando con mi cuerpo la portezuela para que no se arrojaran a la vía unas jóvenes que espantadas trataban de hacerlo. ¿Qué pasaba? Nadie lo sabía; el coche que nosotros montábamos iba dando saltos, los conductores gritaban al maquinista que para-

ra, y éste no los oía. Al fin paró el tren y se aclaró el motivo de los saltos: la máquina había arrollado a una caballería, que al llegar a los ejes de nuestro coche, por estar montados muy bajos, no la dejaron pasar y la llevaron por delante, arrastrando el balasto y echándolo sobre los carriles. Costó Dios y ayuda sacar los restos del malogrado borrico, que era un hermoso ejemplar manchego; tan incrustado estaba entre ejes y muelles, que a fuerza de navaja y pedazo a pedazo fueron arrancándole, con detrimento de las narices de los espectadores; mas no de las de todos, que unos segadores gallegos, que se apearon a prestar ayuda en la operación, lleváronse, como recuerdo y precio de ella, un lomo del borrico de más de diez libras, con propósito de cenarlo aquella noche, y como alguien les profetizara un reventón, contestó uno de los *gourmets* que a quienes no mataba el sol de julio trabajando a cuerpo limpio en los campos de Extremadura, no les hacía mella un cólico de más o de menos...

Desembarazada la vía, seguimos la marcha, penetrando en una dehesa poblada de toros bravos, que al paso del convoy levantaban majestuosamente la cabeza, mirándole con

aire de perdonavidas; yo pensaba que si el incidente del burro hubiera sido en este lugar no hubiera tenido la operación de extraerle tantos ayudantes. El terreno empezó a ondular en suaves colinas, cubiertas de encinas enanas, y por detrás de una de aquéllas, como un templo pagano visto a lo lejos, asomaba la linterna de la cúpula de la catedral salmantina. Vamos a la Atenas española a ver si es cierto el dicho de Cervantes de que es «una ciudad que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado».

VI

SALAMANCA

 LOJADO en el fondo de un ómnibus, pariente cercano del que me sacó de León, a juzgar por lo arcaico de su traza y por lo destartalado y mal oliente de su interior, entre tumbos alarmantes y ruido infernal de vidrieras flojas y muelles valetudinarios, penetré por la puerta de Toro en la Atenas española.

Arreando calle arriba por donde la fama justísima de monumental que a la ciudad honra sólo se mostraba en tal cual palaciote venido a menos y profanado por el comercio al por menor o por hospederías de poca monta y *centros pensiones*, dimos en la famosa plaza y echamos pie a tierra en ella.

Famosa es con razón, y acaso sin rival en España. Aquella reacción de la arquitectura

contra la aridez de la forma *académica* de los siglos XVI y XVII, emprendida en Italia por Bernini y Borromini, arraigó hondamente en España y floreció en los trabajos de Churriguerras, Donosos y Tomés, que revolviéronse contra la sequedad de la escuela Herreriana (escuela montañesa la llama Ceán Bermúdez), y prosélitos de la manera borrominesca, pasando al lápiz los delirios de la imaginación, dejaron atrás al maestro en fuerza de descoyuntar, revestir, recargar y amanerar las formas clásicas.

Churriguera era salmantino y, ayudado de García de Quiñones, levantó esta plaza; pero parece que en ella, acaso por no escandalizar la severa vetustez de la urbe y la elegancia sobria de muchos de sus monumentos, se propusieron contener los avances de su manera favorita y darle toda la sobriedad y elegancia de que es capaz; sólo Churriguera, para no hacerse traición a sí mismo, dió suelta a su imaginación desbocada, concibiendo el palacio del Concejo, que preside el vasto cuadrilátero, y el Pabellón Real, que adintela el llamado *arco del toro*.

Prescindiendo de detalles y visto en conjunto, el aspecto de la plaza es grandioso, esplén-

dido, monumentalmente elegante y encantadoramente señorial; hay que descubrirse ante Churriguera, que sería un loco (en su arte), pero sabía ser cuerdo cuando le daba la gana; no será aquí en el único lugar en que admire su genio el devoto del arte que visite la reina del Tormes.

Deténganse en la plaza los que gusten del movimiento del gentío y de su bullicio y ajetreo, que allí se reconcentra toda la vida de la decaída ciudad, y al encallejonarse pueblo adentro éntrase en los dominios de la desolación y del silencio. Calles kilométricas no cuentan una docena de casas, enlazadas entre sí por largos tapiales de huertos abandonados y embasurados y muros derruídos, en los que el matiz de oro del asperón viejo asoma entre el verdusco de la vegetación parásita. La animación de estas calles responde a su población; sólo de tiempo en tiempo rompe el silencio augusto de las ruinas el chocar acompasado y lento, en los guijos desiguales del piso, de las herraduras de una reata de mulos y la voz dura y apenas inteligible del charro que la conduce pregonando carbón y cisco, voz que repiten los mismos ecos que despertaron los alegres can-

tos de las tunas de colegiales *sopistas* y el revuelto vocerío de las luchas de los bandos. A los muchos sobrenombres con que se conoce a Salamanca, podemos añadir el de «ciudad de las ruinas»; salvo en la plaza y en dos o tres calles reconstruidas modernamente, el tiempo, la despoblación ocasionada por la decadencia de la Universidad (que llegó en tiempo de los Reyes Católicos a contar tantos miles de colegiales como hoy docenas), y la artillería de los ejércitos de Napoleón, se han encargado de abrir huecos por todas partes. Con razón preguntaba el mariscal Massena cuando la entró: «¿Dónde está el pueblo de esta plaza tan magnífica?» Cayeron calles enteras, acaso para no alzarse nunca, y con ellas, edificios de preclaro y rancio abolengo en la historia y en el arte patrios; pero aún permanecen erguidos palacios, colegios, templos y monasterios, capaces cada uno de por sí de traer a un pueblo fama de monumental, y que unidos han apellidado a éste «Roma la chica».

La despoblación empareja consigo el silencio y en el silencio leen mejor en estas piedras denegridas y rumian con más deleite sus historias los pocos españoles a quienes éstas inte-

resan (que en España no hay grandeza presente, pero sí empeño, por parte de muchos, en acabar con la pasada, hasta en sus memorias y reliquias); bajo este sol medio andaluz que centellea en los jaspes de las ruinas, podéis hablar con ellas, amigos del arte, sin que turbe vuestro diálogo más que el gruñido oscuro del charro carbonero, alto, magro y negro como su mercancía, que imitando al griego contemporáneo de Lord Byron,

su heroica tierra indiferente pisa
y no guarda indolente en la memoria
ni el propio origen ni la patria historia.

A una calle arruinada sucede otra, y ésta se empalma con otra idéntica que muere en otra tan larga y desolada como ella, llegando las ruinas a hacer horizonte: quedóse corta la desbocada fantasía de Espronceda al describir la ronda laberíntica de callejas, plazuelas y calles que cruzó don Félix de Montemar, siguiendo la fúnebre aparición nocturna. Ya que del gran poeta hablamos, no puedo menos de declarar que *la calle fatal del Ataud* maldito lo que recuerda del romántico poema; es una calle clásica castellana, quevedesca; allí en el silencio de la noche, por mucho que la imagina-

ción se esfuerce, no se evocan las febriles estrofas de Espronceda sino las páginas realistas de Cervantes y Quevedo; impera todavía el clásico ¡agua va! y no da lugar a poéticas memorias, pues las apagaría con el roción consiguiente.

En justicia, la primera visita que se debe en Salamanca es a la Universidad, que puede decirse fué quien improvisó el pueblo, pero yo, bien por resabios de estudiante reciente o por lazos de paisanaje con los Gil de Hontañón, preferí empezar por la obra de éstos y tomé la vía de la Catedral nueva, atravesando aquel «Corrillo de la yerba» que tanto enamoró a don Pedro Alarcón por su aspecto medioeval (aspecto que han borrado casi por completo los veintiocho años que separan su visita de la mía), y siguiendo la «calle de la Rua».

Perdonemos el pleonasma en gracia a lo extendido que está este rótulo por los pueblos de Castilla y a ser lo único típico que la calle conserva, pues no la flanquean los nobles palacios que tanto abundan en otras, sino casas remozadas, pretenciosamente pintarrajeadas y adornadas de escayola, intrusión cursi y profanadora en aquel pueblo de la elegancia arquitectó-

nica y del labrado asperón jalde. Al fondo de esta calle y como cerrándola con su mole aplastante, arbolaba la torre gigantesca de la catedral, cabeza de turco de las censuras de artistas: Ponz lamenta que el terremoto que la cuarteó en 1755 no diera en tierra con ella y Alarcón la califica de fea y descompasada. Podrá tachársela de desentonar con su barroquismo de las líneas gótico-platerescas del resto del templo, pero ni Ponz ni Alarcón ni muchos que rutinariamente repiten sus juicios, pueden negar grandiosidad a esa masa ingente de granito que se eleva a más de cuatrocientos pies, que domina sobre todas las torres y cúpulas de aquella ciudad, pródiga de cúpulas y torres, y que vista de lejos parece la diadema de la reina del Tormes.

Álzase la catedral en una plaza verdaderamente monumental, ella la limita por un viento y por los otros la espalda de la Universidad y el clásico colegio de San Bartolomé, hoy gobierno civil. Aunque sólo fuera por esta plaza, desierta casi siempre, de suelo desigual, cuya ausencia de animación la hace más vasta y agiganta sus edificios, merecería Salamanca el sobrenombre de «Roma la chica».

«Porque la ciudad de Salamanca es de las más insignes, populosas e principales de nuestros reinos, en la cual hay un estudio general donde se leen todas las ciencias, a cuya causa concurren en ella de continuo muchas gentes de todos estados; e la iglesia catedral de la dicha ciudad es muy pequeña, oscura e baxa», acordaron los Reyes Católicos hacerla mayor «como sea menester e más convenga». Y lo que más convino fué hacer otra nueva, y convocada por ellos, tuvo lugar aquella famosa junta de maestros de la arquitectura; puede asegurarse que jamás en España se ha reunido pléyade más insigne: asistieron Alonso de Covarrubias, Juan de Badajoz, Antonio de Egas, Juan Gil de Hontañón, Juan de Orozco, Juan de Alava, Juan Tornero, Rodrigo de Sarabia y Juan Campero, de cuyo concilio de artífices, después de mucho discutir y resolver no poco sobre la futura obra, salieron elegidos maestro mayor de ella el trasmerano Juan Gil de Hontañón y aparejador Juan Campero, montañés también, obligándose al primero a residir en Salamanca por lo menos la mitad del año mientras terminaba otras obras pendientes y definitivamente luego de terminadas, señalándole de sueldo 40.000 maravedises

anuales *ora ande la obra, ora no ande*. Y empezó a trabajar en ella, según reza una leyenda bajo el escudo del cabildo, en el *anno a nativitate Domini millesimo quingentesimo tercio decimo, die Jovis, duodecima mensis Maji*.

Contemplando la mole del Escorial se comprende a Herrera montañés; aquel hacinamiento ingente en líneas severas de granito del Guadarrama pudo ser lógicamente concebido por un cerebro que se abrió a la vida a la sombra de los acantilados gigantescos de la sierra de Ándara, y aunque la ceñuda y tétrica melancolía del Escorial no es la melancolía amable y plácida de los valles cántabros, melancolía hay al fin en ambos; pero aquel buen maestro del arte plateresco Juan Gil, tan modesto como genial, tan montañés como Herrera y muchísimo más poeta que éste, ¿cómo pudo sacudir de su cerebro la melancolía ambiente de sus valles y concebir obras tan rientes y alegres, obras para países de mucha luz, como las catedrales salmantina y segoviana? Las líneas de aquella están influídas aún por el misticismo soñador del arte ojival, pero en la ornamentación de ellas, tan profusa y exuberante que casi las apaga, aparece ya la alegría mundana, la flora-

ción realista de que inundaron las artes del siglo xvi, al renacer, las de Atenas y Roma. Juan Gil amalgamó, hermosa y sabiamente, las dos influencias de aquel período de transición; el idealismo de las basílicas medioevales aún vive en su obra, hermanado con las primeras auras clásicas llegadas de Italia, que explotaba con febril entusiasmo a la sazón la vena artística, soterrada tantos años, de las artes greco-latinas; su inspiración era fluida, gallarda, exuberante y rica; nutrióla con osadías aprendidas en los templos ojivales, en aquellas maravillosas creaciones anónimas que Menéndez y Pelayo llama gigantescos poemas de piedra, y con primores ornamentales bebidos en el realismo de la estatuaria toscana; en su ingenio montañés, oreado lejos de humedades y cielos neblinosos, no aleteaban reminiscencias de las vetustas colegiatas agazapadas en los desfiladeros de Cantabria; Juan Gil, acaso por seguir la corriente de los tiempos, amaestró su inspiración y la hizo meridional y en la magnífica eflorescencia de ella, que brotó por Castilla y Andalucía, destácase la obra del escultor por encima de la del arquitecto; véanse como prueba de esto las magníficas puertas de la Catedral salmantina,

ante cuyas labores escultóricas todo el catálogo de los elogios artísticos parece insuficiente y desmayado.

La plaza estaba solitaria y más bien encendida que iluminada por un sol castellano de principios de junio y de principios de tarde: se respiraba fuego, el asperón de las fachadas relumbraba como el cristal de un río, los perros vagabundos, de los cuales hay tanta abundancia en Salamanca como en Constantinopla, eran los únicos vivientes capaces de soportar aquella lluvia impalpable del fuego del cielo y la soportaban a cuerpo limpio y de buen grado, tumbados junto a los hastiales bostezando o dormitando; allí bullía nutrida representación del famosísimo galgo corredor de los campos castellanos, perro tristón y aburrido cuando no acosa liebres, y tan sutil, aéreo y boquiabierto que debe tener algún parentesco lejano con el camaleón. De cuando en cuando cruzaba el atrio tal cual canónigo apresurado y sudoroso y entraba a coro resoplando después de mirarnos con extrañeza, asombrado, sin duda, de que pudiera más en nosotros el ardor artístico que el ardor del ambiente. Entramos también nosotros, cuando empezamos a sentir que nos

fundíamos, tan ávidos de contemplar el interior del templo como de respirar la frescura que presagiábamos inundaría sus bóvedas. Vibraba en ellas el canturreo monótono y ronco de los capitulares que lanzaban salmos en coros alternativos, sin dejarse terminar unos a otros, como si quisieran alcanzarse, hasta que atajaba a todos, poniéndolos en silencio, la aguda voz del tiple, que escandalizaba a las bóvedas con sus chillidos, el cual tiple era un arrapiezo de mirada picaresca que nos espiaba a través de las rejas con más gana de servirnos de *cicerone* que de continuar los recitados litúrgicos.

Un beneficiado amabilísimo y cortés se brindó, terminado el coro, a enseñarnos cuanto de notable encierra el templo, que no es poco; solamente contemplando las pinturas de Gallegos cualquier mediano aficionado al arte puede pasarse una semana sin aburrimiento.

Vimos, gracias al beneficiado, el relicario, mermado por la rapacidad francesa, y en él el Cristo con que se acompañaba el Cid en sus jornadas; aquella imagen rígida y tosca es la evocación de una edad entera. Ante la propia tizona del Cid no se le concibe tan claramente como ante este Crucifijo, y es que el héroe cas-

tellano ganaba las batallas más con la Cruz que con la espada y era tan cruzado como los que se batían en Palestina.

En el coro y en la cúpula se despacharon a su gusto Churriguera y sus prosélitos; hay que convenir en que se les fué la mano, sobre todo en la cúpula, cuya cargazón de relieves, colorines y ringorrangos agobia y empalaga; lástima grande, pues su exterior, trazado por Sachetti, es noble y hermoso, aun cuando su pseudo-clasicismo desentone en la obra gótico-plate-resca de Hontañón.

Entre las veinte capillas, todas notables por sus verjas, retablos, pinturas, azulejos o sepulcros, hay una llamada del presidente de Liébana; por qué un presidente de Liébana fundó una capilla en la catedral de Salamanca nadie me lo explicó ni yo vine en ello a pesar de haber interrogado, alegando los lazos de paisana-je, al retrato del fundador que allí campea.

Hay en ella, entre varios cuadros, todos estimables, una hermosa copia del Entierro de Cristo de aquel maestro de la pintura veneciana Ticiano Vercelio, hecha por Navarrete *el Mudo*, que en nada desmerece del admirable original; el brillante colorido de los pintores del

Adriático ha pasado fidelísimamente por el pincel español de *el Mudo*, que hablaba más y mejor con él que cien oradores de oficio. El lebaniego debió de ser persona de gusto y lo demuestran, no sólo los cuadros, sino la poética inscripción latina que decora con sus letras el listel de la imposta y que dice de esta manera: *Ave, Santissima Maria, Mater Dei, Regina Cæli, Porta Paradisi, Dómina mundi, tu singularis pura es virgo, tu concepta sine peccato*. Dedicamos un cariñoso recuerdo a la invicta Liébana pensando, con el envidioso apetito de gentes abrasadas por el cielo castellano, en la frescura de sus valles entoldados de nubes, y salimos nuevamente a la nave barajando al Ticiano con los Picos de Europa y a Navarrete *el Mudo* con el Monasterio de Santo Toribio.

Por la puerta llamada de Arce pasamos de la obra de Juan Gil a la del italiano Florín de Pontuerga, de la fundación de los Reyes Católicos a la de Raimundo de Borgoña, de la Catedral nueva a la *fortis Salmantina* del adagio. Desciéndese a ella por una escalinata amplia y melodramática; se echa de menos en ella al judío avariento y nigromántico descendiendo cauteloso a la lumbre de una linterna, al Silok

de Shakespeare, o al guerrero audaz con la antorcha en una mano y la tizona en la otra recitando enfáticamente románticos endecasílabos.

De bizantina *de veras y no de pega* la bautizó un académico de Bellas Artes, amigo de Alarcón, a quien éste no nombra; Lampérez, una de las más altas autoridades arquitectónicas contemporáneas, llámala románica de la escuela del Perigord en el período de transición al gótico, pero la cúpula gallonada sobre nervios marca una influencia bizantina directa, que no nos vino de Francia como el arte románico, sino de Oriente por las costas de Levante; luego, resumiendo el testimonio de Lampérez, podemos calificarla de románico-bizantina, de transición al estilo ojival.

Esta *fortis salmantina* es una de las mayores maravillas arquitectónicas españolas y se resiste a la descripción de plumas torpes como la mía, que no sabría salir del empeño ni medio airosamente, por lo cual la detengo y repito el tan manoseado *forse altri canterà con miglior pletro*. Obras como esta no son para descritas, son para vistas, y a buen seguro que el amante de las artes y el amigo de la historia que tanto tienen que admirar en la admirable Salaman-

ca, no hallarán en ella monumento que les hable al alma más hondamente que esta media iglesia (pues media sólo dejaron al alzar la nueva) de aspecto militar, robusta y ceñuda; que esta cúpula, que a pesar de sus ocho siglos de aclimatación en tierra castellana, aún parece sentir la nostalgia de los reflejos del Bósforo; que este claustro, laberinto de epigrafía, que dará vértigos a los ojos del epigrafista más sutil y cachazudo. De tales inscripciones pudiera sacarse íntegra la historia de Salamanca, historia que no cabe en mediano volumen.

Es este claustro corredor de comunicación entre varias capillas que le flanquean, si todas notables, ninguna tanto como la de San Bartolomé, panteón de la familia de los Anayas, joyel del arte, encanto de los ojos y avasalladora de la atención. Taladran sus muros hasta doce hornacinas sepulcrales con estatuas yacentes de ejecución delicadísima, sobre todo las de aquel matrimonio Gutierre de Monroy y Constanza de Anaya, *a los cuales dé Dios tanta parte del cielo como por sus personas y linages merecían de la tierra*, según les desea el autor del epitafio; este grupo intrigó sobre manera a don Pedro de Alarcón y le hizo decir que es

imposible que ninguna de las dos estatuas haya pasado siglos y siglos sin darse cuenta de que la otra duerme a su lado. En alguna parte estarán las almas de los que fueron consortes y desde donde quiera que estén irán a dar vida y conciencia a aquellos mármoles para que se complazcan en su perdurable unión. ¡Pues qué! ¿Ha de ser más constante una ficción de piedra que la fe conyugal que simboliza?... En el centro de la capilla yace en espléndido túmulo de alabastro el fundador de aquélla, don Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla, fundador del insigne colegio de San Bartolomé y embajador de España en el Concilio de Constanza; duerme su estatua revestida de pontifical entre un torbellino de estatuillas de santos y ángeles, relieves con alegorías piadosas, símbolos representados por animales, frisos, grecas y cuantas galanuras el cincel del siglo xv, soñador y espléndido, sabía imprimir en sus obras.

Pero la maravilla de este mausoleo es la verja que le circuye; aquellos artistas platerescos tanto lo eran manejando el buril como el martillo de forja, arañando pórvido como batiendo hierro; más parecería esta labor de orfebre que de herrero si no fuera por sus grandes propor-

ciones; las manos y el talento artístico de algún Benvenuto Cellini incógnito marcaron su paso por ella.

Oyendo los grandes elogios que hacíamos mis compañeros y yo, el sacristán, que era de los clásicos, sacó a colación el sempiterno inglés imaginario que ha querido comprar todas las obras de arte españolas comprometiéndose a pagarlas con un rumbo digno de Jiges, el rey de Lidia, pero aquí el *cicerone* no se contuvo en los límites acostumbrados en cuanto al precio ofrecido por el tan traído y llevado inglés o yanki, cuyo límite suele ser el peso en oro de la obra en cuestión, aun cuando ésta fuera el Escorial, sino que fué más allá, y aseguró que el inglés ofrecía por la verja el peso en oro, que ya sumaría unos centenares de kilos, más otra verja idéntica a la vendida que mandaría laborar él por su cuenta para sustituir a la que se llevaba; realmente, si él sabía quien le podía fabricar una idéntica no sé que empeño pudo tener en llevarse la del arzobispo Anaya, máxime tratándose de un luterano que, supongo yo, será el inglés fantástico; por algo llaman a los salmantinos, andaluces de Castilla.

Salí al llamado Patio chico, rincón encantador, al cual limitan los ábsides románicos de la vieja catedral y los altos hastiales de la nueva. ¡Qué retiro para un soñador! El sol centelleaba en el asperón bruñido, sofocando más aquel ambiente africano que enervaba a la ciudad entera inerte y amodorrada; en el patio y en las callejas vecinas, desiertas y en silencio, sólo alteraba éste el zumbido de los bandos de moscas revoloteando y posándose a ratos en el pavimento caldeado y el lejano tintineo de la esquila de un convento. Los ábsides alzaban sus enormes testas cubiertas con el cascarón de pedernal a manera de gigantesco yelmo y la cúpula bizantina asomaba sobre ellos soñando acaso con los reflejos del Bósforo de Tracia.

VII

LA ATENAS ESPAÑOLA

TESORO *de donde proveía a sus reinos de gobierno y de justicia*, llamó el emperador Carlos V a la Universidad de Salamanca, y aunque nadie cree que el gran flamenco necesitara acudir a otro tesoro de gobierno que al que llevaba debajo de la cimera, pues no era hombre para ir a ancas de nadie, y en cuanto al tesoro de justicia, a veces le explotó y a veces hizo que no le veía, *porque todos somos carne flaca*, sin embargo, el requiebro, salido de labios tan augustos y tan temidos, es para envanecer a cualquier institución que no esté tan acostumbrada a requiebros como este *sancta sanctorum* de la ciencia española.

Otras voces, menos augustas que la del César, también la llamamos tesoro, pero no de gobierno y de justicia (aunque no dudamos

que lo sea), sino del arte plateresco, que entra más por los ojos que el gobierno y la justicia. Varias veces ha sido descrito por plumas ilustres aquel asombroso frontispicio de los bustos de Isabel y Fernando encerrados en un medallón ceñido de leyenda helénica, y más de mil le han reproducido el lápiz y el objetivo, difundiéndole a la admiración del mundo en revistas, álbums, portfolios, periódicos y libros. Venid aquí, artifices de la cachaza, benedictinos del buril, catecúmenos de las labores japonesas y filipinas, orfebres minuciosos, maestros de alicatados complicadísimos, trabajadores del mosaico oriental y cuantos sentís la atracción del laboreo prolijo y delicado, y la voluptuosidad del trabajo refinado y pacienzudo, venid a sentir el vértigo del asombro y el escarabajeo de la envidia. La fachada mira al Poniente, sin duda su autor temió que las caricias abrasadoras del sol meridiano ofendieran la delicadeza de su obra; pero el sol castellano, que enamorado de estos monumentos de asperón, los dora tiñéndolos con dejos de sus amarillos matices, llega cada tarde a besar esta fachada con la caricia desmayada de sus últimos rayos. Grande es la emoción que produce a los ojos

este insigne edificio, pero hasta la emoción estética objetiva se desvanece, y ceden los ojos a la memoria, ante el abigarrado torbellino de gloriosas figuras que aquélla evoca cuando atravesamos los umbrales. San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Nebrija, Soto, Cisneros, Hurtado de Mendoza, Arias Montano, Hernán-Cortés, Cervantes, Meléndez, Jovellanos, Quintana, estos nombres se destacan brillando con más viva luz entre la pléyade ilustre de maestros y escolares, lumbreras del saber, glorias de las armas, diplomáticos que velaron por la honra española, navegantes y cosmógrafos que llevaron el pabellón de Castilla a regiones ignotas, pintores, escultores, arquitectos y matemáticos... ¿Qué Universidad del mundo puede presentar una lista comparable a esta lista? Y junto a estos nombres que llenan la historia patria en su grandeza, evoca la imaginación, caprichosa y soñadora, entre aquellas paredes, las novelescas figuras de don Félix de Montemar, del licenciado Vidriera, loco ingeniosísimo y tan simpático como don Quijote, como hijos del mismo padre, y del pastor Grisóstomo, que murió de enamorado; los aires del Tormes debían predisponer a este mal, pues también

los respiraba la desdichada Elvira y también, sin duda inficcionada por ellos, murió de amor:

despertó alegre una alborada hermosa,
y a la tarde durmió en el ataud.

Y entre los nombres históricos, que más parecen novelescos, allí emerge también el de aquella poetisa doña Feliciano Enríquez de Guzmán, que haciéndose pasar por hombre, fué estudiante y llevó la vida jaranera y accidentada que Lope de Vega nos cuenta en *El Laurel de Apolo*.

Los descendientes, contemporáneos nuestros, de aquellos héroes, reducidos a pocas docenas, repasaban las lecciones paseándose en ala por los claustros o formaban grupos bulliciosos a las puertas. Sus ademanes, cataduras y conversaciones más los reputaban, dicho sea en honor suyo, que por descendientes de aquel perdonavidas con valona, en quien quiso encarnar Espronceda todos los arrestos y gallardías de la brava juventud española del Siglo de Oro, por descendientes de aquellos otros clásicos colegiales bravos sin alardes de matón, de genio festivo y donairoso picardía, viviendo con prodigalidad principesca o con estrechez

hampona, según las oscilaciones de la bolsa, y según ellas también colegas o adversarios de rufos y de jaques; *más amigos de baldeo y ro-dancho que de Bártulo y Baldo*, más sobrados de malicia que de dinero, desarrapados o estrepitosos en el vestir, según los vientos que soplaban, más sacios de ciencia que de condumio; desvelados, no por el Digesto, sino por aquella clase de gentes que iban a Salamanca, *no a estudiar leyes sino a quebrantarlas*, enamorados de la bullanga, prontos en la burla y en constante acecho de víctima a quien hacérsela sentir, perpetuo sobresalto de alguaciles y gollillas y espanto de novatos colegiales; dígalo el malaventurado héroe quevedesco Pablos *el buscón*, que a su ingreso en la Universidad complutense recibió el bautismo, no de sangre precisamente, sino de otro líquido menos limpio y más claro, y tan abundante, que según confesión propia, tuvo que salir de él a nado.

No llegarían a treinta los estudiantes que animaban los claustros y la plazuela. La decadencia de lo que fué sagrario de la ciencia española cuando España era la primer nación del mundo, ha corrido emparejada con la decadencia de la patria. Como un ejército en derrota

que va entregando lentamente al enemigo sus posiciones y se hace firme en la última, formando el cuadro y dejándose destrozarse antes que rendirse, así esta benemérita institución ha ido entregando los muchos edificios de colegios que de ella dependieron a usos ajenos a la enseñanza, y abroquelada en los de *escuelas mayores*, defiende honrosamente su vida y privilegios y continúa en la medida de sus fuerzas el lustre heredado. ¡Qué callada, pero qué clara y majestuosa emerge la grandeza de España, pisando estos pavimentos lustrados por el pisar de cien generaciones, y paseando la vista por estos muros donde rojean los vítores de los graduandos y opositores de siete siglos! Estos patios desiertos y callados guardan avaros en los últimos repliegues de sus bóvedas los ecos de las voces del conquistador de Méjico y del conquistador de Orán, del divino Fray Luis y del hermano Cervantes, del trovar dulcísimo de San Juan de la Cruz y de la formidable dialéctica del P. Soto, de narraciones episódicas de las campañas de Flandes, de Lombardía y de las Alpujarras, oídas a sus protagonistas, que fueron luego sus historiadores... Esto más que Universidad es el cenotafio

de la gloria española, orlado con los nombres de cuantos nos hicieron temidos, respetados y admirados en el mundo. Menéndez y Pelayo debió haber estudiado en Salamanca, y más tarde ¡qué bien hubiera encajado el gran santombrino en el rectorado de la Atenas española!

La cátedra primera del ala del Norte del claustro es aquella en la cual leyó Fray Luis de León la filosofía tomista, cuando para ello fué elegido, entre varios maestros, por mayoría de votos de los alumnos, según el sistema de proveerse las cátedras que a la sazón regía; justo y democrático sistema, no tiránico como el que nos han impuesto los legisladores modernos, obligando al estudiante, para que tengan validez real y positiva sus estudios, a escuchar al catedrático que ellos le imponen, no al que elige el estudiante, que al fin es quien paga la enseñanza, y con creces.

Mas por encima de las modernas leyes de instrucción y respetadas por ellas, aún aletean en la Universidad salmantina algunas reminiscencias de su régimen de antaño, como, por ejemplo, en la institución de las *becas*, aún viviente allí, institución que permite, a quien es

más rico de dotes de entendimiento que de pecuniarios, seguir los estudios sin gastos y aun les remunera una cantidad diaria para pago de hospedaje; los *becarios* han de seguir una conducta intachable, sin faltar en nada a la disciplina universitaria, a trueque de perder la *beca*; en días de protesta o algarada, en que se impone la huelga y por la coacción se impide la entrada en clase, respétase a aquellos que siguen los estudios por sus propios méritos a costa de la Universidad y suena el grito de «que entren sólo los becarios», y los becarios no pierden sus derechos y evitan a sus compañeros la falta colectiva, que es más punible en las leyes. En las modernas Universidades el que no tenga una peseta, aunque sea un Séneca en ciernes, no se moleste en ir a la secretaría, que allí no pasa como moneda el talento, sino el papel de pagos al Estado; las modernas matrículas de honor dan derecho a quien las gana a seguir gratis los estudios, pero no asignación para libros, hospedaje, etc., como las antiguas becas.

La cátedra de Fray Luis es amplia, lóbrega y fría; forman mesas y bancos, enormes y toscos maderos cuajados de nombres, emblemas,

anagramas e iniciales, algunos de los cuales deben datar de la época del insigne agustino. Aún parecen flotar en aquel ambiente entibiado por la penumbra, los sutiles silogismos de los ergotistas, cuyas acaloradas controversias trascendían a veces fuera de las paredes del templo de Minerva y tomaba parte en ellas el vecindario entero y acababa a cintarazos en las callejuelas de Salamanca. Aquí entraron al gran poeta en triunfo entre colegas y doctores que le ensordecían con sus vítores entusiásticos al volver a explicar su cátedra libre de sus prisiones de Valladolid, y aquí dió aquel ejemplo de grandeza de alma, cuando, olvidando rencores y persecuciones injustas, no pronunció ni una palabra de protesta contra ellas, ante un público todo suyo, que esperaba sus quejas para hacerlas coro, y reanudó tranquilamente la explicación de sus lecciones, interrumpidas muchos meses, con aquella frase inmortal: «Decíamos ayer...» que debía estar grabada en letras de oro a la puerta de su aula.

Amplia escalera, orlada de magnífico pretil de piedra esculpida, según el gusto plateresco, conduce al cuerpo superior del claustro, ocupado en gran parte por la biblioteca, la puerta

de la cual protege una verja primorosamente cincelada. La biblioteca, fundada por Alfonso *el Sabio*, es hoy un recinto embovedado de más de cuarenta metros de largo, circuido de grandes estanterías talladas según dibujos de Churriguera; en ellas se albergan más de noventa miles de libros ¡y qué libros!... A través de los cristales de una vitrina pude leer varios autógrafos de Fray Luis y contemplar, entre otros tesoros de bibliografía arcaica, el manuscrito de las *claras é virtuosas* mujeres de don Álvaro de Luna; en vano esforzaba la atención para fijarla en los borrosos rasgos trazados por el malaventurado y poderoso magnate; la tinta, enrojecida por la edad, rememoraba su sangre vertida en un cadalso, y cuando los ojos pasaban por ella, la memoria, sin hacerlos caso, rumiaba las coplas de Manrique:

Pues aquel gran Condestable,
maestre que conocimos
tan privado,
no cumple que del se hable,
sino sólo que le vimos
degollado.

Sus infinitos tesoros,
sus villas y sus lugares,
y mandar,

¿qué le fueron sino lloros?
¿qué fueron sino pesares
al dexar?

A medida que la Universidad decaía, perdiendo terreno, enriquecía la biblioteca con la afluencia de libros de los colegios suprimidos y más tarde con la de las librerías de los conventos cerrados por la exclaustación de los frailes. Aquellos noventa mil volúmenes, que alineados en las estanterías mostraban sus vetustos lomos de amarillento pergamino, parecían formidables baterías dispuestas a disparar con ciencia sobre los cerebros de los visitantes; hablan por sus rótulos de oro deslucido de los tesoros que guardan, y deséosos de lucirlos, se aburren en la soledad de aquella biblioteca amplísima y desierta casi siempre, sin ser hojeados apenas más que de las polillas.

Salimos al patio de las escuelas menores: habían pasado durante nuestra visita las horas de clase y aparecía libre de estudiantes: sólo animaba aquella soledad luminosa y muda un charro *cisquero* que con su reata de mulas atada a las verjas del pedestal de la estatua de Fray Luis líaba calmosamente un cigarrillo, mirando de vez en cuando con cierto recelo a

aquel fraile gigantesco de bronce que con la cabeza baja y la mirada grave levantaba la diestra para decirle que no era aquel el sitio más adecuado para dar solaz a las caballerías.

En la misma plazoleta, y algo humilladas ante la gallarda hermosura de la fachada de la Universidad, ostentan las suyas el «Hospital de estudios» y las «Escuelas menores», pequeñas ambas y modestas, pero de una hermosura y de una delicadeza encantadoras; la despedazada crestería, festón de piedra que las corona, es una labor laberíntica seductora; sobre la puerta del Hospital campea el águila de la reina Juana, y sobre la de las Escuelas, las austriacas de Carlos V; ambas obras pertenecen al período plateresco, que tanto nos copian hoy los extranjeros (cuando aquí les copiamos a ellos) y cuyas manifestaciones abundan en Salamanca; ¿en dónde mejor y más hondamente había de arraigar este arte españolísimo que en la «Atenas española»?

En la fachada trasera de las Escuelas menores, que cae a una calle angosta y solitaria, abren el muro de fornidos sillares dos ventanas de la última manera del arte ojival, en el en-

trepaño de las cuales se alza, protegiéndolas, el águila tenante del escudo de los Reyes Católicos, irguiendo el largo cuello entre el aro de la corona de España; son dos ventanas románticas, de leyenda zorrillesca, de aquellos castillos fantásticos que dibujaba el lápiz de Gustavo Doré; aquella no debiera ser la fachada de un centro docente; sus labores delicadas, sutiles y espirituales mejor corresponderían a la prisión de alguna infanta soñadora y malaventurada, de aquellas que el gran vate castellano hacía hablar con la luna desde una ventana como éstas, en el silencio de la noche.

Salimos nuevamente al patio; aún continuaba en él el charro *cisquero* ajustando a gritos su mercancía con una maritornes desgreñada que descansaba sus carnes abundosas en el balconcillo de una casa de estudiantes; nadie más en el centro de aquella Universidad que en tiempos de Carlos V contaba diez mil colegiales y donde se explicaban setenta cátedras: diez y siete de retórica y gramática, diez de leyes, siete de medicina, once de filosofía, seis de lenguas, diez de cánones, siete de teología, una de astronomía y una de música.

A la sombra de ellas vivían ochenta y cuatro

librerías y cincuenta y seis imprentas. ¿Hay alguna población moderna española de menos de cien mil almas (60.000 tenía Salamanca), de las que presumen de intelectuales, que cuente hoy tantas imprentas y librerías?...

Pensamos, y decididos a ello salimos del hotel, dedicar la tarde entera a la Universidad y sus anejos, o que fueron tales, visitando los *colegios incorporados* que aún permanecen en pie. Treinta y uno dependían de aquella: cuatro *Mayores*: los de San Bartolomé, Santiago, Oviedo y Cuenca; cuatro de las Órdenes Militares: los de Calatrava, Alcántara, Santiago y San Juan; veintiuno *Menores* y dos *Seminarios*. De los Mayores y Militares destruyeron los franceses los de Santiago, San Juan, Oviedo y Cuenca, arrasando por completo estos tres últimos y dejando al primero en esqueleto, tendido en aquel barrio de la desolación, que llaman gráficamente *Los caídos*. Téngase muy en cuenta que los franceses entraron en España a conquistarla en nombre de la civilización. ¡Ay, si los ejércitos de Felipe II cuando entraban y salían en Francia como *Pedro por su casa*, hubieran prendido fuego a la Sorbona; todavía no nos lo habría perdonado Europa!...

Tomamos la vía del colegio de Santiago o del Arzobispo por la antigua calle de Libreros, que ya no conserva ni este nombre ni las librerías que se le dieron, y procurando no distraer la atención en los insignes edificios que en nuestra derrota encontrábamos, tales como la gigantesca *Clerecía*, mole de piedra amazacotada, que mira con envidia a su frente las delicadas labores de la primorosa «Casa de las conchas»; la legendaria mansión de doña María *la Brava*; la ingente masa pseudo clásica del convento de agustinas-recoletas y el admirable palacio de Monterrey, verdadero arquetipo del arte plateresco, plausiblemente explotado por los arquitectos actuales; aplazando el homenaje a estos edificios, para prestársele con más espacio y atención más libre, fuimos a dar en el ruinoso barrio de las Peñuelas de San Blas. Alzado sobre una loma, se nos presentó el famoso colegio mayor de Santiago Apóstol, llamado hoy de los irlandeses, fundación de aquel cardenal Fonseca, *padre de Salamanca*, según título que le dió la ciudad agradecida por haberla librado de tributos, pagándolos él de sus propios bienes. Varias columnas descabezadas, con traza de guardacantones, defienden des-

plegadas en guerrilla el acceso al atrio; en su fondo campea la hermosa portada del colegio labrada por Alonso de Covarruvias, con la majestad, el arte y la gracia que imprimió en todas sus obras este poeta del buril.

Pedro de Ibarra y el insigne Berruguete colaboraron en la obra del colegio en cuyo recinto se abre plaza el claustro más hermoso del renacimiento español. Ojos que, saturados de arte y avezados al gusto exquisito, que fluye por doquiera en «Roma la Chica», llegan al dintel de este patio, sorpréndense con el sacudimiento de nueva emoción, no menos intensa por esperada. La noble trabazón de las arcadas formando el majestuoso conjunto de un patio de honor, digno del alcázar de un soberano poderoso, y el análisis y muda contemplación de los medallones de las enjutas, admirable tratado de iconografía en piedra de viviente realismo, tallada por el mismo Berruguete, nos mataron el resto de la tarde, cuyas horas rodaron mudas y apresuradas para nosotros. Un enjambre de vencejos alborotaba en el aire, volando de un ala del patio a la frontera con la velocidad de una posta de rifle, y el guirigay que trinaban al cruzarse y mezclarse era acaso el eco

centenario del bullicio juvenil con que animarían aquellas arcadas los colegiales de antaño.

En la galería alta dos mocetones desgarrados y rojizos, envueltos en largos balandranes que los agigantaban aun más, paseaban silenciosamente, con esa mirada vaga de los británicos, que parece no fijarse nunca. Daban enormes zancadas fumando ese *musgo* pestífero que llaman tabaco los ingleses, y que fuman algunos españoles porque viene de Inglaterra, pues si viniera de tierra de Campos, por ejemplo, ni catarlo. A poco salieron otros dos, y saludando con el menor número de palabras que pudieron, se agregaron a los presentes y enmudecieron, y luego otros tres y repitieron el mismo juego, y así salieron hasta once, todos altos y fornidos, desgarrados y enjutos, rojizos y pecosos, de mejillas encendidas y ojos apagados, al revés de los españoles.

En aquel patio de legítimo renacimiento español aquellos garzones británicos desentonaban; el bonete y la sotana se despegaban de aquellos cuerpos de *sportman*, que pedían a gritos la gorrilla y el calzón corto para empezar a puntapié limpio con el *ball*, o con la espinilla del compañero, con esa exquisita delicadeza

que distingue a casi todos los juegos británicos, juegos cultísimos que si se usaran en el bajo Aragón, serían salvajísimos, pero en la frontera les han puesto el marchamo de cultura que ponen a todo lo que entra, aunque sean gallos de pelea.

Ocupan este colegio los irlandeses desde el año 1840, en que fué suprimido el *Mayor de Santiago Apóstol*, y sustituye hoy al destruido ya que fundó Felipe II para dar hospitalidad y enseñanza católica a los jóvenes irlandeses perseguidos de muerte en su patria, por la intolerancia de la iglesia anglicana en aquel siglo de sangrienta guerra religiosa.

Mientras los buenos mozos expatriados asomábanse al antepecho del claustro, y contemplaban con mirada mansa y regocijo infantil, los jugueteos de los vencejos, abandonamos nosotros el colegio a compás de la retirada del sol y volvimos a desandar por los vetustos arrabales el intrincado laberinto de calles y plazuelas que nos sirvió antes de camino a la malograda fundación del cardenal Fonseca.

¡Qué distintas las noches bullangueras de la Salamanca floreciente de la centuria décima sexta, de esta noche que se nos viene encima,

tan mansa, tan apaciblemente melancólica, tan avara de rumores, acrecentando el silencio misterioso y la calma yerta de la puebla desolada! Qué distintas aquellas noches bulliciosas que amparaban con sus sombras aventuras burlescas o trágicas; aquellas noches con más vida que el día, en las que, libres de cátedras y de miradas fiscales, desparramábanse por la madeja revuelta de callejones y plazuelas, las pandillas estudiantinas con todo el juvenil alboroto de risas, gritos, serenatas y a veces relampagueos de aceros desnudos; aquellas estrepitosas noches que con su inimitable donosura describe Cervantes en «La tía fingida», en las cuales daba rienda suelta a toda su donairoso picardía y ponía en juego todo el gracejo de sus mañas el alma estudiantil; asilo, amparo y terceras de las incontables aventuras picarescas de la vida colegial, aquella vida jaranera y accidentada que tanto seducía hasta a los estudiantes de más rancio abolengo y bolsillo más henchido, fraternizando en ella con los sopistas y azotacalles, como sedujo al buen hidalgo don Diego de Carriazo la vida hampona de las almadrabas de Zahara. Ya no rasgan el silencio aquellas serenatas entonadas con des-

concierto por *un salterio, una bandurria, doce cencerros y una gaita zamorana*, ante una reja o balcón en cuyo fondo obscuro relampagueaban unos ojos juveniles o trinaban risas femeninas; serenatas cuyo final de partitura solía ser un solfeo de cintarazos entre los músicos y sus acompañantes y la ronda de alguaciles, que no siempre salía bien librada. Y cuando la lumbre pálida del alborcer venía a aumentar la palidez de los rostros de los trasnochadores, que rendidos de la jornada nocturna, requerían el descanso volviendo a sus hospedajes, una muchedumbre madrugadora que vertían los pueblos vecinos continuaba la animación de las calles; la muchedumbre aldeana acompañada de carros, reatas y rebaños que venía a abastecer cuotidianamente las despensas de la ciudad.

Pasamos la calle del Silencio, cerrada ya la noche, y luego a otra calle, que bien pudiera llamarse también del silencio; caían las sombras sobre ella desgarradas y densas, refugiándose al pie del caserío y tomando aspecto macizo en los cantones de las callejuelas y en las hondonadas de los edificios derruídos; salimos a una plazuela irregular y obscura: un grillo se dolía

desesperadamente de sus prisiones en un balcón, un mozo achulapado nos cruzó canturreando una copla canallesca que debió hacer temblar de indignación a las venerables ruinas de la Atenas española, tras el portón de un parador, un perro gemía, y en una casuca baja, dialogaban del balcón a la calle un *Romeo de bombín* y una Julieta peinada a *lo Cleo*, dialogaban sólo a ratos, trabajosamente, como cumpliendo un deber penosísimo, sin mirarse apenas, querían disimularlo, pero se aburrían de muerte. ¿Qué vaho de tristeza contagiosa se respira en estas calles que entristece al amor, al latir del perro, al cantar del grillo y al eco infame de la canción canallesca?... Salamanca llora en el silencio de la noche su grandeza caída. Salimos a la plaza de Anaya: la Universidad y la Catedral, confundidos sus contornos en la penumbra, se dolían abrazadas de la ingratitud de las gentes.

VIII

EN SAN ESTEBAN DE SALAMANCA

EN esta sapientísima ciudad de Salamanca *pueden meterse las manos hasta los codos, si no en esto que llaman aventuras*, como en Puerto Lápice, en esto otro que llamamos manifestaciones de las ideas estéticas en obras plásticas. Ocho días fuimos huéspedes suyos y en cada uno de ellos tuvimos algo nuevo que admirar; abriéronsenos todas las puertas, que algo notable encerraban, con esa hidalga y confiada hospitalidad, gala tradicional de Castilla, y aun abandonamos la ciudad insigne sin haber agotado los ojos el caudal artístico de que es tan pródiga.

Una mañanita azul y tibia, precursora de un día dorado y ardiente, apurábamos el fresco del alborcer desde un balcón de la

fonda varios madrugadores; frente a frente, deslindadas por una calle angosta y tortuosa de pavimento, alzábanse las tapias amarillas del corral de un parador cervantesco. Trajinaban en él recueros, hortelanos, cabreros, *cisqueros* y viandantes, entrando unos, saliendo otros y alborotando todos: aquí estallaban los ternos y palabrotas de un viejo trasquilador y malhumorado que reñía con un macho, cada cual en su idioma; allá los requiebros brutales de un gañán hercúleo, acarreador de agua, a las maritornes vecinas que empleaban dos horas en sacudir una alfombra; en un rincón una vieja entraba a caza por las greñas de un chicuelo desarrapado, apagando sus impaciencias con tal cual coscorrón; cerca de ellos otro arrapiezo dormía a pierna suelta sobre las muelles carnes de un guarro, que le acompañaba en sus ronquidos, y merodeando en sus alrededores, un gallo galante llamaba a sus hembras brindándolas con el fruto de sus pesquisas. Una reata de burros cabizbajos cruzaba la calle, olisqueando los suelos en busca del desayuno; dos beatas madrugadoras pasaban sigilosamente contándose cosas muy graves, según el misterio con que lo hacían; media docena de canes

entrábanse a dentelladas disputándose el señorio de un cajón de basura, y por encima del bullicio mañanero de hombres y bestias flotaban los compases vacilantes de un piano destemplado que tartamudeaba unos valeses de Strauss y el clamoreo pausado, de día laborable, de los cien campanarios de la monumental Salamanca.

El sol se levantaba temprano, predicando con el ejemplo a los dormilones, que maldito el caso que le harían, y subía, subía por la diáfana profundidad del cielo castellano para lanzar oblicuamente el haz espléndido de su luz ardorosa sobre las calles angostas que le huían amparadas por la doble hilera voladiza de los aleros. Bajo ese mismo amparo salimos a callejear, que no hay más eficaz despertador de perezosos que la golosina de una ciudad desconocida.

Al bajar las escaleras nos alcanzó un señor bajo, gordo y locuaz, que ya la noche de la víspera nos había abordado en el comedor con mucha gana de palique. Padecía de *monomanía hidráulica* y se le antojaban saltos de agua aprovechables como fuerza motriz, hasta las gárgolas de los aleros en días de lluvia. «¿A

dónde vamos a *echar la cometa*, *pollos?* nos dijo; a ver algún palacio con las tripas fuera o alguna iglesia hecha tajadas, seguramente.» Y sin darnos lugar a la defensa, se agregó a nosotros. Ya en la calle, después de una diatriba contra el calor que presagiaba, nos soltó a manera de exabrupto esta frase: «¡Pero cómo pierden ustedes la juventud!» «Cada uno tiene su modo de perderla, argüimos; lo que está fuera de duda es que todos la pierden.» «Pero hay que ser útil a la patria», continuó él. Yo me quedé obsesionado un buen rato y mirándole de arriba abajo, echeme a discurrir en qué podría ser útil a la patria aquel tío, con aquella caraza de bárbaro. Más tarde averigüé que el *benemérito* de la patria se dedicaba al *lucrativo deporte* del préstamo con usura en los campos andaluces. Iba el *benemérito* de la patria agobiado bajo la masa ingente de cien kilos de sebo, que sustentaban dos piernas como dos sacos de cacao enfundadas en dos bragas, cada una de las cuales pudieran servir para cubrir un santo mediano en semana de pasión; soplaba, pujaba y carraspeaba, y fiel a su manía, le manaba un salto de agua en cada mejilla. Enmudeció un rato, fatigado, y volvió a su pintoresca *causerie*

con un terno redondo, dicho sin venir a cuento (suponiendo que alguna vez venga a cuento) y luego añadió: «Al demonio se le ocurre, siendo de Santander, venir a Salamanca por gusto: aquí no hay más que piedras viejas... Yo también he tenido la manía de viajar, tanto hablar de Roma, a Roma fui... ¡qué desencanto!... allí todo está por los suelos, es aquel un Municipio muy abandonado; por allí andaban algunos extranjeros revolviendo pedruscos, alguna mina debían olisquear, que esos no se chupan el dedo como los españoles... En fin, que Roma me dió el timo; es mejor punto Sabadell que Roma: hay que ver a Sabadell con más de cien chimeneas, aquel es un pueblo que le ahuman.»

Él sí que nos estaba ahumando con su *chicote* infame de a medio real, que no *tiraba* ni a fuerza de quijadas y mixtos, aunque él sostenía que no hay mejor cigarro. A este tenor fué hablando, contestándose él mismo, hasta llegar a la *Casa de las Conchas*, frente a la cual nos detuvimos; tomó aliento, enjugose el sudor y exclamó mirando al edificio: «¡Cómo perdían el tiempo *los moros!* ¿A qué viene tanta cáscara y tanta zarandaja? ¿No estarían mejor esas paredes lisas y con buenos miradores?» Y como

nadie le contestara, por estar todos distraídos saboreando íntimamente aquello en que, según él, habían perdido el tiempo *los moros*, cuadróseme delante y con cierta acometividad me dijo; «Oiga, pollo, y todo eso que llaman arte ¿para qué sirve?» Yo me acordé de la contestación del maestro Pereda a un prócer, de más campanillas que mi interlocutor, que le preguntaba para qué servía la literatura, y repetí: «A usted para nada». «Ni a nadie», dijo un poco escocido, y terminando de limpiarse la pez que le manaba el morrillo, continuó: «¡Bah, bah! no es cosa de perder el tiempo contemplando paparruchas; adiós, adiós», y se alejó murmurando: «Artistas, poetas, músicos, gente baldía: así está España, con ellos y los frailes medrados andamos...»

Mientras tanto, nosotros interrogábamos al viejo palacio sobre si la regeneración española dependerá del préstamo con usura.

Pero el sol reía en la fachada de las conchas y la fachada de las conchas correspondía al sol con coqueterías y guiños de luz y sombra en los relieves de las labores de sus muros, y mientras el panzudo prestamista desaparecía por un cantón, la esbelta mole le lanzaba una

mirada entre despectiva y burlona por los ojos de sus ajimeces. Y reían también los juguetones leoncillos de piedra que en el dintel de la puerta sostienen las cinco lises del blasón de Arias Maldonado; todo era riente en aquella fachada encantadora y en aquella mañana alegre y esplendorosa. Retozaba el sol aprisionándose voluntariamente entre las rejas primorosas del cuerpo bajo y dibujaba en sombra sobre el dorado muro la urdimbre ferrada de sus contornos, prodigio de la forja del siglo xv. Para prisiones del propio sol parecen forjadas: solamente su contemplación vale la pena de un viaje a Salamanca.

Apoyaos en una de las descabezadas columnas que erizan el peristilo de la *Clerecía* y enfocaréis en todo su hermosísimo conjunto la fachada de las conchas, y digo apoyaos, porque antes se os cansarán las piernas que los ojos. Los ajimezados antepechos, la puerta, las rejas, los escudos, labrado todo con la delicadeza de una labor de orfebrería, llevan volanderos de un lado a otro los ojos regocijados. La fachada es ojival decadente, ¡bendita decadencia y bendito arte que supo decaer deslumbrante de hermosura, de gracia y de señorío!

La decadencia del arte ojival es similar a la decadencia de la literatura latina contemporánea de Séneca: el exceso de galanuras que lleva al amaneramiento.

¡Qué esplendor riente, qué señorío bullicioso, qué derroche inspiradísimo de galas, qué afluencia de luz, de gracia y de sana alegría tienen estas construcciones contemporáneas de los Reyes Católicos! Son reflejos, vívidos aún, de la España dominadora del mundo. Comparad a San Juan de los Reyes de Toledo con San Lorenzo del Escorial: el templo toledano es tan risueño como ceñudo el enorme monasterio del Guadarrama: aquél refleja la alegría de los comienzos de la opulencia; éste, la inquietud triste, la preocupación tediosa de quien tan alto ha subido que empieza a sentirse sin alientos para tenerse a tanta altura... En estos edificios gótico-platerescos se lee la grandeza española, la grandeza diáfana, indiscutible, del albor del siglo XVI, tan claramente como en la crónica del Gran Capitán o en el epistolario de Cristóbal Colón.

El patinillo de este palacio de ensueño, que llaman *Casa de las Conchas*, abre sus puertas galantemente, por orden de su dueño, a cuan-

tas personas llaman a ellas; sin tomarles la filiación ni exigirles dispendio, tolérales el guardián recrearse en su visita. Asomos mudéjares, reminiscencias ojivales y puntas y ribetes platerescos, amalgamados con encantador desgaire en alta concepción artística, forman este estuche de piedra afilegranada que cubría aquella mañana un trozo de cielo profundísimo, de un azul tan intenso que daba a los ojos el vértigo del infinito.

El sol sacaba lumbre del pavimento, y una mujer, agua, que tenía tornasoles de oro fundido, de las profundidas de una cisterna que hay en los medios del patio defendida por un alto brocal de sillería, y el cordel que elevaba el cubo sacaba también a la garrucha mohosa unos quejidos agudos que eran la única nota sombría de aquel cuadro de luz. ¿Era la protesta del agua, siempre rebelde en Castilla a salir al sol?... Abriendo un lienzo de la galería baja, un gracioso ajimez, huérfano de mainel, parece vivir tedioso, añorando unos ojos de fuego y unas guedejas de ébano a quienes servir de marco.

Saliendo de este patio primoroso, los ojos tropiezan y se hieren bruscamente en los fus-

tes panzudos y en los muros deslavazados de la ciclópea *Clerecía*; el contraste es violento y huyen de él: es el efecto de un golpe de bombo y platillos descargado extemporánea y súbitamente cuando aún flotan en el aire los últimos mansísimos compases de una polonesa de Chopín. Ya no es la España de Garellano, riente y triunfal, la que evocamos; es la España de Rocroy, grande en su vencimiento, pero vencida al fin, desangrándose heroicamente en su batallar contra el mundo entero, pero sintiendo al desangrarse, las melancolías de la anemia. Al par que edificios grandiosos alzaba levas de soldados nutridísimas, más grandiosos aquéllos y más nutridas éstas que los edificios y ejércitos del siglo XVI: los últimos zarpazos del león que agoniza hieren acaso con vigor que falta en los jugueteos del cachorro; pero, y el vigor de la esperanza ¿con qué se suple?, y las esperanzas de gloria en un pueblo joven ¿con qué se compensan?...

Dejamos la ingente y ceñuda fundación del piadoso Felipe III, que aquella mañana pródiga de sol pedía edificios alegres y remembranzas halagüeñas, y barajando aquel párrafo de una epístola de Colón que dice que al convento

de San Esteban de Salamanca y a Fray Diego Deza, profesor en él, debieron los Reyes Católicos las Indias Occidentales, hicimos rumbo al convento, atraídos por tales memorias y por su fama de monumental y hermoso.

Ardía el ambiente inflamado por el sol meridiano; recordamos, con algo de compasión, al *benemérito prestamista*, que a tales horas haría caldo su ingente mole de sebo, zapateando a la busca de víctimas, que acaso no encontrara, mientras él lo era del sol. Y cuando sonaban las graves campanadas de los incontables campanarios salamanquinos tañendo el mediodía, llegamos a la plazuela de San Esteban y vimos al cabo de ella el asombroso frontispicio del convento, obra de Juan de Álava. ¡Salve, insigne Salamanca, hoy viejo santuario del arte español castizo, como lo fuiste antaño de la ciencia! Aun trayendo los ojos hechos a los primores del frontis de la Universidad y de las puertas de la Catedral nueva, se asombran ante la inmensidad y la hermosura de esta labor, hermana de aquélla por el gusto que inspiróla y por la materia en que tomó forma: ese asperón jalde que hace de Salamanca una ciudad matizada de áureos reflejos. Entonamos

ante la viviente concepción de Juan de Álava el milésimo ditirambo al arte plateresco, que tiene su solar más claro en esta ciudad española sin mácula, a la cual, injusta o ignorantemente, olvida muchas veces el *tourismo* nacional y aun más el extranjero que viene a conocer la España histórica, monumental y pintoresca y prescinde en su excursión de la Atenas española, creyendo a la única España artística allende de Sierra Morena.

Tañían el «Ave María» las esquilas de San Esteban y atraídos por ellas, cruzaban la plaza y el puentecillo que al convento lleva, saliendo de los cantones aledaños, arrastrando el peso de sus miserias, algunos mendigos que formaban en escalafón riguroso bajo los elegantísimos arcos del atrio jónico, esperando el escamocho de los dominicos. Preguntamos a ellos si se podía a tales horas visitar la casa, y aunque contestaron que sí, se sacudieron su intervención, por no perder la fila, y nos indicaron como prácticos a dos monagos que, en parecida posición a Rinconete y Cortadillo a las puertas de la venta del Molinillo (y descendientes, por catadura y ademanos truhanescos, de este último, que, como es sabido, era de tierra de

Salamanca), jugaban friéndose al sol; mas no con los naipes abarquillados de los héroes cervantescos, sino al antiguo y contundente deporte de *infla Ferónimo*, sacudiéndose alternativamente sendos sopapos en las mejillas, negras de puro calcinadas por el sol y acariciadas por la roña. Al vernos suspendieron su honesto ejercicio (el cual no le usarían a la sazón para entrar en calor, pues le hacía de treinta grados), y uno de ellos nos ofreció de buen grado sus servicios y *erudición*; el otro roncebaba y acabó por excusarse diciendo que no entraba en la iglesia por tener la gorra llena de grillos. Mas cuando avanzamos, guiados por el que tenía la gorra libre, medio arrepentido el de los grillos de su determinación pasada, acercóse al otro y díjole a media voz: «Si me das la mitad de lo que te den, reparto contigo los grillos a la salida; si no, los suelto y entro yo también.» «Aguarda aquí», contestó su colega con la gravedad y el laconismo de un espartano y comprendiendo el otro, volvió a sentarse a los pies del hastial, amenizando con una serenata de grillos con sordina, que de tal oficiaba la gorra calada, a las extáticas imágenes esculpidas por los cinceles de Juan de Álava y de Ceroni.

El templo es hermoso y enorme; mas apenas habéis paseado los complacidos ojos por su noble traza, si los encamináis a la capilla mayor, quedarán fijos y un si no es espantados ante la más grandiosa creación del mal gusto en retablos. Una tempestad de madera labrada y estofada, un torbellino de leña teñida de oro, una selva talada y convertida por la herramienta en fustes descoyuntados en espiral, capiteles monstruosos, agobiados de pámpanos, racimos de uvas y balumba de hojarasca, frisos con la agitación de un mar embravecido, gigantesco hacinamiento de labores churriguerescas en el paroxismo del delirio artístico, os marean, os pasman, os hacen guiños desde el altar mayor. Aquello es la apoteosis del churriguerismo, el desideratum del mal gusto, el *non plus* del amaneramiento escultórico y de la minuciosidad monstruosa. Aquí se despachó a su gusto el propio Churriguera: ¡lástima de talento, de tiempo, de material y de trabajo!

Preside este espantoso retablo, contrastando impulsivamente con él, la hierática imagen de la patrona de la ciudad, la Virgen de la Vega, trasladada aquí al arruinarse su templo, cuyas reliquias, ribereñas del Tormes, aún alzan cin-

co arcos del claustro, hermano legítimo del nuestro de Santillana, entre el caserío de una heredad particular.

La imagen está policromada según el gusto bizantino, y una vaga expresión de espanto que brilla en sus ojos, parece un presagio del escultor incógnito respecto al albergue que la destinaban los tiempos venideros. Lo más notable de la iglesia es el coro, alzado sobre un arco tan atrevidamente rebajado, que se aproxima a la famosísima bóveda plana del Escorial: avanza abrazando casi a línea de dintel la gran anchura de la única nave hasta cubrir seis capillas. Sobre él y tapizando el muro del fondo campea el gigantesco fresco de Antonio Palomino representando el triunfo de la Iglesia, en el cual se agitan teatralmente cientos de figuras, todas simbólicas, cuyo simbolismo desentraña Falcón en su *Salamanca artística* con toda la cachaza que se necesita para ello: para interpretar el ingente lienzo, es preciso estar bien abastecido de erudición teológica.

Ninguna se necesita para admirar, y más admirar, el lienzo que representa la muerte del protomártir San Esteban, última pintura de Claudio Coello, ejecutada por *seis mil reales*.

¿Cuántos daría hoy por él el más gitano de los anticuarios de la calle del Prado?

Dos grandes figuras históricas, entre otras de menos relieve, llenan con sus memorias la del visitante de este convento, entre cuyos muros parecen aletear sus espíritus emocionando el alma del patriota: Cristóbal Colón y el gran Duque de Alba. Guarda las cenizas del *terror de Flandes* un enterramiento moderno de gusto gótico, abierto en el hastial del Evangelio. En el frontal del sepulcro son heraldos de su fama, hablando en letras negras, los nombres de los hechos de armas más señalados a cuyo triunfo contribuyó el brazo de hierro del incansable y viejo batallador: Túnez, La Goleta, Metz, Civitella, Mons, Leiden, Lisboa... Como político será todo lo discutido que se quiera, pero ¡qué bien suenan esos nombres extranjeros orlando la tumba de un general español!

El brazo derecho de Felipe II ha sido combatido con tanto apasionamiento y saña como su amo por historiadores extranjeros y españoles, que sobreponen la pasión de bandería política al patriotismo y a la justicia seca, pero hubo un historiador, acaso el más profundo de los modernos y sin acaso el menos apasionado,

Lord Makaulay, que dijo gallarda y paladinamente: «Ni en los días más gloriosos de su república, conocieron mejor los romanos el arte imponente de *régere imperio pópulos* que los españoles Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Hernán-Cortés y el duque de Alba». Considerando la ola de odio que sobre la memoria del viejo caudillo castellano han lanzado los publicistas de las naciones apaleadas por él, volví a rebuscar en la memoria otro párrafo del insigne Makaulay, y le recé delante de la tumba del veterano, cuyas cenizas acaso se estremecieron agradecidas al gran historiador y al cronista andariego que le rememoraba: «Los soldados españoles del siglo XVI no tenían rivales ni en la guerra regular ni en la irregular; los impetuosos caballeros franceses y las falanges de los suizos quedaban igualmente malparados cuando se hallaban frente a frente con la infantería española». «Los ingleses tenían a los españoles verdadero terror, eran para ellos una especie de demonios terriblemente dañinos y al tiempo, sagaces y astutos; odiábanlos, pero humillados reconocían no sólo la superioridad de su poder sino de su inteligencia.» Esto que escribió un inglés no se atreverían a firmarlo

la mayor parte de nuestros historiadores modernos, no por modestia o pudor patriótico, que ni existe ni debe existir, sino por miedo a una opinión ambiente que sacaría el Cristo de que nuestra actual decadencia se la debemos a tales hombres: claro que si ellos no nos hubieran dado grandeza no tendríamos hoy decadencia: el que nunca tuvo una peseta está libre de arruinarse, y es imposible rodar por una montaña abajo si antes no se ha trepado a ella.

No fué por estos amplios corredores ni por estas bellísimas galerías claustrales por donde la venerable figura de Cristóbal Colón paseó sus melancolías de genio mal comprendido. Si algo queda de la fábrica anterior, que fué la que alojó al audaz navegante, sabrá bien de los alientos que éste recibió durante la gestación de su empresa descomunal, de aquella comunidad de frailes predicadores que, dice Cuadrado, *oyó con respeto sus esperanzas sublimes, tratadas en cualquier otra parte de locura*. Mas nadie ha probado que lo fueran en la universidad salmantina, a pesar de las afirmaciones de Irving, propaladas con intención insana por los eternos deslustradores de la fama ajena: ni Pulgar, ni Galíndez, ni Garibáy, ni Mártir de An-

gleria, ni, en fin, ninguno de los cronistas coetáneos de Colón hablan de que tacharan a éste de visionario los profesores de Salamanca, y en cambio Bernáldez, *el cura de los Palacios*, íntimo de Colón, dice: *y llamaron (los Reyes Católicos) hombres sabios, astrólogos y astrónomos y hombres del arte de la cosmographia, de quienes se informaron, y la opinión de los más de ellos, oída la plática de Colón, fué que decia verdad.* Lafuente, y con él muchos tratadistas de historia elemental a quienes ha servido de *vademecun*, aceptaron las doctrinas del extranjero Irving; yo creo que en la duda debieron irse con el cronista castellano, pero viste mucho más pensar a compás de un extranjero de nombre enrevesado que de un español, y por añadidura clérigo, aunque el extranjero escriba a muchos años del suceso y el cura español fuera testigo del mismo. En fin, esta cuestión no es como para tratada en las hojas de una cartera de viaje...

Después de visitar la magnífica sacristía, pasamos al claustro, por una de cuyas alas avanzaban de dos en fondo, con los ojos bajos y los brazos en cruz, largas hileras de novicios que acudían al refectorio con mucho sacudir de há-

bitos y tintineo de rosarios colgantes. Subieron todos por aquella valiente escalera voladiza que construyó el Padre Soto, pisando forzosamente en el primer peldaño sobre su tumba, que allí rogó le enterraran aquel a quien llamaron lumbrera del Concilio de Trento, y sin epitafio que hiciera apartarse en su derrota al escrupuloso transeunte.

Colón, el Duque de Alba, el Padre Soto; estas tres heterogéneas figuras voltejaban en nuestra plática cuando volvimos a los fuegos del sol en la plaza desierta; y cuando, amparados en las sombras de un hastial frontero, encaminamos nuevamente los ojos a la obra de Juan de Álava, repitiendo las frases del Almirante: a Fray Diego Deza y al convento de San Esteban debió España las Indias Occidentales, pensamos hoy que las perdimos todas: ¿cómo no despierta este convento la curiosidad, el interés y el cariño de las nuevas naciones americanas?

LA VILLA TERESIANA

Poco más de tres leguas de carretera amplia y llana separan la ciudad de Salamanca de la villa de Alba. Pueden hacerse en ferrocarril, y bueno, pero como las horas de salida de éste no nos parecieron cómodas, preferimos el coche, y a las ocho de una mañana primaveral, limpia, tibia y soleada, ya nos esperaba a las puertas de la fonda un armatoste inmenso, con líneas de coche y carcomidos detalles de pasada grandeza, enganchados al cual, también nos aguardaban pacientísimamente un esquelético caballo blanco del tamaño de un megaterio; una jaca mejor nutrida, pero que no alzaba ni las seis cuartas, y una mula jaspeada de mataduras que agitaba el rabo levantando un leviatán de moscas. Todos los viajeros éra-

mos de buen humor y al contemplar la mala catadura del tren, una lluvia de chistes cayó sobre la mal parada pieza arqueológica y sobre su motor; amoscose el auriga al oír tal escarnio y quiso anonadarnos recitándonos la hoja de servicios y el noble abolengo del armatoste que, según su testimonio, había arrastrado muchos años por las calles de Madrid al ministro de Isabel II don Claudio Moyano; a juzgar por la edad que acusaba, al mismísimo emperador Claudio pudiera haber arrastrado por las calles de Roma. Buena mano tenía el buen ministro para elegir género, pues tan excelente resultado como el coche nos está dando su ley de instrucción pública. Visto que ni invocando los nobles servicios del carruaje cesaba la befa, y que ésta pasaba ya por contagio a las bestias, preguntando el público si también fueron del uso de don Claudio, cambió de táctica el cochero y subiendo al pescante: «*amonten, amonten*, dijo, y déjense de bromas, que va entrando el calor y si dejamos subir muy alto el sol, nos va a sacar ampollas por esos descampados». Subimos y mientras se ponían de acuerdo los tres heterogéneos animales para arrancar aunando sus esfuerzos, perdimos un cuarto de

hora, hasta que mohino el auriga apeló al motor de leña, visto que flaqueaba el de sangre, y entre un diluvio de estacazos disparose el coche calle abajo hasta abocar la famosa puente salmantina y tomar la derrota de la villa del Gran Duque. Pasada la puente con algunas precauciones, porque el coche de don Claudio gemía como deben de gemir todas las grandezas caídas, seguimos la carretera de Ávila, atravesando los antiguos barrios ruinosos de la vera del puente: cubría la carretera un tapiz profundo de polvo, aprovechando el cual, tapó sus lacras nuestro vehículo, como vieja coqueta que se empolva el rostro para ocultar su marchitez, y las tres bestias se tiñeron de blanco, con lo que ganó no poco la estética del tren. Antes de caminar un kilómetro se bifurca el camino: dejamos el de Madrid, tomando el de Alba, que estaba más despoblado y menos polvoriento, y entramos en la famosa llanura de los Arapiles, mientras el caserío de Salamanca se achicaba a nuestras espaldas y agigantábanse aun más con la distancia la enorme masa de la Clerecía y la torre de la Catedral.

Pisaba trabajosamente nuestro pobre atalaje aquel terreno batido con tanto brío por los tro-

tones de los coraceros de Sir Stapleton Cotton y revolvían nubes de aquel polvo que cubrió las tumbas de millares de franceses, ingleses y españoles. Los dos Arapiles rompían la sequedad rectilínea del horizonte, escuetos, áridos, desnudos y tristes, como dos pirámides de tierra apilada por brazos gigantescos para conmemorar la gran batalla en vez de haber sido la batalla quien tomó el nombre de ellos. El rojo de las amapolas que esmaltaban los trigales remembraba la sangre vertida en ellos en 1812 y los uniformes de los vencedores, aquellos *habits rouges*, eterna pesadilla de Napoleón; tres años más tarde habían de dar en tierra con toda su obra gigantesca en otra llanura como ésta; Arapiles fué el primer acto de Waterloo, aquí se ensayó Wellington con el Duque de Ragusa, el brazo derecho del Emperador, en el modo de vencer al coloso. ¡Las casacas rojas, el eterno fantasma de las águilas imperiales! No pudo librarse de su visión el gran Corso ni después de vencido, y en seis años de encadenamiento en Santa Elena fueron tormento de su espíritu con su presencia y aun debieron ser los últimos colores vivos que flotaron ante sus ojos cuando en ellos se apagaba la luz de la

vida... Pero no sólo las casacas rojas vencieron en estos campos, que allí estaban las casacas blancas de la división de don Carlos España impidiendo a los tesonudos defensores del Arapil grande unirse al grueso de su ejército. En estos discursos íbamos mis compañeros y yo sentados en la baca del coche de don Claudio, cuando, para hacer más completa la evocación de las escenas guerreras que traíamos en lenguas, aparecieron, bordeando el Arapil grande, masas movibles de bultos blancos, que si no vestían casaca llevaban en cambio la lana con la que se fabrican y que estuvieron a punto de convertirnos en otros tantos Quijotes visionarios y a Lord Wellington en otro Pentapolín del arremangado brazo.

Mientras subía el sol, nuestro convoy se arrastraba perezosamente, dejando atrás la famosa llanura; por ella andaban revolviendo terrones, husmeando reliquias de la gloriosa jornada, una inglesita espiritual y patriota, acompañada de su padre, también patriota, pero no espiritual, los cuales, según supimos luego, regresaron a su país cargando algunos kilos de heroica *chatarra*.

Pasados los Arapiles, penetramos en Calva-

rrasa de Abajo, pueblo de carboneros y de perros malhumorados; síguele la carretera de punta a cabo y de nuevo sale a la llanura solitaria y silenciosa; sólo rompían su silencio el gemir de los muelles arcaicos del coche, el destemplado cascabeleo de los rocines y el seco estampido de tal cual garrotazo descargado sobre sus ancas amojamadas.

Al fin encontramos un poco de sombra al entrar el camino en los encinares del Tormes, encinares bajos y ralos, descoyuntados, maltrechos y mutilados por las podaderas de los carboneros de Calvarrasa; retorciéndose desesperadamente tendiendo los brazos al cielo, heridos en cien sitios, y recordaban las fantásticas ilustraciones de Gustavo Doré al Infierno del Dante. A su menguada sombra y en el borde mismo del camino, tomaba agua de una fuente clarísima y abundante una garrida charra; los caballos, que no deseaban sino un pretexto para descansar y tomar resuello, paráronse al verla, brindándonos con su contemplación sin duda; pero aquella ninfa del Tormes, despectiva o zahareña, ni volvió la cara a saludarnos, y siguió su diálogo a gritos con un mozallón porquero que a pocos pasos de ella apaleaba

encinas; para él eran las palabras y las sonrisas y supongo que también el agua; cualquiera se apeaba a pedir de beber a aquella Samaritana...

Los protagonistas de este idilio campestre, los ingleses de los Arapiles, los perros de Calvarrasa, un bando de alondras que nos precedía, jugando con nosotros el escondite, y un grupo de viandantes y trajineros que casi a las puertas de Alba nos tropezamos, eran los únicos vivientes que animaban los veinte kilómetros que la carretera mide desde su empalme con la de Madrid hasta Alba. Venían los viandantes caballeros en soberbios mulos ostentosamente enjaezados, vestidos ellos a lo charro y llevando a las ancas a sus mujeres, envueltas en abigarradas mantas zamoranas, en tren de haber pasado la noche caminando por huir del calor; traían buen humor y mejor apetito, según la prisa que se daban a hincar los dientes en unos chorizos del país del diámetro de un remo. Esta caravana fué más cortés que los enamorados del encinar (nosotros por enamorados los dimos), pues no sólo nos saludaron con los buenos días, sino que ofrecieron de su condumio a cambio de enterarse si íbamos a Alba como peregrinos o penitentes. Vamos por

gusto, contestó uno de los nuestros, y señalando a los jacos continuó: los que van como penitentes son éstos.

Mostrose Alba en medio de su vega fertilísima, coronada de ruinas y bordeada por el Tormes; animose el auriga y procuró pasar su animación a los desmayados rocines que daban ya con el hocico en el polvo y *se tocaban* los cascos que era un desconsuelo, y no se le alcanzó argumento más del caso para trasegar su animación que el contundente de los consabidos estacazos; sacando fuerzas de flaqueza, las malaventuradas bestias emprendieron algo a modo de trote con acompañamiento de jadeos y toses roncas, y pasando el puente con mil fatigas, dieron fin a ellas y a la jornada en un parador cervantesco que a la entrada de la villa se aparecía.

Llegar a Alba es empezar a oír hablar de Santa Teresa, *la Santa*, como familiarmente la llaman allí; esta villa, de catadura medioeval, pacífica, soñadora y poética, apartada del tráfico moderno, se ha dormido en los tiempos de la Santa y de sus recuerdos vive, orgullosa de ellos, sin envidia de las ciudades que progresan materialmente. Alba duerme un ensue-

ño delicioso recostada sobre sus ruinas, arrullada por el canturreo del Tormes, caldeada por un sol semi-andaluz y rumiando en sus soledades las memorias de Santa Teresa. Allí todo es *teresiano*, el convento, la plaza, la calle, la hospedería y sobre todo los moradores, cuya suprema aspiración es ver alzarse la Cruz sobre las agujas de la gran basílica que a la Doctora de la Iglesia dedican, y que lentamente va elevándose sobre sus cimientos, contrastando la blancura de los sillares recién labrados con los denegridos muros de la vetusta puebla. La figura de Santa Teresa, que hasta a los descreídos atrae y cautiva, ¿qué no hará en quien es creyente y español y pisa las callejas de Alba?... Llegáis allí y contagiados del fervor teresiano, sólo preguntáis por los recuerdos y reliquias de la Santa y todo lo relacionáis con ella y de cada piedra exigís un recuerdo, y de cada persona, una anécdota, y si vais con mujeres y pudierais rebautizarlas, las llamaríais a todas Teresa.

Y excitada la fantasía, busca los trenos teresianos en los borboteos del río, en los murmullos de las alamedas y en el trovar de los pájaros. Voces inefables que fingen los mil rumores

oscuros de una villa solitaria, os siguen diciéndoos quedamente:

¡Ay! qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero
que muero porque no muero...

Subimos a la hospedería por una calle empinada y angosta y, después de encargar el almuerzo, solicitamos un guía que nos llevara al convento donde murió la Santa; ofreciéronse muchos y, escogido uno, salimos en pos de él. Nos esperaba en la calle un verdadero enjambre de mendigos que aun engrosó más en las otras que atravesamos. Astrosa y abigarrada representación del pauperismo y la mutilación humana en todas sus fases, edades y sexos; pero no eran pordioseros, eran *porteresieros*, no pedían por Dios, pedían por Santa Teresa, y no agradecían con el clásico «Dios se lo pague», sinó con un «la Santa se lo pague». Niños anquilósicos, desarrapados y pegajosos, que nos agarraban las piernas; viejas con catadura de brujas goyescas, morrudas, amojamadas y esqueléticas; hombres espantosamente tullidos,

mostrando enormes llagas enconadas o rugosos muñones por piernas y brazos; ancianos que nos cerraban el paso arrodillándose trabajosamente, paralíticos arrastrados por jibosos, ciegos guiados por cojos, no es posible encontrar manifestación más conmovedora de la miseria humana; indudablemente aquella nube de mendigos debe ser trashumante, no es posible que una población tan pequeña dé un contingente tan enorme, serán llegados de todas las aldeas de muchas leguas a la redonda, que acuden a Alba atraídos por el cebo de las limosnas de los devotos de Santa Teresa. Recuerdo mucho la espantosa imagen de una mujer altísima, angulosa y magra, cara de trasco de gárgola engolada con un bocio enorme, que era el único abultamiento de su figura desnuda: cargaba a la espalda, en una especie de saco, un chiquillo clorótico y deforme: nos asediaba, nos manoseaba, nos agarraba y era tan pertinaz y pegajosa en la petición, que casi metía en nuestros bolsillos sus dedos negros y afilados como las garras de un buho. «¿Pero esto es Alba de Tormes o Alba de pobres?» exclamó uno de mis compañeros que daba fin a su caudal de calderilla y de paciencia. «¡Alba de Santa

Teresa!» contestó tirando al aire un pingajo de gorra, un arrapiezo jorobado, al cual apenas se le distinguía entre aquella multitud destrozada, harapienta y pedigüeña.

Llegamos al famoso convento en que murió la Santa, el cual es el octavo que fundó, y aunque poco habla a los ojos por no tener nada ni de monumental ni de artístico, habla en cambio muchísimo al alma española. El convento se conserva el mismo que dejó la Santa, pero la iglesia, por donde entramos, está influida ya por el barroquismo, y es, por lo tanto, bastante posterior a su muerte.

Aquí llegó enferma en el otoño de 1582 y en el otoño de su vida para asistir al alumbramiento de la duquesa de Alba, y no tanto de sus dolencias agravadas por la fatiga de la caminata como del cansancio del camino de su vida trabajosa y agotada por su laboriosidad, cayó en el lecho, de donde no había de alzarse su cuerpo avejentado más que viejo. Sintiendo la proximidad de la muerte, pidió los Santos Sacramentos y después de recibirlos, preguntándola el Vicario Provincial si gustaría que la enterrasen en Ávila, su pueblo, o en Alba, respondióle: «Yo no tengo cosa propia ¿no me

darán aquí un poco de tierra?» Allí se la dieron, y allí se la quitaron poco tiempo después, reclamado su cuerpo por la ciudad de Ávila, apoyada en el Capítulo Provincial, y comenzó un largo pleito disputándose Ávila y Alba la posesión de la venerable reliquia, triunfando esta última por el apoyo del Duque, que consiguió del Papa la restitución del santo cuerpo a este convento, mas ya en él habían dejado los que le exhumaron la vez primera, en la duda de si volverían a recobrarle, un brazo y el corazón trasverberado.

Fundado fué este convento por Santa Teresa, pero edificado y dotado por el hidalgo Francisco Velázquez, contador del Duque, y su esposa Teresa de Laiz. Lamentábase ésta constantemente de su esterilidad y suspiraba por hijos, pidiéndoselos a Dios con rogativas continuas, votos y sacrificios, y cuando llegó a edad en que desesperanzó de tenerlos, acordó con su marido ceder su casa y demás bienes que a su muerte quedaran, para la fundación de un convento de Carmelitas Descalzas según la reforma de Santa Teresa. En el capítulo vigésimo de sus «Fundaciones» cuenta minuciosamente la curiosa historia de Francisco

Velázquez y su esposa, los desconsuelos de ésta, sus sueños misteriosos en los cuales se le aparecía San Andrés y su decisión de crear hijos de religión ya que Dios se los negaba de nacimiento.

La iglesia ha sido ampliada en varias épocas y a merced de esas ampliaciones el cuerpo santo ha variado de lugar; hoy ocupa el altar mayor, encerrado en una urna magníficamente labrada que regaló Fernando VI, encerrada en la cual hay otra donación de Isabel Clara Eugenia, la hija de Felipe II, cuando a raíz de la muerte de la Santa, su enterramiento ocupaba la izquierda de la nave. En éste fué donde el P. Yepes escribió en latín el siguiente poético epitafio, que nada pierde de su poesía al ser vertido al castellano: «Restituída a su aspereza la Regla del Carmelo, fundados muchos conventos de frailes y monjas, escritos muchos libros que enseñan la perfección de la virtud, profetizadas cosas futuras y resplandeciendo en milagros, como celestial estrella, voló a las estrellas la virgen Teresa a 4 de octubre de 1582. Ha quedado en su sepultura, no su ceniza, sino su cuerpo fresco y sin corrupción, con propio olor suavísimo por señal de su gloria.»

No son menos sentidas y poéticas las quintillas que su confesor, el Padre Yanguas, metió dentro del sepulcro, cuyas dos últimas dicen así:

Aquí yace recogida
la mujer dichosa y fuerte
que en la noche de la muerte
quedó con más luz y vida
y con más felice suerte.

El alma pura y sincera,
llena de lumbre de gloria,
y para eterna memoria
la carne sana y entera.
¡Do está, muerte, tu victoria!

A través de una reja, desde los pies de la iglesia puede contemplarse la celda en que murió Teresa de Jesús; convirtiéronla sus discípulas en santuario, y tal sigue, constantemente alumbrado y constantemente velado por ellas. En la propia tarima de la Santa una estatua yacente de cera perpetúa la escena de su fallecimiento. El capellán y el sacristán actuales, amabilísimo el primero y desinteresadísimo el segundo, nos instruyeron en todos estos detalles y nos enseñaron las muchas curiosidades del convento; eran dos fervientísimos teresia-

nos y tomaron el trabajo que les dimos, que no fué poco, sólo por transmitirnos su fervor; era de ver el relucir de sus ojos buscando la emoción en los nuestros, cuando sacaron del sagrario el corazón incorrupto de la Santa y nos permitieron contemplarle a sabor.

En el hastial de la epístola reposan también en hermoso sepulcro las cenizas de los fundadores Francisco Velázquez y Teresa Laiz, cuyas estatuas, de buena ejecución, llaman la atención cuando a ésta la dejan libre los recuerdos de Santa Teresa.

Filtrado a través de las rejas del coro, llegaba a nosotros el zumbido de los rezos de las hijas del Carmelo; había muerto una de ellas el día anterior y disponían sus hermanas los funerales, colocando al pie del presbiterio un paño negro, que servía de alfombra a un ataúd humildísimo, sobre cuyas negruras destacábase la blancura marfileña de una calavera humana y la amarillez de dos cabos de cera sobre dos candelabros de bronce: dos luces mortecinas que lagrimeaban entre parpadeos agónicos por la memoria de la muerta.

El convento es pobre, la comunidad pobrísima y una nube de pobres nos esperaba a las

puertas; bien fieles son todos a las austeras enseñanzas de su adorada Santa:

Caminemos para el cielo,
monjas del Carmelo.
La pobreza es el camino,
el mismo por donde vino
nuestro emperador del cielo,
monjas del Carmelo...

Y caminando sin duda para el cielo, arrullada por los rezos de sus compañeras en las humildísimas exequias, quedaría la monja muerta cuando salimos de nuevo a la calle, abandonando la iglesia.

No se había disuelto la muchedumbre de mendigos, antes al contrario, había engrosado durante nuestra visita al convento: sin duda había corrido por el pueblo la voz de la llegada de forasteros. Allí seguía la *mujer-trasgo* destacándose como cabecilla de aquella banda de desgraciados. Apenas advirtieron de nuestra salida a un ciego recién llegado, cuando comenzó a tocar un raro instrumento, a modo de cornamusa cosaca, de notas largas, desmayadas y monótonas, y con el acompañamiento de tales música y gente llegamos casi en volandas a la hospedería. El comedor estaba en los ba-

jos de ella y arremolinose la turba a las ventanas, colgándose de ellas; una señorita que había agotado ya el portamonedas tuvo la sana ocurrencia de repartir algunas de las viandas preparadas. Nunca tal hiciera. Un huracán de brazos revolvióse en las ventanas, atropellando cristales y batientes, y se vió negro el patrón, que acudió con toda la servidumbre, entre la cual contaba un famoso guerrillero de los campos cubanos, para rechazar la invasión. Hubo que cerrar los batientes y comer medio a oscuras, y aún de cuando en cuando por las rendijas aparecía una mano sarmentosa que se agitaba en són de pedir, sonaba el soplido del aliento de un niño o la voz gemebunda de un anciano.

El ciego de la cornamusa amenizaba desde fuera nuestra comida con sus sonatas más escogidas, aunque en todas vibraba la misma cadencia triste, monótona y destemplada; su són quejumbroso compendia los lamentos y ruegos de todos aquellos desgraciados que enmudecían súbitamente cuando empezaba el odre a deshenchirse y a brotar la querelosa sinfonía por los cañutos, como si cedieran al arcaico y melancólico instrumento la embajada de sus lástimas.

Pasó la comida, que fué castellana pura, abundante, nutritiva y barata, y volvimos a la calle. Trepamos a la cumbre del cerro que corona la villa y haciendo alto en él, visitamos las ruinas del palacio y castillo del Duque de Alba. De aquella suntuosa morada, fuerte y halagüeña, militar y sibarítica que Ponz describió; de aquel alcázar ornamentado con toda la riqueza de detalles y con toda la exquisita minuciosidad del arte plateresco, sólo vimos, como reliquias de tanta grandeza, un torreón amarillento jaspeado de grietas, grandote y ceñudo, y algunos trozos de lienzos amurallados que se tambaleaban a nuestro paso. Aún las paredes interiores del torreón lucen, donde la mano no alcanza, enormes pinturas al fresco de asuntos guerreros, y en la alta bóveda oscura gigantescas figuras mitológicas. La mansión del Gran Duque terror de Flandes lo es hoy de mendigos, grajos y murciélagos; las golondrinas anidan fuera, huyendo de la lobreguez del noble recinto, convertido en cueva hedionda y estuche de miserias.

Desde sus descabezados mampuestos, dominan los ojos la hermosa y tendida vega del Tormes, con sus trigales y sus huertos bien

labrados, exuberantes de vegetación, rebosantes de fertilidad; los montes de Béjar y de la Peña de Francia, que cierran por el Sur aquella llanura inmensa que por el Norte choca con el cielo; el Tormes, el río de Fray Luis y de Meléndez, claro, abundante y alegre, deshilachando su caudal al pasar bajo los veintiséis arcos del majestuoso puente; las lejanas ruinas del castillo del Carpio, donde *estaba Bernardo cuando el moro en el Arapil*, y las cercanas del convento de San Jerónimo, hermosa fábrica rodeada de terrenos labrantíos que ha venido a tierra, no por el peso de los años y sí por la desidia y la barbarie aliadas. Atraían sus grandiosas ruinas y no pudiendo resistir a tal atracción, bajamos a la vega por la vertiente del collado opuesta a la villa, y a poco de hollar sobre los trigos entramos en aquel informe hacinamiento de sillares y ladrillos.

Aún conserva la iglesia los elevados hastiales salpicados de labores platerescas; pero escuetos y debilitados, sin el sostén de las bóvedas, parecen amenazar al curioso visitante con derrumbarse sobre él si no abandona pronto su planta profanadora del silencio augusto de las ruinas los linderos del templo

mal defendidos por la vegetación montés enmarañada y bravía.

Al pie de los hastiales veíanse varios sepulcros sin tarjetón ni estatua, aterciopelados por la flora parásita; por las hendiduras de las losas nos espiaban los lagartos con sus ojos saltones, esperando nuestra marcha para salir a calentarse al sol poniente. Desde una alta hornacina, huérfana del santo que albergó otros tiempos, nos miraba también con recelo un gran pajarraco con las alas entreabiertas y los ojos zahareños. Las arcadas del claustro, aisladas y destejadas, parecían los ojos de un puente medio destruido por una riada, por la riada de la incultura.

Entre sus crujías y sobre el atrio, amontónanse los materiales derruidos, entre ellos valiosos azulejos mudéjares de los que hicimos acopio, revolviendo al rebuscarlos una verdadera comunidad de sabandijas que ha heredado a la de jerónimos expulsados; no han sido éstas las únicas sabandijas que han encontrado alojamiento cómodo y barato aprovechándose de la desamortización.

Bordeando los muros arruinados de la venerable villa, volvimos al parador donde por la mañana habíamos echado pie a tierra; ya el co-

che de don Claudio arbolaba en medio de la calle y los tres desmadejados jamelgos encargados de arrastrar tan venerable armatoste aguardaban con cara de grandes bríos, debidos a la mengua del calor y a un fuerte reconstituyente que nosotros mismos le recomendamos al ventero; y tan buen efecto hizo la cebada en sus desmayados estómagos, que aquel abadejo con patas, que era lo más lucido del atalaje, se permitió al arrancar el convoy algo así a manera de corveta salpimentada con dos relinchos bien entonados; también la mula se traía lo suyo, y era de ver con cuánta más gracia y energía espantaba a rabetazos las moscas de las mataduras; la jaca seguía en el marasmo.

El sol caía mermando sus fulgores y pasando lentamente del matiz del oro al de la sangre; el ambiente refrescaba, pero la tierra ardía; volvíale vengativa las bofetadas de fuego que pacientemente había soportado durante toda la carrera solar. El sol caía y antes de desaparecer desgajado ya, lanzó una mirada rojiza sobre la llanura de los Arapiles y la cubrió de una sábana impalpable de color sangriento...

¡Les habits rouges!... Una inmensa casaca roja flotaba sobre la heroica llanura...

ÁVILA DEL REY

I

ARÉVALO, la hidalga Arévalo, la villa trigue-
ra, la villa del pan, de las románicas igle-
sias de ladrillo y de las tristes remem-
branzas de la reina sin ventura doña Blanca de
Borbón, está hincada en terrones gredosos casi
al confín de la llanura castellana vieja, no lejos
de las faldas berroqueñas de la sierra abulense,
primer peldaño de la ingente cerca que deslin-
da las dos Castillas. Entre la púrpura de una
puesta de sol veraniega destacaba las moles
arcillosas de sus templos, sobre los cuales ha-
cían blancas cruces las cigüeñas flotando en
las últimas lumbraradas rojizas del sol po-
niente.

Llegó sediento el tren a los umbrales de la

villa, y en ella se detuvo pidiendo agua, como un peregrino fatigado; diéronsele, no por obra de misericordia, como al peregrino, sino por obligación, y la locomotora, ahumando como un trotón sudoriento después de una carrera, bebía y bebía borboteando, y cobraba las fuerzas derrochadas en la marcha loca que, halagada por el terreno suave y desondulado, traía desde Medina. Después de beber hasta saciarse, sintiose fuerte y animosa para acometer el escalamiento de las asperezas de la sierra, y dando gritos agudísimos, arrancó alegre con formidable empuje, pataleando estruendosamente al cruzar los giratorios metálicos y alejándose de la villa, que empezaba a parpadear por cien puntos luminosos cernidos por calles y ventanas como las chispas de un gran rescoldo; y allá quedó Arévalo, bañándose en la penumbra del véspero, aislada en la nava triguera, en la tierra seca, arenosa y desarbolada. Mientras el tren huía entre los altos trigales, los grises fantasmas de la tarde caían sobre la histórica villa heridos débilmente por el parpadeo de sus incontables pupilas. Aún corrimos una buena pieza de tierra llana, pero enormes berruecos enclavados en ella eran las avanzadas

de los acantilados serranos, y la máquina, desdenando pararse en poblados humildes, que la esperaban aburridos en los flancos de la vía, entró con resuellos de cíclope por las primeras fragas de la sierra.

La blancura de las calvas rocas en sus vertientes desparramadas, como enormes sillares de un edificio gigantesco derruido, hacían con su albo matiz más tenebroso el negror de los pinares que empezaban a alternar con ellas, poblando la lontananza ondulada y triste, y el acre vaho de la vegetación montés y las fuertes emanaciones primaverales de los pinos, perfumaban el ambiente nocherniego con los aromas concentrados durante el día por el caldeo del sol.

Era bien cerrada la noche cuando el tren rindió su carrera ante los venerables muros de la ciudad de Ávila; alumbrábala una luna rajada a cercén, y medio desvanecidas en el ambiente, flotaban algunas estrellas cuyas oscilaciones luminosas parecían debidas a las ráfagas del viento frío de la sierra. Antes de apearnos, ya habíamos atisbado en la argentada lejanía la vieja ciudad, atarecida en aquellas yermas alturas desamparadas e intentando calentarse

en los falsos fuegos de la luna, y visto a sus débiles reflejos negrear el hacinamiento dentado de sus muros, de esos muros que fueron baluarte de las libertades de Castilla, de esos muros que saben de las desventuras del Rey Impotente y de los deliquios amorosos de Teresa la Santa. Trepábamos hacia ellos en un coche alquiler, por un camino en ligero declive, mientras en las honduras de los fosos y barrancos bullía el Adaja; en su canturreo monorrímo aleteaba acaso un eco perdido de la canturía de los viejos romanceros. Dejamos de flanco la hermosa basilica de San Vicente, cuyas labores románicas alumbradas y acariciadas por la luna aquilataban su gallarda delicadeza, y los matices plateados daban al edificio una apariencia fantástica y atrayente; parecía el templo de una ciudad de ensueño, y tal era Ávila en aquellas horas y con aquellas luces.

El coche faldeó un trozo del baluarte y súbito dobló a la derecha y le horadó por un portillo rebajado y hondo, en cuya bóveda rocosa resonaba el desacompasado trotar de los caballos y el rodar del ómnibus con estruendo de tronar lejano. Yo sentí aquella noche una emoción intensa al penetrar en el recinto viejo de la mo-

ribunda Ávila. Una emoción provocada por espectáculos de ensueño hechos realidad en la calma nocharniega, por memorias medievales despertadas al épico s6n centenario de los cantares de gesta y por un ansia indomable y loca de pasiones atávicas, de amores y rebeldías legendarias y del vivir inquieto de los tiempos heroicos. Una calle desierta flanqueada de paredones medio derruidos; edificios destejados, en los que los arcos de puertas y ventanas eran bocas de luz que enseñaban la desolaci6n de patios alfombrados con los escombros de sus propios muros; una iglesia grande, agigantada por la sombra y la soledad, y una plazoleta desierta y fría, en la que paró el carruaje, fué lo que me enseñó Ávila en el trayecto de la cerca a la hospedería. Abriose una puerta de ésta, que no hospedería sino hotel se titulaba; sali6 un hombre soñoliento con una linterna y una moza a quien los bostezos no le dejaron lugar ni para dar las buenas noches, y entramos a prisa todos en el oscuro zaguán huyendo los soplidos del viento serrano (insoportable a tales horas y alturas aun en el mes de junio), y oyose el traqueteo del coche que se alejaba escandalizando a la ciudad dormida...

Las auras del alborecer trajeron a la penumbra silenciosa de mi cuarto un campaneó ensordecedor, cuyas vibraciones no daban lugar al sueño. El alegre clamoreo venía de la catedral, frontera a la fonda, y anunciaba la fiesta del *Corpus Cristi*. Imposibilitados de dormir, echámonos a la calle, que estaba más fría que el hocico de un perro; el ambiente mañanero se traía las de Caín y era tan sutil y entremetido que pasaba por el cuerpo como pudiera hacerlo entre los hierros de una jaula... y las campanas anunciaban el *Corpus Cristi*; no recuerdo haber pasado nunca tal día con abrigo de invierno y tapabocas; estuvimos largo rato pensando si las campanas habrían equivocado la fiesta y anunciaban el *Corpus* en vez de la Natividad de Cristo.

Ávila a la luz del día tiene un tono general agrisado debido al pedernal de casi todas sus construcciones, que le presta una catadura uraña, muy bien encajada en sus líneas medievales y en su historia romancera y heroica, pero que entristece a quien trae los ojos avezados a las áureas y risueñas coloraciones del asperón de Salamanca.

Frente al zaguán de la fonda arbolaba la ca-

tedral su cuerpo recio, de aspecto militar, y el campaneo seguía escapándose de sus robustísimas torres de fortaleza. Ávila es una ciudad semi-desierta; a pesar de la festividad del día y de los llamamientos de los bronces, no rebasarían del millar los fieles y curiosos que esperaban en la plazuela la salida de la procesión.

Abundaban las mujeres de los poblados aldeanos, secas y curtidas, vistiendo faldas cortas y campanudas, y mezclados entre ellas, algunos lugareños y serranos robustísimos y pintorescamente vestidos; como al siguiente día encontré en el mercado más abundantes y más pintorescos ejemplares de esta raza castiza que tan inmaculada se conserva, cuando hable del mercado hablaré algo más de ellos. Entre las mujeres campanudas y los hombres de calzón corto y enorme sombrero, bullían algunas señoritas, no pocas beatas de *corte clásico*, tal cual *tourista* y algún grupillo de alumnos de administración militar. La procesión comenzó a salir y el público, arropado y encogido de frío, la abrió plaza; era breve, reducíase a media docena de estandartes flanqueados por dos hileras, no muy nutridas, de hombres y muchachos con cirios que el viento se entretenía

en apagar según iban saliendo de la iglesia; luego, arrastrada por varios clérigos con sobrepelliz, una carroza plateada sobre la que arbolaba una custodia monumental, una de esas joyas de la orfebrería española, sin rival en este género de labores, que dan el mayor avaloramiento a los tesoros de nuestras catedrales. Los paisanos se arrodillaban a su paso y los *touristas*, embobados, perdían el fervor y se mezclaban entre el cabildo, atraídos por la hermosura de la obra, metiendo materialmente las narices por ella; sobre todo algún inglés que no tenía por qué perder el fervor, fué tan impertinente en la contemplación, que el pertiguero tuvo que atajarle en el camino, pues lo llevaba de meterse en la carroza; refunfuñó el inglés y el pertiguero, que como buen castellano era más pronto de obra que de palabra, le sacó a la línea del público con un brazo mientras con el otro blandía la pértiga. Yo, sin meterme en terreno vedado como el inglés, pude contemplar la joya siguiéndola un buen rato y aún adivinar a sus pies una inscripción que decía: *Juan de Arphe faciebat*.

La procesión, con su escolta de guardia civil y de viejucas rezadoras, salió extramuros, y

bordeando el adarve, la vimos perderse bajo los corvos matacanes de aquel ábside militar que, según feliz expresión de Cuadrado, hace de la catedral avilesa una verdadera acrópolis. Y mientras la procesión hacía su ruta, volvimos nosotros al templo para visitarle a sabor aprovechando la soledad en que le dejaban.

Repito que todo en Ávila parece ceñudo y sombrío viniendo de Salamanca, ciudad de ruinas, pero de ruinas áureas y lucientes en las que centellea la luz con las vivas coloraciones de una puesta de sol tropical. Ávila es también ciudad de ruinas, pero de ruinas cenicientas y opacas; los ciclópeos pedruscos agrisados del granito de la sierra matan la luz y dan a las ruinas una melancólica frialdad desoladora, aumentada por el glacial ambiente, perpetuo en aquellas altitudes.

La catedral es hermosísima, pero también ceñuda y austera: ¿cuál no lo parecerá llegando de contemplar la riente concepción de Juan Gil de Hontañón? Cargada de incienso y vacía de gente la encontramos, pero más llena de luz que de ordinario, pues abiertos de par en par los enormes batientes de las puertas entraban por ellas atropelladamente las greñas de un sol

mañanero riñendo con las humedades asiladas en el templo y con la majestuosa opacidad en que vive. Saltaba la luz entre los haces de columnas y al llegar a las angosturas de la gírola rendíase a la penumbra, aquella mansa penumbra débilmente irisada por los vidrios del ábside, y culebreando entre aquel laberinto de fustes desvanecía al fin entre las oleadas de incienso que vagaban por las bóvedas buscando salida.

Sólo tal cual beata, floja de piernas, imposibilitada de seguir a sus colegas pisando los talones a la escolta armada, y hasta rompiendo la formación cuando son enjambre, poblaban el templo, siseando junto a un pilar sus oraciones, las mismas oraciones que sus compañeras endilgarían a las cartucheras de los guardias civiles.

En pocos templos como en éste se ve tan claro el paso de los años por la obra y el desdoblamiento natural y progresivo de la manera ojival a través de los siglos XIII y XIV. Comenzado, sin duda, a fines del XII, muestran la gírola y el ábside reminiscencias románicas y aun asomos bizantinos; mas según vamos corriendo los ojos de la cabecera a los pies del

templo, vemos la evolución del estilo, desde el ojival naciente, débil y vacilante, apoyado en las reliquias de su antecesor, mal definido aún y medroso de campar a solas, hasta el ojival adulto y potente, con propias gallardías, peculiarísimas en todos sus detalles, de los siglos XIII y XIV, deteniéndose la construcción antes de caer en las exquisiteces y encantadores refinamientos con que bastardearon el estilo los siglos XV y XVI, acabando por corromperle y hundirle en el olvido.

En la mansa penumbra del trasaltar amarilleaba débilmente el alabastro del magnífico mausoleo que encierra el cuerpo venerable de aquel Alonso de Madrigal, más conocido por *el Tostado*, cuya flexibilidad de pluma tan famoso le ha hecho, y que, contemporáneo de los últimos Trastamaras, regía la diócesis de Ávila. Venérase en ella su memoria, no sólo por su facundia y gran sabiduría, rara en aquella edad de hierro, sino, y sobre todo, por su bondad insondable y caridad sin límites. La estatua ni es yacente ni orante, es *escribiente*: ¿en qué actitud había de concebir y cincelar el escultor la efigie de un hombre que durante cincuenta y cinco años seguidos escribió tres pliegos diarios?...

Sus huesos fueron hallados al derribar el antiguo coro y recogidos en este hermoso monumento, que sus devotos le alzaron cuando ardía la guerra de las Comunidades. El recuerdo de esta guerra, que tan señalado lugar ocupa en los anales de la catedral avilesa, nos asaltaba tiempo hacía, oscureciendo, sino apagando, las mil gloriosas y seductoras remembranzas de tiempos viejos, que llegan a la mente bajo la frialdad de aquellas bóvedas. Ya buscábamos la famosa sala que oyó las deliberaciones de la aun más famosa «Liga Santa», cuando, en uno de los pilares que guarnecen la entrada de aquellas angostísimas capillas de la girola, llamó nuestra atención un cofre antiquísimo, colgado a manera de cepillo petitorio. Era de madera acorchada por la edad, y encinchada de hierro herrumbroso y carcomido; un rótulo rezaba su oficio diciendo en letras borrosas: *limosna para dotar doncellas pobres.*

¡Qué horizontes grises de amarga poesía descubrió la mente ante aquel viejo cofre! ¿Cuántos años llevarán aquellas tablas viejas y deslustradas siendo lucero de esperanzas dulces a ojos juveniles? ¿Cuántas veces se habrán abierto aquellas cerrajas mohosas para dar realidad

a ilusiones risueñas o para malograr idílicos ensueños venturosos? Aprovechando la soledad del templo, agitamos el viejo cofre ¡ay!, sonaba a vacío que era un desconsuelo... Huyamos de la triste filosofía que se filtra en la mente ante esta arcaica caja casamentera y vamos a la sala de los comuneros, que es más sano respirar por lo heroico que por lo sentimental.

En el ala oriental del claustro, a principios del siglo XVI, construía-se bajo la dirección de Martín de Solórzano, genial artífice de la pléyade ilustre de maestros que dió a la arquitectura la merindad de Trasmiera, un amplio recinto destinado a librería que sin llegar a serlo ni a terminarse por completo pasó a ser congreso de los procuradores castellanos. Alzada estaba Castilla entera contra la política flamenca, y Ávila, siempre bulliciosa y díscola y ensangrentada en luchas de bandería en las postimerías medioevales, permanecía sumisa a la política exótica y sorda al llamamiento de sus hermanas, y no se dió cuenta de la mengua en que vivía hasta que abrieron sus ojos las congratulaciones y premios de los consejeros del Emperador alabando su sumisión. ¡Qué caste-



llano es esto! Despertáronla de su somnolencia vergonzosa más las lisonjas del enemigo que la voz del hermano; voz que a la corta o a la larga hubiera oído, pero cuyos ecos apagaban las revueltas y disensiones que ardían de muros adentro, que no apagaron, sin embargo, los ecos de la lisonja engañosa y del premio servil. Sintió la caricia como un latigazo y con empuje tan viril sacudió su letargo y con tal entusiasmo se unió a la causa de los alzados, que asiló al amparo de sus muros a la Santa Liga, alma de los Comunidades de Castilla. Las labores de estos muros saben del civismo, del temple de ánimo, del vigor de las palabras y heroica decisión en las obras de aquella agregación de nobles, hidalgos, clérigos, letrados y gentes del estado llano, constituidos en fraternal asamblea. Nobles como los Ulloas, Maldonados y Fajardós, y hombres de letras como aquel genial Hernando de Rojas, autor de «La Celestina», tomaban asiento junto a fundidores, pelaires, freneros y lenceros, y aunque eran presididos por un miembro de la nobleza, don Pedro Lasso, quien verdaderamente dirigía las discusiones era el tundidor Pinillos, sentado en el centro de la sala, confiriendo la palabra

con una señal de su vara. Y reunidos trabajaron y deliberaron sobre siete cuestiones: 1.^a, fidelidad al rey; 2.^a, paz del reino; 3.^a, remedio del real patrimonio; 4.^a, agravios hechos a los naturales; 5.^a, desafueros hechos por los extranjeros; 6.^a, traiciones que han intentado algunos naturales, y 7.^a, cargas intolerables que han padecido estos reinos. Los procuradores de Toledo, Burgos, Salamanca, Segovia, León, Valladolid, Ávila, Zamora, Soria, Toro, Madrid, Guadalajara, Cuenca, Murcia y Ciudad-Rodrigo, reunidos en esta sala, acordaron revocar *con el mayor respeto* la orden de Carlos I nombrando regente al deán de Lovaina contra fuero de Castilla y constituirse ellos en autoridad suprema...

¿A dónde hubieran llegado los comuneros triunfantes? ¿Hubiérales satisfecho la rehabilitación de los fueros viejos o se hubiera ensangrentado Castilla precediendo a Inglaterra y Francia en las grandes revoluciones democráticas? Difícil y arriesgado es aventurar un juicio. Los comuneros fueron vencidos, pero está fuera de dudas que era mucho más fácil habérselas con el altivo Carlos Estuardo o con el débil Luis de Borbón que con el brazo de hie-

ro del hijo de la reina Loca. Luis XVI, después de la primera conquista de los estados generales reunidos en Versalles, encerrose en las Tullerías a rumiar sus desventuras y melancolías, y de renunciamiento en renunciamento llegó a renunciar el derecho a su propia vida. Carlos V hizo olvidar a los castellanos la jornada de Villalar paseando en triunfo por Europa los estandartes de Castilla. Extranjero al vencer a los comuneros, enamorose del vigor del alma castellana venciéndolos, y castellanizó la suya y explotó ese vigor en altas empresas, y ya al promediar su reinado era rey de España antes que emperador de Alemania.

Hoy la sala que para librería edificó Solórzano, y que los comuneros convirtieron en congreso castellano hasta su traslación a Tordesillas a la sombra de la reina Juana, no es conocida ni por sala de los comuneros ni por «La Librería», sino por «Capilla del Cardenal» por estar en ella el enterramiento del purpurado Francisco Dávila.

El aspecto militar que se trasluce en el exterior del templo asoma también sus puntas y ribetes en el interior, en las angostas ventanas de la girola, que más parecen aspilleras, y en

aquel pasadizo atronerado que sobre la puerta principal comunica las dos torres.

En los tiempos de aquella Ávila revuelta y batalladora que vivía en nerviosa disensión de bandos, desde las troneras de aquel pasadizo fiscalizaban los hombres de armas del alcaide del alcázar las decisiones de los capitulares, que no eran a veces los más quietos, y no faltan en las crónicas páginas que cuenten sangrientas luchas libradas sacrílegamente bajo las sagradas bóvedas cuando a su mayor encono llegaba la animosidad de los bandos y el pugilato de las gentes apasionadas por tal o cual apellido.

Un doble parapeto almenado circuye al ábside exteriormente, negando a quien no trepa a su altura la contemplación de los graciosos ventanales que alumbran la capilla mayor.

Desde aquella militar plataforma almenada, dice la tradición y niegan los cronistas, que fué presentado en su niñez Alfonso VII a su padrastro y tocayo el batallador rey de Aragón, de cuyo hecho tomó su emblema el escudo de la ciudad, que ostenta un rey asomado en una torre. Realmente el baluarte muestra bien a las claras que es su construcción de tiempos me-

nos lueñes que los de Alfonso *el Emperador*, pero ¿quién desarraiga una tradición, ni qué necesidad hay de desarraigar esta? Los avileses se han hecho sordos, y han hecho bien, a las voces de los eruditos *aguafiestas*, que siempre tienden paño al púlpito para cuestiones de poca monta, y han alzado sobre una almena una cruz conmemorativa del suceso.

En un amplio golpe de vista, de una austeridad agrisada y majestuosamente melancólica, pueden ahondar los ojos desde aquellas alturas: el corvo encintado de la cerca militar ciñe el hidalgo caserío de la puebla vieja, alzando de tiempo en tiempo los gigantes cos centinelas de sus torreones panzudos que impiden, con el orgullo de gentes pagadas de su abolengo, a los señoriales caserones, nacidos al amparo de ellos, mezclarse con los modernos hoteles que aprovechando las saludables condiciones de Ávila se han edificado de muros afuera. En la lontananza, entre los enormes cantos graníticos descabalados de la sierra, bullía el Adaja, y alzaba sus cruces el ingente convento de Santo Tomás, y más cerca, alzaba también las suyas, sobre los andamiajes que le apuntalan y restauran,

la basílica de San Vicente, joya inestimable de arte románico.

Ávila, dominando aquellas lontananzas frías y pedregosas, aquella paramera grisácea, enca-ramada en los riscales de una sierra en el cen-tro de la península y a mayor altura que nin-guna ciudad española, parece, circundada de su baluarte almenado, la diadema de la España vieja.

ÁVILA DEL REY

EN la plaza del Mercado Chico, frontera a la iglesia de San Juan, fundación de *aquel rayo de la guerra* Sancho Dávila y famosa por ser la parroquial donde recibió el bautismo Santa Teresa, vierte una calle tortuosa, cuyo pavimento de agudo pedernal sirve de campo, señalados días, a un pintoresco mercado de hierro viejo. No es el comercio *chatarrero* de todas las poblaciones donde arden forjas de mayor o menor cuantía; no es la hacina ingente condenada a la fundición, a depurar en el fuego la bastardía de su origen; no es nada parecido al *refugiun peccatorum* de cuanto se hurta en los muelles de las poblaciones marinas; allí no se trata de destruir los objetos ni aun de cambiarlos de forma: seguros los mercaderes

callejeros de la legitimidad de su mercancía, no la purgan en el fuego purificador y respetan la labor enroñecida del artífice incógnito para seguirla destinando al mismo uso para el que fué labrada, o a otro similar; es la venta al menudeo, aunque valorándolo a peso, de llaves, cerrajas, fallebas, pernios, jaulas, armas, herramientas, tornillos y tuercas, piezas de carretaría y de labranza, etc., todo mohoso, mucho mutilado y no poco inservible para su uso natural, mas no para otros improvisados. Desper-tonos tal curiosidad aquel originalísimo zoco de siderurgia valetudinaria, que dimos de mano a la arqueología, que en grandes dosis empacha, y tomando posiciones a la vera de los puestos, que tendidos estaban en el santo suelo, dedicámonos a fiscalizar las transacciones de los marchantes.

Un serrano altísimo y musculoso, en cuya enorme caraza perdíanse las facciones entre arrugas profundísimas de cordobán y marcas de viruelas, era el verdadero dueño del cotarro. Ocupando muchos pies de terreno tenía cernida su mercancía formando un verdadero bazar de roña. Rodeado de sus bártulos más apreciados arbolaba su corpachón vestido al uso de la

serranía y consultaba de cuando en cuando con una urraca alicortada que se le paseaba por los hombros. Aunque no se le veían los ojos se le averiguaban de lince, según lo atento que estaba simultáneamente a cuantos marchantes se acercaban a su puesto. A cinco atendía a la sazón: a una vieja, empeñada en llevarse una cerraja enorme a seis céntimos el kilo: «Santa María, señora, la decía, vaya usted a Arévalo a ver si lo dan a menos de siete»; a una sirvienta, que probaba un racimo de llaves, intentando abrir un candado viudo de la suya; a un maestro de obra prima, remendón por más señas, que requería aros de barril para hacer cuchillas; a un señor viejo y friolero, con catadura de anticuario, que revolvía un rimero de tallebas y pernios a la caza de tesoros arqueológicos, y a un jovencillo que pedía precio a un sable mohoso, asido a la vaina con tal fuerza que no las había humanas para desasirle sin aceite. El serrano era decidor y donairoso y tenía achicados a los otros comerciantes, monopolizando casi la demanda, así era él de pronto y ocurrente en la oferta. Cuando realizadas las compras, o sin realizar, se alejaban los marchantes de su puesto, alzando una voz formi-

dable comenzaba a gritar: «Miren, señores, que hoy me he vuelto loco y voy a dar de balde todo el hierro que hemos traído a cuestras Sagasta y yo (Sagasta era un caballejo que dormitaba junto a la pared) desde Medina, Madrigal y Arévalo. Miren, señores, que peso noventa y ocho kilos y no tengo gana de volver a cargar con el establecimiento. ¡Qué barbaridad, señores, qué barbaridad! Dónde se han visto jaulas para jilgueros a tres perras gordas». Y entonces decía al pajarraco vocinglero acariciándole: «Díselo tú, Marica, díselo tú, que a mí no me creen», y el pajarraco daba dos o tres aullidos desagradables que querían ser palabras.

A esta sazón atravesaron la calle gentes de coleta de poca categoría que habían llegado de Madrid a funcionar en una novillada; iban despaciosamente, garbeando mucho, entre relampagueos de pedrería falsa, y la atención del público se fué tras ellos.

Acudió el serrano a lo más chispeante y agudo de su repertorio para detener la deserción de parroquianos, hasta que enronquecido y mohino, vista la infructuosidad de su elocuencia, dió un papirotazo al pájaro, que cayó

al suelo agitando las alas inválidas, y dirigiéndose a los diestros: «Mala cornada vos den, pintureros, les dijo a media voz, ¿no estaríais mejor en la posada remendando la taleguilla?».

Abandonamos el zoco del hierro viejo y salimos a la muralla por la puerta del Rastro. Ábrese ésta bajo el balcón de doña Guiomar, cuya alta columnata montada sobre un arco rebajado rompe la fisonomía militar de la muralla y da una nota risueña entre la severidad adusta de los baluartes que templan su frialdad senil al calor manso del sol naciente. No pude averiguar quién fué aquella doña Guiomar que bautizó al balcón, pero indudablemente, debe tomar origen tal apellido en alguna leyenda desconocida para mí, tratándose de nombre tan arcaico, de tan poético balcón y de ciudad tan legendaria.

El balcón, más que tal, es amplia galería cubierta con tejado voladizo que soportan seis columnas clásicas adinteladas por un sencillo entablamento. ¿Qué poderes o qué derechos tenía la tal señora para asomar la fachada de su casa en medio de las defensas de la ciudad y para descubrir sus balcones a los tiros del ofensor en épocas de revueltas?

Bordeamos la muralla por la ronda del mediodía con vista a las lejanías agrisadas de la sierra, y pasando ante los altos muros enrejados y el torreón elegantemente labrado del palacio episcopal, que al igual que el balcón de doña Guiomar, asoma a curiosear atrevidamente por encima de las cercas militares, dimos ante la puerta del alcázar, de aquel alcázar que, sin intimidarse por amenazas ni privaciones, mantenía Gonzalo Chacón por el rey cuando la ciudad alzada daba asilo a la junta de comuneros. Esta puerta, que es la más concurrida de la ciudad, fórmase de dos enormes cubos berroqueños elevados a gran altura sobre los tejados de las casas que en ellos se apoyan y abrazados por un arco atrevidísimo que, gemelo del de la puerta de San Vicente, es avanzada de otro que forma la verdadera puerta; queda entrambos algo a manera de patio de armas y están provistos de los medios de defensa de la época: almenas, rastrillos, matacanes y unas troneras cuyas bocas se abren en las bóvedas de las puertas para dejar caer a plomo enormes proyectiles sobre los asaltantes.

El carácter que estas puertas centenarias prestan a la ciudad de Ávila, la fisonomía mi-

litar medioeval transmitida sin mácula a través de los siglos, es más para sentida y vista que para descrita; los extranjeros que vienen o van a Madrid, al paso por ella, ignorantes de la existencia de esta ciudad originalísima, cuélganse asombrados de las ventanillas de los coches y sueñan con la Castilla del Romancero.

Al pie de esta puerta del Alcázar (que, aunque emblasonada con los emblemas de los Reyes Católicos, es anterior a ellos) cuenta la tradición que tuvo lugar aquella ignominiosa ceremonia del destronamiento en efigie del desdichado Enrique IV de Castilla.

Los magnates rebeldes, alzados por el infante don Alfonso, pusieron en este mismo lugar la enlutada imagen del último Trastámara sobre un tablado con trazas de cadalso, en el día, famoso en los anales avileses, 5 de Junio de 1465. Mientras mil hombres de armas y otros tantos jinetes contenían al pueblo, poco adicto a aquella farsa revolucionaria, de la que recelaba mayores males de los que con ella se intentaba atajar, el arzobispo de Toledo, después de una larga lectura de inculpaciones, arrancó la real corona de la cerviz envilecida entre palabras de afrenta, el conde de Bena-

vente quitó el cetro de las manos de la efigie; el de Plasencia, el estoque de la cinta, y don Diego de Zúñiga consumó el escarnio de la ceremonia, echando a rodar la estatua de un puntapié.

El pueblo de Ávila, que ya entonces se apellidaba del Rey, no sólo no prestó su asentimiento a tal acto, sino que le vió con repugnancia, y no mostró su desagrado intimidado por el alarde de gentes de armas en que se escudaron los rebeldes; el pueblo castellano siempre mostró más simpatía hacia la corona que hacia la nobleza, y merced a esta alianza de rey y pueblo, en Castilla apenas arraigó el feudalismo; el pueblo de entonces, como el de todos los tiempos y lugares, ha sido siempre más dócil a la autocracia que a la oligarquía: prefiere la tiranía en una mano, por dura que sea, a la tiranía de clase; por eso el pueblo-rey aplaudió con entusiasmo la institución de la Dictadura y apellidó al dictador *magister populi*, y por eso también los mayores tiranos han salido del pueblo y han sido elevados por él.

También era de junio aquella mañana, también hervía la gente en la plaza y también alzábese en el centro de ella un tablado, pero ni

la gente era de armas en tren de revolución, sino abastecedores y compradores de mercado, ni en el tablado se destronaba a ningún rey; todo lo más que se destronaba eran muelas inservibles por un catalán de gorro turco y chaquet, que las extraía poco menos que a puñetazos.

Campea en el fondo de esta plaza, dando frente a las reliquias del alcázar, el venerable templo de San Pedro, joya del arte románico, de una hermosura ceñuda y grave, y ante ella han alzado modernamente los avileses un sencillo monumento orlado con los nombres de sus paisanos más insignes. Algunas modernas poblaciones enriquecidas, más sobradas de dinero que de gloriosos nombres que conmemorar, han alzado estatuas a diestro y siniestro adornando plazas y avenidas con vulgarísimas efigies de excelentísimos señores, por cuya hoja de méritos suelen preguntar cuantos no pertenecen a su familia, y Ávila, pueblo de rancio abolengo y de pobres recursos, ciudad más sobrada de gloria que de bienestar material, ha tenido que englobar en un sencillo monumento, bajo el lema de *Ávila a sus hijos ilustres*, los nombres de Isabel la Católica y Teresa de

Jesús, de Sancho Dávila y Alonso de Madrigal entre otros muchos clarísimos que suenan en todas las lenguas y llenan muchas páginas gloriosas de la historia.

Los altos lienzos almenados del baluarte asoman por encima de las casas encabalgadas sobre porches que sirven de campo al mercado, y la muchedumbre que bullía en aquella decoración formada por las altas cercas militares, la mole del alcázar y el hastial románico de San Pedro, alzando entre avanzados contrafuertes los arcos abocinados de su portada y el enorme rosetón de finas labores que alumbraba la nave mayor, parecía sentir la nostalgia de la indumentaria medioeval. Aquellos castellanos secos y curtidos, de nobles facciones y mirada audaz y serena, pedían el tabardo, las calzas y los zuecos de cordobán; eran los descendientes de aquellos menestrales a quienes dirigió su ordenamiento el rey don Pedro cuando, prohibiendo la mendicidad, ordenábalos a todos que vivieran por labor de sus manos, salvo los que hubiesen graves enfermedades o gran vejez. Envueltos en pieles y zajones no faltaban algunos pastores serranos, altos y musculosos, tardos de movimientos y de mirada

dura y zahareña; retoños bravíos de la vieja raza castellana dominadora de dos mundos; parecían tallados en el pedernal de la sierra. Yo creí vislumbrar en ellos, mal borrado por la decadencia ambiente, un atávico gesto de señoría: es que aquellos hombres oreados y fortalecidos por el azotevigoroso de los aires montañoses, y perdidos en las soledades ascéticas de la yerma serranía, viven sin enterarse de la decadencia española y sólo saben, porque la sangre se lo dice, que son los nietos de aquellos *hijos que hacía Castilla para gastarlos*.

Para vestir aquella multitud, cuyas facciones se mantienen castizas en el decurso centenario, echábanse en falta mallas y almetes, hábitos y cogullas, pellicos y capirotos.

Mediano esfuerzo bastará a la fantasía menos soñadora para poblar aquellos baluartes de fornidos ballesteros; aquel atrio románico, de hidalgos ociosos y clérigos; aquellos porches anchos y ensombrecidos, de mercaderes judíos y genoveses, de frailes mendicantes, de juglares y rapsodas callejeros y de la abigarrada muchedumbre de la gleba desprendida de todos los picachos de la sierra.

¿Por qué no sonaba allí la charla donosa y

picaresca del arcipresté de Hita y el canturreo de las rimas sencillas y vigorosas del rabino de Carrión y de Pero López de Ayala?...

Daban la nota decadente y triste, contrastando con aquel paisanaje de amplios tórax y músculos roblizos, algunos semblantes lividos, de ojos febriles, en los que asomaba sus fuegos letales la tuberculosis: Ávila está alzada a más de mil metros sobre el mar, siendo, por lo tanto, un verdadero sanatorio para la cura de aire; el que vaga por sus austeras y saludables serranías es ansiosamente respirado por la humanidad doliente que allí acude con la sangre empobrecida por el vivir ciudadano.

Extramuros (y aquí sí que encaja bien la frase) y no muy lejos de ellos, hacíanse, formando un enorme y poblado caserío, los muchos edificios que componen el convento de Santo Tomás, asilo del temido tribunal de la Inquisición y Universidad de Ávila antaño. Es fábrica ingente y hermosa, edificada según los cánones de la decadencia ojival, y costeada, a fines del siglo xv, con bienes confiscados a herejes y judíos. Si su manera arquitectónica no nos hablara clarísimamente de la data de su construcción, nos la dirían esos haces de saetas y

esos yugos tallados a gran altura en los robustos contrafuertes que flanquean la fachada principal, y el águila unicéfala tenante del blasón de los Reyes Católicos, que campea en el centro del frontón.

Entramos en el templo, un templo frío y despejado, de una sola nave, cobijada bajo cinco bóvedas estrelladas que alumbran altas ventanas semicirculares; es grande y rico, como todos los edificadas por la Orden de Dominicos en sus tiempos esplendorosos; la sobriedad de la ornamentación agiganta el recinto de la nave, en cuyo centro tiéndese un magnífico mausoleo de alabastro; alumbrado por la luz bulliosa de un mediodía clarísimo que bajaba de las altas ventanas, más parecía de nieve que de alabastro, según era de inmaculada y diáfana su blancura.

En su complicadísima labor esbózanse todas las gallardías y galanuras del renacimiento italiano arrancadas a las canteras del mármol por el cincel florentino de aquel micer Domenico Alejandro Fancelli que nos dejó las admirables efigies de Cisneros, en la Universidad de Alcalá, y de los Reyes Católicos, en la Real Capilla de Granada. Esta que aquí duerme es la

de un mancebo de amable fisonomía, engalanado con diadema y otros atributos pregoneros de la realeza de su sangre, y muerto en los albores de la juventud. Es aquel príncipe don Juan que hubiera sido el tercer monarca de su nombre y el más poderoso de su tiempo. En este monumento yacen las esperanzas malogradas de Castilla; aquí dió fin la dinastía genuinamente española; aquí se agostaron los brotes viriles del árbol de la genealogía castellano aragonesa.

Y aquí dió fin también el breve poema de unos amores desflorados apenas florecidos: los del joven Príncipe con Margarita de Austria, amores que mustió la muerte sin dejar fruto de ellos; la esterilidad de aquel idilio fué el primer peldaño en que se apoyó la inconmensurable fortuna de Carlos de Gante.

Ante este sepulcro alabastrino, que costó la joven viuda, lloró España entera con tan sinceras lágrimas y tan hondo sentimiento, como, según testimonio de los cronistas de la época, no se recordaba en la muerte de ningún príncipe; tal era la idolatría de los españoles por el hijo de la Reina Católica y las esperanzas que a sus altas dotes tenían confiadas.

No lejos de este mausoleo labraron otro, menos suntuoso y en menores proporciones, acaso las propias manos que el del Príncipe o acaso otras amaestradas en la misma escuela; el caballero y la dama que yacen encima de la tumba son, según dice el epitafio: «*Los señores Juan Dávila y doña Juana Velázquez de la Torre, su mujer, amos del muy alto y muy poderoso príncipe don Juan*».

No perdone quien visite este convento la contemplación de los hermosos patios llamados de los Reyes y del Silencio, ni aquella originalísima galería descubierta con vista amplia y amena sobre huertas y arboledas, ni, sobre todo, las admirables tallas de la sillería del coro, encabezadas por dos sitiales destinados a los monarcas, entre cuyas sutilísimas labores resaltan los emblemas de Isabel y Fernando.

Pródigo protector de este convento y alma de su engrandecimiento fué aquel Fray Tomás de Torquemada, primer inquisidor general de España, cuya memoria, ennegrecida vulgarmente con las tintas más sombrías, ha sido tan traída y llevada en lenguas y en páginas. Tiempo hacía que buscábamos su sepultura, que sabíamos tuvo lugar en el convento, cuando vi-

sitando la vasta sacristía, visto que por nosotros mismos no hallábamos la tumba del famoso inquisidor, preguntamos por ella al lego que nos acompañaba: «Están ustedes pisándola», nos dijo, y nosotros, instintivamente y a saltos, echámonos fuera de ella. ¿Fué respeto o temor? En nieblas tan terrificas han envuelto los tiempos el nombre de Torquemada, que así como el Cid ganaba batallas después de muerto, temimos acaso que el fraile inquisidor quemara gente después de enterrado.

Una gran losa de pizarra, muda de epitafio, guarda sus cenizas: el enterrarle tan humilde y anónimamente ¿fué austeridad cristiana del difunto o amparo de profanaciones y temor de venganzas retrospectivas? A Torquemada, hombre duro, juez inexorable y creyente convencido de la necesidad de sus rigores, no es de creer le preocuparan las venganzas que en sus huesos pudieran tomar los deudos y secuaces de los herejes que sintieron el peso de su mano. Estas consideraciones que allí nos hacíamos vinieron a tierra al enterarnos más tarde de que aquella lápida no fué siempre muda, sino que tuvo epitafio, el cual fué borrado

al ser profanada la tumba del inquisidor en épocas revolucionarias.

Después de haber visitado los claustros, el noviciado, la sala donde se estableció el tribunal de la Inquisición y la antigua Universidad de Ávila, todo muy a la ligera, (pues este edificio de puro grande resulta monótono, y, fuera de la iglesia y de los patios, más es notable por sus recuerdos que por labores artísticas), salimos nuevamente al campo. Y puestos a vagar extramuros, seguimos a la vista de ellos rumbo al Norte contemplando a la luz del sol la romancesca perspectiva de la arcaica ciudad que tanto nos había enamorado al divisarla desde el tren bañada por el manso claror de la luna.

Senderos sinuosos y poco hollados seguidos al azar nos encaminaron al convento de la Encarnación, humilde fábrica, llena de recuerdos de Santa Teresa, alzado sobre una amansada loma en un terreno que parece despedazado por sacudidas sísmicas, según está cernido de enormes lastrones graníticos, ya hincados en el terreno como hitos de un acotamiento gigantesco, ya cabalgando unos sobre otros tomando una espantable iconografía de monstruos antidiluvianos fosilizados.

Escudado por esas tapias, cuya entrada nos veda la clausura, está aquel lugar deleitoso tantas veces nombrado con mística nostalgia en los escritos de Teresa de Jesús, lugar de deliquios apasionados, de dulces arrobamientos y de visiones celestiales: en él se verificó la transverberación, y de él salió la santa a los treinta años de haber tomado el hábito, poco menos que expulsada, decidida a emprender la reforma carmelitana

Al cerrar la noche, emprendimos la ronda de los palacios derruídos. Echámonos a vagar por aquel cementerio de abolengos, por aquel *spoliarium* de linajes fenecidos y olvidados, por aquella puebla ruinosa de hidalgos palaciotos destejados. Tal vez de las desgarraduras de un hastial brotaba el áspero gemir de los pajarracos desvelados como voz doliente del muro mutilado; tal vez el desvidriado bastidor de una fenestra blasonada sacudido por el viento alzaba un plañir de bisagras herrumbosas que era acaso la protesta altanera del palacio centenario, rebelde a hundirse en los abismos anónimos de las ruinas; tal vez un

enorme madero encorvado y ennegrecido por la edad, asomado a los altos de una cornisa a manera de gárgola, bamboleábase gimiendo también; todo gemía en la puebla desolada, el viento convertía en un mar de lamentaciones los confusos rumores de toda aquella altanería derrumbada, y cuando cesaban sus resuellos en las gargantas abiertas al paso destructor de las celliscas, y la noche evocaba y requería el silencio de las hondas soledades, parecían sentirse calladas y anhelosas las pulsaciones seniles de aquel hacinamiento de moradas insignes que agonizan en el desamparo.



LA CIUDAD DE JUAN BRAVO

SERPEANDO el tren por las inmensas sinuosidades pedregosas de la vertiente norte-
ra del Guadarrama, antes de coronar aquella fría dentellada titánica que forma el puerto para bajar, medio despeñado, por los derroteros de la Nueva Castilla, va descubriendo unas lontananzas hondísimas cerradas al Sur por las calcáreas cresterías de la sierra, y al Norte por el cortinaje intangible de la distancia en las llanas lejanías.

Agachándose para soterrarse en las trincheras, y alzándose en los terraplenes para atalayar su derrota, va sorteando trabajosamente los gigantescos relieves de aquel terreno empedernido. Ya quedaron atrás aquellos inmensos tapices de pinares que cubren las navas

arenosas y entrevelan con los valladares negruzcos de sus frondas perennes la vista de los muros de la famosa Olmedo y el encantador castillo de la milenaria Cauca. Y van mostrando las agrisadas lejanías, las tierras, eriales y yertas, donde arbola su ingente arquitectura aquel desamparado real palaciotte de Riofrío.

De gran distancia viene guiándose el tren por una torre esbelta que en la altura de un cerro aterciopelado por la vegetación derramada por sus laderas parece llamarle para que se acoja a sus linderos y no se descamine en aquellas quebradas. Y el tren, dócil al llamamiento, va buscando el camino más andadero para ganarlos, y a cabo de no pocas vueltas y fatigas, llevonos a rendir la jornada en un arrabal apartado de la ciudad de Segovia.

Hemos llegado en nuestro peregrinar por la España vieja, monumental e histórica, a los umbrales de un claro solar castellano, y hemos saludado con callado fervor las altas diademas de la insigne Segovia.

Enamorado de la España vieja, llevo a estas vetustas ciudades, que duermen en el polvo del olvido, agobiadas bajo el peso de sus blasones, a libar el aticismo de sus arcaicas galanuras ar-

tísticas, a sentir la poética oleada que emerge de las grandezas caídas, y a leer en sus páginas de piedra denegrida las viejas enseñanzas de la historia.

Segovia, hoy despoblada, fué una ciudad prócer, industriosa y rica; aún nos lo dice aquel ingente perímetro de revueltas calles enhebradas unas al cabo de otras y todas largas, que siguió nuestro coche desde el arrabal a la plaza en que encontramos hospedaje. Las calles son largas, pero avaras de edificios, los cuales asiéntase en ellas holgadísimamente: o no se escatimó terreno al edificarlos o la ruina abrió claros en ellas.

A Segovia viénela ancho el ropaje de su caserío, y es natural teniendo en cuenta que en tiempos de Felipe III, ya iniciada su decadencia, aún tenía más de treinta mil obreros ocupados en la industria de cardar lanas. Todo aquel florecimiento industrial se hundió sin dejar vestigios; ejemplo y aviso a las ciudades modernamente ensalzadas por los vaivenes de la fortuna, que miran con desprecio, en vez de con veneración, a estas otras moribundas que fueron tanto como ellas en tiempos más difíciles, y que emplearon sus provechos positivos

en obras de inmortal grandeza artística, perdurable blasón de pasados esplendores.

Después de almorzar en una fonda *ocupada militarmente*, pues, fuera de nosotros, todos sus moradores eran alumnos de artillería o aspirantes a serlo, y donde sólo se hablaba de exámenes por tener lugar a la sazón los de la Academia, salimos a callejear por la ciudad de Juan Bravo con la mente llena de recuerdos, alimentados y fortalecidos desde Ávila, de aquella breve epopeya de las Comunidades de Castilla.

Ábrese el portal de la fonda en los porches de una plaza grande, desornada y sin terminar, y frente por frente, dionos en los ojos, según desembocamos en ella, la masa ingente de la segunda creación magnífica del genial maestro trasmerano Juan Gil de Hontañón, continuada por su hijo Rodrigo. Ambos al concebirla y ejecutarla, mantuviéronse firmes en las maneras ojivales en tiempos en que ya eran tratadas de bárbaras por los enamorados del clasicismo renaciente; dándose el caso rarísimo de que al llegar Rodrigo a encargarse de aquel legado artístico de su padre, olvidose de las lecciones de su maestro Herrera, con el cual había trabajado en el Escorial, para seguir fiel y respetuosa-

mente la obra con arreglo a las líneas que le dictaba la fuerza de la sangre.

La obra, en su larga gestación, a pesar del riesgo que la traía tanta mudanza de directores, atravesó todo el período pseudo-clásico sin contaminarse de sus arideces, fiel, en sus líneas generales, a un estilo que pasaba ya por muerto, y sólo en las portadas y en la cúpula alcanzaronla las salpicaduras del gusto ambiente. No fué menuda la que le alcanzó en el cerramiento del crucero, obra emprendida en los últimos años del rey Felipe III, cuando muertos ya los Gil de Hontañón y toda aquella clarísima pléyade de artífices que alcanzaron las postreras gallardías del arte ojival y españolizaron el Renacimiento, ya no se encontró quien coronara aquella obra rematándola con arreglo a sus líneas matrices. Echose mano, para salir del paso, del vizcaíno Mugaguren que, la cerró, según el uso de la época, con una media naranja greco-romana.

¡Ay, Juan de Vallejo, poeta del buril, engendrador del asombroso cimborrio de la catedral burgalesa; con qué espléndida corona hubieras terminado la obra de los Gil de Hontañón!

Contemplando el ábside complicado y ga-

llardísimo, con que consumó Rodrigo Gil el alzado de la obra de su padre, llevamos empantados en la plaza gran pieza de tiempo, echando de menos, en la hermosa y riente obra de los artífices montañeses, aquella grandiosidad de ornamentación profusa y galana, aquel alarde de iconografía ornamental con que cubrieron las portadas de la catedral salmantina, y que traíamos recientes grabados en la memoria.

Alzose este templo en sustitución de la vieja basílica bizantina que arruinaron los comuneros utilizándola militarmente para expugnar el alcázar, a la vera del cual se asentaba, cuando éste se mantenía adicto al cardenal flamenco, gobernando su guarnición Diego de Cabrera. Imposible es hablar de Segovia sin evocar la guerra de las Comunidades; es acaso la ciudad comunera que con más tesón y encarnizamiento se batió en aquella desdichada epopeya en que fueron tajados a cercén los fueros castellanos conquistados por los municipios a costa de ríos de sangre y de siglos de sufrimiento. Si hubiera habido todavía en la península murallas moras que asaltar nadie hubiese osado poner la mano sobre las franquicias de las municipalidades.

Ambulando al azar por las angosturas de aquellas calles, mudos testigos de la lid sangrienta y del encarnizamiento fratricida de las pasiones desbordadas al amparo de una noble idea, hemos parado frente a la casa del caudillo segoviano Juan Bravo, y hemos repetido, con religioso respeto, el lacónico elogio que ante su cadáver hizo su compañero de infortunio Juan de Padilla en el cadalso: «¡Ahí estáis vos, buen caballero!»...

El recuerdo del buen caballero, *bravo de alma y de apellido*, que se encaró con quien pregonaba su muerte por traidor diciéndole que mentían él y *quien se lo mandó decir*, resplandecía en nuestra charla orlado con la deslumbradora aureola de su heroísmo espartano. Y comparando a este defensor de las viejas libertades castellanas con otro tenido por defensor de las modernas del siglo XIX, endiosado por el vulgo, que le glorificó al són de un himno, ¡qué gigantesco relieve tomaba la figura del vencido en Villalar, muriendo a sangre fría por los ideales de su pueblo, desmintiendo al pregón que le llamaba traidor, sin solicitar la gracia de la vida de aquellos a quienes combatió por el hierro y por el fuego, conforme con su morir gallardo,

pero no con que le llamaran traidor! ¡Y cómo se empequeñecía junto a ella la de aquel otro caudillo de la libertad que murió besando los pies del mismo a quien llamó tirano, desfallecido y lloroso, retractándose de sus ideales políticos! Digna víctima de tal tirano, como digno fué Juan Bravo de batirse con las huestes de Carlos V.

Los ecos militares de unos clarines, alegrando la muerta soledad de las calles, y un retumbar lejano de fuegos de artillería, avivaban los recuerdos históricos que traíamos en lenguas. Los alumnos artilleros se adiestraban en prácticas de tiro, y la voz de los cañones, al romper el silencio de las calles despobladas, despertaban los ecos heroicos de la ciudad comu-nera. Remembraba la tenacidad y el rigor del alcalde Ronquillo al asediarla erizando de horcas las cercanías de su campamento, nuncio temeroso de sangrientas venganzas a los que acudían con víveres a sostener a la ciudad hambrienta; lembraba la suerte de la ciudad de los mercaderes, la infortunada Medina, destruída por el implacable Ronquillo por negarse a entregar la artillería con que se trataba de cañonear a Segovia, y lembraba aquella con-

movedora epístola que los segovianos agradecidos dirigieron a los medinenses diciéndoles, a vuelta de otras cosas: «No peleasteis como mercaderes, sino como capitanes; no como desapercebidos, sino como desafiados; no como hombres flacos, sino como leones fuertes. Y, pues sois cuerdos, dad gracias a Dios de la quema, pues fué ocasión de alcanzar tanta victoria... Todos nosotros, por cada uno de vosotros, juramos, a ley de cristianos, perder las haciendas e aventurar las vidas; y lo que menos es que todos los vecinos de Medina libremente se aprovechen de los pinares de Segovia, porque no puede ser cosa más justa que, pues Medina fué ocasión que no se destruyese con la artillería Segovia, que Segovia dé sus pinares con que se repare Medina.»

No podréis huir de estas remembranzas épicas quienes visitéis la Segovia monumental con la atención que se merece.

En la urdimbre de sus calles arcaicas hemos leído un azulejo que apellida a una de ellas *calle de la Muerte y la Vida*. Un viejo paisano, enjuto y negro, vestido con los arreos pintorescos de la tierra y con trazas de labrador acomodado, que cruzaba la calle, se ha puesto a

mi vera, y sin yo interrogarle, ni aun con los ojos siquiera, nos ha desentrañado la leyenda del azulejo. En medio de aquella calle angosta y tortuosa, y a la sazón solitaria, hemos hecho corro en derredor del viejo paisano que comenzó su relación erudita después de ofrecer tabaco a todo el auditorio. ¡Cuánto siente el cronista verse imposibilitado, por flaquezas de la memoria, de estereotipar aquí su charla encantadora, con su sintaxis pintoresca y su léxico castizo y rotundo! La sustancia del caso es la siguiente: al estallar la indignación popular contra la política flamenca, cometiéronse los eternos desmanes sangrientos irremediables en todo alzamiento sedicioso. Sospechase que un vecino, apellidado Riofrío, socorría a los sitiados en el alcázar con municiones de boca, echole mano la furia popular y arrastrole hasta esta calle, donde le tuvo largo rato *entre la muerte y la vida*, dudando si encaramarle en la horca y darle garrote o encerrarle en un calabozo. Al rumor del tumulto asomose a un ventanillo, que el paisano nos señalaba, una vieja *más fea que el diantre, desgredñada, desdentada y sucia, en fin, una bruja asquerosa*, la cual, *echando rabia por ojos y boca*, quiso decidir san-

grientemente el juicio de la plebe y arrojó a la calle una sogá, diciendo: *ahorcad a ese traidor*. Pero la humanidad se impuso sobre los deseos de aquella furia, *que debía ser suegra de Pedro Botero*, y a Riofrío le hicieron gracia de la vida, aunque a costa de la libertad, que es más vida que la vida.

Cuentan el caso todos los historiadores de la guerra de las Comunidades y de Segovia; pero ninguno tan amena y pintorescamente como el viejo segoviano, nieto sin duda de algún comunero: eran de oír sus párrafos redondos y enérgicos, entreverados con estampidos de interjecciones.

Animado por la atención conque le oíamos, nos contó también, y en el mismo estilo, el triste fin del procurador Tordesillas. Mozo, valiente y enamorado, volvía de las Cortes de la Coruña, en las que había representado a Segovia y otorgado al Emperador aquel impopular subsidio, motivo capital del alzamiento. Volvía a reunirse con su mujer con el ansia amorosa del recién casado separado de ella, a raíz del desposorio, por obligaciones cívicas. Aguardábanle en la ruta buenos amigos anunciándole el alzamiento de la ciudad y el riesgo

de su vida, pero en vano intentaron detenerle: el amor a su mujer pudo más que el amor a su vida, y, jugándose, llegó a su hogar y pernoctó en él. Un alma buena anuncie a deshora desde la calle el peligro en que estaba, y un clérigo amigo madrugó con el alba a aconsejarle la fuga. Ruegos y amenazas quebráronse estérilmente contra la entereza del valiente Tordesillas, que se creía en la obligación ineludible de dar al pueblo cuenta de su gestión en las Cortes y justificar su conducta. Al siguiente día vistiose sus mejores galas, y montado en una mula atravesó temerariamente el trayecto de su casa al Ayuntamiento. Corriose la voz en el pueblo y asedió el edificio hostilmente, dando gritos de venganza. Cerraron la puerta amedrentados los porteros, pero el procurador ordenó abrirla y presentose bajo su dintel, inermes y serenos, envuelto entre las oleadas del airado clamoreo de la plebe.

Arrostrando virilmente la tremenda responsabilidad de su conducta, quiso hablar para justificarse, mostrando los textos que le apoyaban; pero una borrasca de indignada vocinglería ahogó sus valientes voces y un piélagos erizado de puños frenéticos hizo presa en su cuer-

po temerario. Golpearonle con las espadas hasta dar con él en tierra, unos pelaires desalmados le echaron una sogá al cuello y arrastrado fué por aquella calle, para él de la amargura, que conducía al cadalso.

En vano intentó calmar la saña de las turbas, mostrando el Santísimo Sacramento, el Guardián franciscano, hermano del sentenciado, seguido de la comunidad; sólo consiguieron una breve tregua al furor popular para confesar a la víctima, que fué arrastrada al garrote, donde la suspendieron ya más muerta que viva.

Y allí quedaron largo tiempo sus restos insepultos, pregón sangriento de las iras populares.

«Era todo un hombre el procurador Torde-sillas», dijo el segoviano, al terminar su trágica relación, encendiendo el cigarro, que en el discurso de ella se le había apagado media docena de veces, y añadió: «Como hombre de redaños merecía mejor fin; los segovianos no le hubieran condenado sin oírle: los que le arrastraron no eran hijos de Segovia, era gentuza forastera empleada en cardar lanas».

Y esto diciendo, estrechó las manos de todos, y ofreciéndonos sus servicios, casa y huerto

extramuros, con gran cortesanía, despidiose y se alejó apoyándose mucho en la cachava.

Seguimos nosotros callejeando y una calzada en declive nos puso delante las ciclopeas arcaturas del famosísimo acueducto, salvando con atrancos gigantescos aquella honda barranca que deslinda las dos lomas segovianas. Al pie de ellas tiene campo la plazoleta del Azoguejo, famosa en los anales de la picaresca española, refugio y campamento de rufos, jaques y hampones, y digna rival del Potro de Córdoba, de las Ventillas de Toledo, de las almadras de Zahara y demás academias de picaros.

Cuando, de orden de Isabel *la Católica*, acometió la restauración de la colosal obra romana el humilde lego Escobedo, al amparo de los enormes arcos albergábase en mezquinos casucos el comercio menudo y hacían sus madrigueras los hampones del Azoguejo, bien olvidados sin duda del destino que aquella gran puente sin río recibiera del gran Trajano *ante quien muda se postró la tierra*. De aquí salió aquel maestro de truhanerías don Pablos *el buscón*, donosísima creación quevedesca, que sufrió los apremios del hambre bajo la férula del licenciado Cabra y se expatrió avergonzado

del desastroso fin de su progenitor, aquel *tundidor de mejillas y sastre de barbas* que acabó sus días en *la viuda*.

Ya perdió el Azoguejo su animación picaresca, su bullicio y su público hampón y pintoresco, y ha pasado a ser una plazoleta desierta y muda en una ciudad despoblada. Unas reatas de mulos cargados de paja dormitaban cabizbajos en sus flancos y los arrieros sentados en los sacos descargados fumaban silenciosamente; en sus rostros noblotes, sanos y poco locuaces no se adivinaban indicios de parentesco, ni rasgos atávicos, de los colegas de don Pablos ni de los catecúmenos del clásico Azoguejo...

Segovia es un museo de arquitectura románica: en ninguna otra población española he visto tanta abundancia de piadosas floraciones de este arte monacal, severo y legendario, que tan bien encaja en las ciudades silenciosas y vetustas, en esas ciudades en que parece percibirse el estancamiento centenario de un vaho medioeval. En nuestro ambular callejero por los arrabales y dentro de murallas, fuimos descubriendo en plazuelas y encrucijadas, entre la barahunda incolora del deforme caserío, gallar-

dísimas muestras de esa manera arquitectónica que tan pródiga y firmemente arraigó en Castilla la Vieja.

Ya era el doble o triple tambor de un ábside orlado de canecillos y ajedrezados, ya una torre ceñuda y fuerte con hileras de ventanas semicirculares, ya un hastial de hondo abocinamiento, ya un atrio tendido y largo, abierto a la luz con arcaturas de fuste corto y grandes capiteles historiados. San Esteban, San Martín, San Juan de los Caballeros, La Trinidad, San Andrés, San Nicolás, San Facundo, San Sebastián, San Marcos, San Lorenzo, Santa Olalla y otras, son romancescas concepciones de aquel arte que importaron en Castilla los benedictos de Cluny; y aunque acaso en ninguna de ellas brilla en toda su integridad, y han ido cubriendo las lacras de la edad con bastardos aditamentos, hay entreverados en todas, ya un ábside, ya una torre, ya un hastial, ya un atrio, oficiando de claro padrón de su vetustez, y de prueba, a los ojos menos linceos en estos achaques, por donde filiar y depurar el estilo nativo. Descuella sobre todas San Esteban, huérfana ya de su torre, a la que aún vimos enhiesta, pero apoyando la carga de su decrepitud en

moderno andamiaje, como un anciano de arruinada fortaleza apoya su alto y desmayado talle en las muletas; andamiaje y torre cayeron poco ha por tierra súbitamente y rodaron descabalados los restos de aquella *reina de las torres bizantinas en España*, como la llamó Cuadrado. Su pórtico, gemelo del de San Martín, la iglesia de los Bravos, y del de San Juan de los Caballeros, más que pórtico parece dos sueltas galerías de un claustro románico desdoblado ciñendo a la iglesia por dos de sus hastiales.

Iba ya de vencida el sol cuando desembocamos en la explanada del alcázar; la mengua de la luz sirvieron para evitar a los ojos el colorido fresco y flamante de la restauración reciente, y fingir la pátina de los siglos velada en la penumbra de la tarde.

El histórico edificio alzaba su ensoñadora y gallardísima planta entre las lumbraradas bermejas del atardecer. La ingente torre de Juan II, testigo de las malandanzas del condestable don Álvaro de Luna, teñía su corona de torreones en el matiz purpurino del ambiente, mientras los bajos matacanes y los muros recios hincados en los fosos eran ya tiznados por las negruras nocharniegas.

El Eresma y el Clamores que arrastraban sus menguados cauces lamiendo los fosos del alcázar, alzaban un cejo denso que ayudaba con sus cortinas agrisadas la labor de la noche.

No fueron estos viejos bardos incansables, de canción monorríma y soñolienta, los únicos que aliviaron con sus voces las horas tediosas del alcázar, que en tiempos de su magnificencia y real favoritismo, bajo los últimos Trastamaras, sonó bajo sus alfajías y artesones el zumbido dulzón de las fablas y serranillas de Juan de Mena, del marqués de Santillana, de Álvaro de Luna y de toda aquella pléyade de trovadores cortesanos que sahumaban con el incienso erótico de sus canciones la vida muelle del rey poeta don Juan II.

¡Cómo no habías de ser tu albergue de poetas si sólo ante tu vista, en esa luz callada y muerta que te envuelve, anegas al alma menos soñadora en raudales de poesía bárdica y caballeresca, la heroica poesía castellana de los cantares de gesta!

Entrevelando la silueta encrestada de la gran fortaleza, la niebla que subía y la noche que bajaba, dábanle proporciones gigantescas y catadura formidable y amenazadora. Castillo y pa-

lacio de los tiempos de hierro de la andante caballería, no le soñó más gallardo el lápiz de Gustavo Doré al trazar las fantásticas ilustraciones del Orlando Furioso...

Cuando, rendidos los pies de tan largo callejeo y la mente de aquella borrachera de memorias históricas, volvíamos al hospedaje, sentimos en las honduras del arrabal del Azoguejo el rasgueo de unos clarines militares. Atraídos por sus voces, los atisbamos desde la cúspide de una calle jibosa que se despeña buscando aquellas honduras, y vimos desfilan la academia de artillería, que tomaba la vuelta a la ciudad después de practicar ejercicios. Blancos los roses enfundados, blancos los uniformes teñidos del polvo de la jornada, calcinados y contraídos por el sol y la fatiga los rostros juveniles, unos cabalgando sobre los tiros de las piezas rodadas, otros conduciendo del diestro los angulosos mulos de montaña, desfilaban ordenada y estruendosamente al són intermitente de los clarines. Y los ecos de sus clamores, despedazados entre las berroqueñas arcadas del acueducto, parecían añorar aquel viejo pregón del poder quiritarario, las grandezas militares del pueblo rey y los himnos triunfales

capitolinos. La tropa fué entrando despaciosamente, como un enorme reptil en su madriguera, por la boca angosta de una calle ensombrecida. Era una ráfaga de alegría juvenil que pasaba, despertando con el estruendoso rastreo de armas mortíferas la enervadora soñolencia de aquellas calles vetustas.

XIII

CAPUT CASTELLÆ

EN LA METROPOLITANA

EN la alta noche rindió su carrera el *rápido* de Francia en la ciudad de Burgos. Como enorme resuello de sus fauces fatigadas, lanzó la máquina al detenerse una humareda atronadora que, rebotada en las altas cristalerías, cerniose gacha ensombreciendo los andenes. Por ellos vagaban errantes las luces de los farolillos de los empleados y un remusguillo sutil y despiadado, compañero inseparable de la noche en las mesetas burgalesas, aun a despecho del verano.

El ¡plim! ¡plam! del martilleo de los mozos en las cabezas de los ejes, vibrante y agudo a lo lejos, grave y claro al acercarse, llegaba a nuestro vagón cuando abandonamos su recinto tibio

y soñoliento. Caían los escasos viajeros a los andenes entontecidos por la interrupción del sueño, y sus movimientos tardos y perezosos contrastaban con el ajeteo vivo de los empleados que azotaban con pasos acelerados la frialdad del pavimento, y cerraban estruendosamente las portezuelas en toda la largura del convoy. Hacia la cola de éste oíanse los crugidos lastimeros de los equipajes que caían a tierra pesadamente, lanzados, sin piedad ni miramiento, de las entrañas de los furgones.

Un cochero que parecía un guerrillero de Juan Martín, alto, membrudo, muy calado de gorra y embozado de manta, enjibando la cual avanzaba la fusta como un trabuco encubierto, nos ofreció sus servicios: aceptámoslos, dimos el santo y seña del hotel y entramos entre sombras a sorprender el sueño de la ciudad del Cid.

Envueltos en los rociones de un cejo denso y opalino, vadeamos el Arlanzón, buscando inútilmente nuestros ojos, entre las negruras de una noche ciega, las altas cresterías ojivales que empenachan la puebla insigne. Horadamos el arco de Santa María, dejando de flanco el famoso Espolón: las luces escasas y dispersas que le hacían la centinela, nimbadas por la ne-

blina, vertían un fulgor difuso y débil sobre los árboles atarecidos y sobre el pedernal lustrado de los bancos desiertos. Ensabanado en las bocanadas lechosas del aliento del río, dormía, aprovechando el silencio de la noche, libre de canciones y gorjeos infantiles y de tercerías en los discreteos amorosos de soldados y sirvientas. El coche se encallejonó pueblo adentro: en la soledad de una plaza deforme helaba sus reales y bien medradas narices el señor don Carlos III, soñando acaso desde la frialdad de su pedestal con los aires napolitanos, ardientes y halagadores.

Llegamos al hotel, y alojados convenientemente, desde la atalaya de un balcón altísimo, tendimos los ojos a ciegas sobre la ciudad ensombrecida, saludándola en estos o parecidos términos: «Salve *Caput Castellæ*, salve noble Burgos, archivo de crónicas, venero de tradiciones, tesoro de inspiración, como te llamó el último bardo de Castilla; robando estoy tus hermosuras a las sombras de la noche, y las llevo tan claras flotando ante mis ojos como oiladas por los destellos de la lumbre meridiana; salve, viejo filón de leyendas, primoroso relicario de la España heroica, ciudad romancera

deleite del ánimo, ciudad afliggranada encanto de los ojos».

La noche avanzaba; sentíamos las pulsaciones de la ciudad dormida, un reloj de voz grave y monacal dobló tres veces, a tientas sobre el agazapado caserío volaban sus vibraciones, rompiendo las láminas del aire húmedo y frío, y yendo a confundirse en la lejanía con la eterna canción monorríma con que los ríos arrullan el sueño de las ciudades. Unos hombres arropados pasaron mudos, carraspeando mucho, taladrando la lobreguez de la calle con la lumbre de los cigarros: un gallo lanzó su valiente pregón, asordado en la cerrazón de sus prisiones, y la mansa esquila de un convento aleteaba monótona y persistente, vocera de maitines.

Las primeras luces del alborecer parecen brotar de la tierra; a flor de ella, en oriente, un vago albor rosado va calladamente describiendo las cortinas de la noche y destacando, hiriéndole de espaldas, el negro y movido crestón del revuelto caserío, cuando aun en la alta bóveda oscurísima parpadean las estrellas entre los negros fantasmas nocherniegos.

Empiezan los desperezos de la ciudad; cesó

el vibrar monótono de la esquila conventual y otros bronces más enérgicos y graves empezaron a clamorear saludando a los heraldos del día por todos los arrabales, aumentando la intensidad de sus clamores a compás de la luz del alba. Ya ésta *se venía entrando a más andar, alegre y risueña*, cuando sobre el hacinamiento de tejados valetudinarios y jibosos fué desplegándose lenta toda la grandiosidad de las afili-granadas cimeras de la gran basílica.

Reía la alborada a través de los encajes ojivales siguiendo los escarceos de la piedra, desde las torres gemelas a la cúpula del Condestable, por toda aquella tendida labor delicadísima en la que parecen haber trabajado los orfebres y aurífices de manos más primorosas y de gusto más refinado.

En aquella diana con ecos de bronce con que despertaba el pueblo, no podía faltar la voz del grandioso monumento, y brotó al fin, bronca y austera como voz de los siglos, y se unió al concierto litúrgico mañanero.

Y tras el despertar de los campanarios vino el despertar de los cuarteles, y en uno, frontero a la fonda, alzaron los clarines su cadencia melancólica que hallaba cien ecos en aquella ciu-

dad tradicionalmente caballeresca. Un tropel de caballos piafantes y rijosos salieron a abrevarse, arrancando chispazos al pedernal del suelo, y revueltos entre ellos los lanceros que los conducían entonaban a media voz canciones picarescas interrumpidas por denuestos rotundos y relinchos vibradores.

Y despertó luego con sus ecos pregoneros el comercio ambulante, y el sedentario con su estruendo de puertas; y el manso tintineo de los rebaños de cabras invadió las calles, y cayeron sobre ellas los chorros de oro de la luz del sol, ahuyentando la frialdad de la alborada, y la vieja ciudad llenose de rumores con la ebullición de su sangre nueva.....

.....

Alineada a la calle de la Paloma arranca la gran escalinata que sube a la puerta del Sarmiento en el brazo de la Epístola del crucero de esa *epopeya de piedra* que llamamos la Catedral de Burgos. Bien soleadas y bien pobladas de clérigos, *touristas*, guías, vagos y mendigos estaban sus gradas en aquella mañana de Junio. Los clérigos subían presurosos, dóciles a la liturgia, sin reparar en las hermosuras del templo, hechos los ojos a ellas; los *touristas*, in-

gleses y franceses en su mayor parte, con el Baedeker en la mano, abrían medio palmo de ojos ante las gallardías del frontis del Sarmental; los guías y *cicerones* soltaban el chorro de su erudición en un francés mal nacido; los mendigos plañían sus miserias y los vagos estorbaban con su curiosidad impertinente.

La afluencia de turistas era extraordinaria; toda la peregrinación anglo-francesa, de vuelta de las fiestas de Andalucía, recalaba en Burgos, tal vez por ser camino de Francia, tal vez por seguir la rutina de los itinerarios cómodos confeccionados por agencias de viajes y compañías ferroviarias. Más afortunadas son en esto Toledo y Burgos que León, Salamanca, Ávila y Segovia, ciudades ilustres y monumentales, injustamente olvidadas por el *tourismo*, acaso por su desviación de la derrota que lleva a Andalucía desde la frontera. Ingleses y franceses venían estrafalariamente ataviados, los primeros con los harapos que se visten en cuanto pierden de vista las costas de su tierra, y los segundos en ridícula *tenue pour l'Espagne et le Maroc*. Inglés había que, a juzgar por su atavío, parecía dispuesto a explorar las regiones antárticas, y no se me olvida un francés de sa-

lacot y chaquet de rayadillo que no cogió una pulmonía en Burgos porque Dios es infinitamente misericordioso.

Pasamos la puerta del Sarmental bajo aquella primorosa y profusa iconografía de profetas, apóstoles, ángeles y bienaventurados que la pueblan asomando la serenidad de sus rostros entre las gallardías de la ornamentación ojival, y entramos en el templo. Aun a los ojos más indiferentes o rebeldes a la emoción estética producésele de asombro intensísima. A nuestros ojos es la catedral burgalesa el más hermoso de los templos españoles, y por tal la reputaron ellos, que quedaron encantados en León, asombrados en Toledo y atónitos en Sevilla. Bajo las galanuras del crucero de Burgos queda el espectador clavado en el mármol, con los ojos en alto, perdida la noción del tiempo, y debe a su autor, Juan de Vallejo, una de las emociones más halagadoramente intensas de la vida. ¡Bienhaya aquel hundimiento que dió ocasión al genial artífice para entreverar en el monumento los primores platerescos aún bastardeando los cánones ojivales!

Cuando Carlos V, en cuyo reinado se llevó a cabo la obra, la vió terminada; «Este joyel,

dijo, había de estar en caja y cubierto con funda para que, como cosa preciosa, no se viese siempre y de ordinario, sino a deseo». Y su hijo, el ascético don Felipe, cuando llegó a mirarla con los ojos llenos, y aun hartos, de la rigidez escurialense: «Esto, exclamó, más parece obra de ángeles que de hombres». Aquel gran romántico, Teófilo Gautier, que tanto fantasea a su gusto al relatar sus viajes por España, dice deslumbrado ante la magnificencia de esta obra: «La población de piedra es tan numerosa que sobrepuja seguramente a la de carne y hueso que ocupa la ciudad. Ni un tomo de descripciones, ni un álbum de dos mil láminas, ni veinte salas llenas de modelos de yeso darían completa idea de tan prodigiosa florecencia del arte gótico, más tupida y complicada que un bosque virgen del Brasil». «Después de estarlo mirando dos años, no se habría visto por completo. Es gigantesco como una pirámide y delicado como una arracada, y es imposible comprender cómo semejante filigrana se sostiene por el aire desde hace siglos. ¡Qué hombres fueron los que ejecutaron semejantes construcciones! El más violento esfuerzo humano no podrá superarlas nunca...»

Edmundo de Amicis, aquel buen italiano que, encantado de ella, viajaba por España cuando España expulsaba a un rey italiano, dice que al penetrar en la Catedral de Burgos sintió renacer su fe, porque «no es posible que aquella mole inmensa de piedra sea obra vana de la superstición de los hombres». Sintió, dice, la necesidad de reavivar en el corazón las chispas moribundas del amor divino, porque «el reconocer extranjeros frente a aquel milagro de atrevimiento, de genio y de trabajo, os humilla; el tímido *no* que suena en el fondo del alma muere como un gemido bajo el *sí* formidable que retumba sobre vuestra cabeza». Habla luego de su perplejidad ante las cuartillas, sintiendo menguar sus esfuerzos ante un empeño tan grande como es la descripción de la Catedral y cuando vencidos sus medrosos recelos atrévese con ella, aquel hombre que venía de Italia, de aquel inmenso museo de todas las artes plásticas, de aquella tierra de la maestría arquitectural, exclama ante los primores ojivales y platerescos burgaleses: «Cuando la vista sube abarcando poco a poco toda aquella harmónica belleza, se siente un placer dulcísimo, como al oír una música que va elevándose gra-

dualmente desde una expresión de recogida plegaria hasta el éxtasis de una inspiración sublime»...

Aun no estábamos repuestos del deslumbramiento con que hirió nuestros ojos tanta magnificencia, cuando acercósenos un sacristán políglota, que seguido de gran golpe de extranjeros, venía haciendo la ronda del prodigioso monumento, según el orden de los cánones sacristanescos establecidos para su visita. Invitónos en francés a agregarnos al grupo; dijímonle que apeara la lengua, pues éramos castellanos viejos y no era cosa de olvidarlo bajo las bóvedas de la Catedral de Caput Castellæ.

Al ver la gran provisión de llaves que traía para abrir lugares vedados a los que campaban solos, unímonos al grupo como representación nacional. Componíanle hasta una docena de *touristas* de ambos sexos, ingleses los más y franceses los menos; avanzaban desplegados en ala detrás del sacristán, zapateando mucho, con libros en las manos y gemelos y fotografías en bandolera, por la amplitud de la nave del Evangelio, escandalizando con sus atavíos chillones, abigarrados y hasta grotescos el místico recogimiento de sus bóvedas hechas a la

pintoresca severidad de la indumentaria castellana.

Una francesa más que cuarentona, alta, amojamada y pintada de rojo, que presumía de *mignonne* en ropa y en mohines, paseaba los gemelos por las bóvedas y no soltaba el *tres joli* de la boca, sin duda por tener algo *joli* en ella, que era enorme, de labios ajados y escasa de herramientas. *Attaché* de ella era un señorón bigotudo y congestionado, con cara de anuncio de cervezas o licores, que no daba paz al objetivo del *fotogemelo* ni a la lengua, asediando al *cicerone* a preguntas, y cortándole a cada cláusula la relación de los méritos e historia del templo.

Impacientábase el sacristán, que no se amañaba tan bien al francés del diálogo como al de la retahila aprendida de memoria y recitada cuotidianamente, y hacía comentarios en castellano, dirigiéndose a nosotros, sobre lo *posma que era aquel tío gordinflas*. «La propina será buena», le dijimos. «Sí, sí, nos contestó, propinas de extranjeros: ¡cobre y nada más que cobre!; aquí no dan propinas *decentes* más que los españoles y americanos». Tenía razón el sacristán, según pudimos apreciar al fin de su trabajo; en su mano no cayeron más monedas blan-

cas que las nuestras; es tal la idea que tienen los extranjeros de la pobreza de España, que creen que aquí con una *perra gorda* come una familia. Los ingleses que formaban en la comitiva hablaban poco y observaban mucho; y como los más no hablaban en francés ni el sacristán en inglés, allá se las entendían malamente con gestos, gritos y llamadas a las páginas de las guías que traían. Y en esta comitiva internacional, guiados por un sacristán castizo, emprendimos la ronda de la famosa basílica. El sol meridiano estampaba sobre la severidad del pavimento marmóreo la encendida policromía que robaba a los vidrios del rosetón del Sarmental. Por el resto de los ventanales la luz entraba desnuda, en toda su natural pujanza, que no sufría mermas al hendir la polvorienta diafanidad de los vidrios blancos. La tremenda trepidación de la voladura del castillo, al ser abandonado por los franceses en 1813, hizo añicos toda aquella espléndida vidriera policromada que guarnecía los amplios vanos de las fenestras; sólo quedó, como reliquia de su hermosura, aquel rosetón del Sarmental, salvado o por más distante de la explosión o por mejor asido a sus bastidores de piedra.

Llegó la ronda ante los altos relieves del traspasar; hizo alto el sacristán, agrupose en torno suyo la patrulla internacional, mirándole a la cara antes que a los relieves, interrogándole para que dijera algo sobre ellos, como si ellos por sí solos no dijeran bastante.

Son cinco: los tres centrales de más vieja factura y de mucho más valor artístico que los dos de los extremos. Obra son éstos del cincel de don Pedro Alonso de los Ríos, que los trabajaba en las postrimerías del siglo xvii, y atribúyense los centrales a Felipe de Borgoña.

Trata en ellos este maestro el camino del Calvario, la Crucifixión, el Descendimiento y la Resurrección de Cristo con tal realismo y plasticidad en las figuras, tal corrección y naturalidad en rostros, paños y actitudes, que han hecho vacilar a los críticos al afiliárselos a Felipe de Borgoña, cuyas obras se resentían aún del hieratismo ojival, pues muchos sienten en ésta el paso de manos italianas de los buenos tiempos del Renacimiento. Hay indudablemente un abismo entre la manera escultórica de estos altos relieves, y la profusa imaginería, rígida y estática, que puebla y adorna las portadas del templo.

¡Oh! ¡Qué algarabía de admiración alzaron los franceses cuando les dijo el sacristán que aquel prodigio cincelado debíase a Felipe de Borgoña! Sin duda hasta entonces no se enteraron de que aquello era muy bueno; de lo que no se enteraron ni antes, ni entonces, ni acaso después, es de que aquel Felipe, cuyo apellido despertó su admiración y su patriotismo, era tan francés como ellos turcos. Llovieron sobre los relieves miradas de cerca, miradas de lejos, a cabeza enhiesta y a cabeza entornada, a ojo limpio o haciendo catalejo del puño, y luego, descargas fotográficas; todo ello amenizado con esos altibajos de voz gutural imposibles a gargantas españolas.

Nosotros emplazamos la admiración para rendirla, muda y ferviente, cuando el templo, libre de aquella comparsa abigarrada, recobrar su calma y soledad habituales y la mansa luz de las vidrieras bajara sus reflejos irisados a acariciar aquella plástica reproducción del drama del Calvario.

Frente a frente de ella, cerrada por uno de esos prodigios que la forja del siglo xvi legó pródigamente a las viejas ciudades españolas, muestra su recinto la capilla del Condestable

de Castilla don Iñigo de Velasco. Fundola su esposa doña Mencia de Mendoza, hija del poeta Marqués de Santillana, empezándola, bajo la dirección del maestro de cantería Simón de Colonia, mientras el Condestable se batía en el rescate de Granada.

Aquella reja monumental es una espléndida promesa de mayores maravillas; firmala el famoso rejero burgalés Cristóbal de Andino, aquel a quien llama su sepulcro: «*egregius artifex et in architectura omnium sui saeculi facille princeps*». Cuando nos acercamos a ella abría sus batientes despidiendo otra ronda cosmopolita guiada por otro empleado; el nuestro atisbó con miradas de soslayo si iba más nutrida que la suya.

Es la capilla del Condestable un recinto donde el estilo ojival del siglo xv ha derramado todos los primores de su refinada ornamentación, y donde apunta ya la suya el plateresco. ¿Quién no la ha visto reproducida?...

Arqueólogos y poetas han osado describirla llevando a cabo su empeño con mayor o menor fortuna; pero las descripciones minuciosas de obras de esta índole fatigan tanto la atención como encantan los ojos las obras mismas

vistas en la realidad, y no a través de las páginas de un libro. En Orcajo, Monge, Assas, Amador de los Ríos y otros, hallaréis una labor meritoria y una envidiable erudición, pero ni un destello de las lumbraradas con que brillan las sublimes concepciones de este arte espiritual y ensoñador. Cuanto más erudito sea el arqueólogo que describe, más fatigosa suele hacer la descripción; acierta a veces mejor el poeta con una docena de palabras brillantes, o un símil afortunado, a dar de ellas una idea fidelísima a los ojos del vulgo, que el erudito con muchas páginas de farragoso tecnicismo; bien es verdad que los eruditos no suelen escribir para el vulgo, y por eso se quedan sin lectores, pues sus colegas saben tanto como ellos y no los leen.

Vertía la linterna una lluvia de reflejos áureos que chorreando por las paredes daba a la capilla una diafanidad encantadora. Sentíase allí la arrobación estética en tales límites, que el ánimo alucinado dejaba rodar el tiempo sin tomar cuenta de su medida. Parecía que las horas se dormían entrando también en aquella arrobación que invade las ánimas como invade y enloquece los cerebros el vaho férvido y ar-

diente de un lagar en ebullición; porque allí se sentía la sublime embriaguez del arte animada con ensañaciones místicas y heroicas.

Los extranjeros, con los cuellos erguidos, la vista por los aires y el oído alerta, escuchaban la relación que de los méritos del Condestable y de su fundación recitaba el sacristán en mal francés.

Pero poco a poco fueron cayendo todos en un mutismo, fiel reflejo de admiración respetuosa, y contagiados o invadidos del éxtasis ambiente, sentados en las graderías, paseaban los ojos por aquellas galanuras del cincel poniendo en ellas toda la atención que apartaban del recitado del sacristán. Enmudeció éste y dejó a su comitiva saborear calladamente las emociones íntimas; y en aquel silencio, y entre aquella luz que tenía matices de una niebla sutilísima de oro pulverizado, parecía la capilla un camarín labrado por dedos de ángeles para albergar a las almas caídas en arrobamiento de amores ultraterrenos.

Alzado sobre el pavimento, en mausoleo magnífico, dormía dulcemente la escultura del buen Condestable, representando en aquel alarde de altanería arquitectónica a la vieja Casti-

lla, grande, audaz, poderosa y mística; diríase que el viejo espíritu castellano, huyendo de la actual decadencia, dormía encerrado en aquel alabastro la noche de los siglos.

Una pintura de la Magdalena, atribuída al portentoso genio de Leonardo de Vinci, nos trajo nuevas emociones. Admiramos la maestría de las medias tintas, la hermosura del rostro y aquellas desnudeces mórbidas y aterciopeladas, inspiradas en el paganismo, que trazaron los pinceles florentinos, y pasamos, en rudo contraste, a contemplar en el retablo la espantable anatomía de un San Jerónimo de talla, una de esas figuras ascéticas en que el realismo duro de los imagineros españoles trazó en toda su horrible desnudez la realidad de la miseria humana.

Abriose de nuevo la verja de Cristóbal de Andino y salimos al recinto espacioso de la nave del Evangelio. El sacristán estudiaba con íntimo deleite y con orgullo de castellano el efecto que hacía en su cortejo la grandiosidad de aquella maravilla de los tiempos medios. El francés gordo lamentábase de haber agotado las municiones del *fotogemelo*, y su acompañante, la dama del *trés joli*, había enmudecido: sin duda le

parecía ya pálido el calificativo ante las hermosuras que la cercaban. Los ingleses, que no atendían, o por no importarles o por no entenderlas, a las explicaciones del guía, venían zagueros, devorando mansa, pero pertinazmente, cuanto alcanzaban con los ojos y palpando cuanto con las manos alcanzaban. La comitiva se iba desmembrando; rezagábanse unos pasmados nuevamente bajo la grandiosidad del crucero, otros ante las gallardías platerescas de la gran escalinata de Diego de Siloé y otros ante aquel joyel del arte ojival que para sepulcro propio mandó labrar el arcediano Villegas, no por vanidad, sino porque una obra mezquina desentonaría en aquel lugar de la grandiosidad del templo.

En vano el guía convocaba a voces a sus *prosélitos* ante las verjas de nuevas capillas y hacía chirriar sus cerraduras; el cortejo ronceaba, no queriendo apartar la mirada de una hermosura para posarla en otra, como pidiendo treguas para digerir aquel atracón de primores artísticos que, sucedidos con la rapidez de una cinta cinematográfica, enloquecían los ojos. Es muy poco tiempo una mañana, aunque se madrugue, para agotar el caudal artístico de la metropolitana de Burgos.

En continuo abrir y cerrar de cerrojos, dóciles al enorme llavero que colgaba del brazo nuestro guía, fuimos visitando nuevas capillas, todas bien abastecidas de galas arqueológicas y muchas ornadas con enterramientos notables de magnates, obispos, canónigos y caballeros. En la de la Visitación está emplazado el del obispo converso don Alonso de Cartagena; una pieza alabastrina, labrada riquísimamente según el gusto ojival; el sol que entraba por la linterna teñía el alabastro de matices argentados y desleía el frío vaho sepulcral que flotaba en aquel apartado recinto.

Cuando entramos en la de Santa Ana a contemplar su original y famosísimo retablo, venía muy mermado el pelotón por la deserción de rezagados que, aprovechando la salida de los capitulares, andaban embobados contemplando aquel pueblo inmenso que talló en las sillerías del coro Felipe de Borgoña, según la manera del Renacimiento. El sacristán les llamaba diciéndoles que todo se vería, pero siguiendo el orden establecido; algunos que lo entendieron se agregaron, con gran complacencia de aquél que veía ya escapársele de entre las manos el premio de sus servicios, por menguado que fuese.

La monumental capilla de Santa Tecla pudiera campar a sus solas como iglesia, y no de las pequeñas, con lo cual ganarían ella no poco y la metropolitana mucho, pues se vería libre de aquel enorme aditamento barroco que escandaliza con sus delirios churriguerescos el exquisito buen gusto que esplende en toda la basílica. Contrastando con el flamante colorido de sus labores del siglo XVIII, encerrada entre rejas, guarda esta capilla una pila bautismal consumida por el paso de las centurias. De la XIII data, y en ella recibió las aguas del Jordán aquel famosísimo rey don Pedro de Castilla.

La pieza, que es de gran valor arqueológico, le tiene aun mayor histórico a los ojos del pueblo, que sabe que en ella recibió el bautismo un hombre destinado a rompérsele a tanta gente, y que después del Cid es el héroe más popular de la historia de Castilla. El vulgo todo lo perdona donde ve arrestos gallardos, y siente cierta callada admiración hasta por los crímenes de este rey popularísimo. Por eso el romancero, que es la voz del pueblo poetizada, si bien dice hablando del drama de Montiel:

riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron

que fuera Caín el vivo
a no haberlo sido el muerto,

dice también más adelante:

Valiente llaman a Enrique
y a Pedro tirano ciego
porque amistad y justicia
siempre mueren con el muerto...

Unos dicen que fué justo,
otros dicen que mal hecho,
que un rey no es cruel si nace
en tiempo que importa serlo...

Pasó luego la comitiva a la capilla del Cristo de Burgos. La imagen de Cristo, encontrada flotando en el mar por un mercader burgalés, es de un realismo emocionante; las barbas y cabellos parecen nacidos, dice Orcajo, y la piel cede a la presión de la mano. No es posible hallar imagen más inspiradora del numen de un poeta legendario, ni más apropiado para aventar el fuego de la devoción austera de los viejos castellanos.

Abandonamos la comitiva internacional cuando ésta se dirigía a admirar la rica tapicería que, según costumbre en la octava del Corpus, colgaba expuesta de las crujiás del claustro, y subimos a los calados de las torres a contemplar de cerca la robustez de aquellas la-

boreas que vistas desde abajo parecen a punto de quebrarse de puro delicadas.

Aquel campanario, falsamente endoselado por los encajes de los tímpanos de las flechas, recibía aluviones de aire y luz a través de sus calados. Y aquellas flechas, cuya esbeltez aguanta valientemente el empuje de los años y de los elementos enconados, pregonando la gloria de Juan de Colonia, hendían la diafanidad del cielo meridiano, atalayando los derroteros de los ondulados campos burgaleses, como alta diadema gloriosa de la cabeza de Castilla.

Los broncees, con las uñas de hierro hincadas en el viejo pedernal, calentábanse al sol, que invadía aquella urdimbre de risco laborado, desentumeciéndose de los rigores de las noches burgalesas rociadas de hielo. Colgados a diferentes alturas, parecían asomarse a curiosear con avidez lo que en la ciudad pasaba, como reclusos en las rejas de sus prisiones. Pronto empezarían a vocear al pueblo la hora meridiana aquellos viejos heraldos de la comunión de Cristo.

Desde la hondura de las calles sólo se escucha el plañido triste, la alegre vocinglería festi-

val o la severa orden de reposo de los campanarios; siempre los sacudimientos vibradores del bronce herido por el hierro; pero allí, en las altas soledades, tienen las campanas sus hablas calladas y poéticas en las inscripciones que las orlan. Decía una de ellas en la lengua de Roma: «*Yo alabo a Dios, convoco al pueblo, lloro a los difuntos, ahuyento las tempestades y alegre y hermosteo las fiestas*». Arrinconada y volteada hacia arriba, como dirigiendo al cielo sus palabras, decía una campana mansamente: «*Tota pulcra es amica mea et macula non est in te*». Y un bronce colosal, que teñía las piedras seculares con el lagrimeo verduzco de sus oxidaciones, asomaba la enorme boca fuera del hastial y dejaba caer sobre el pueblo estas palabras: «*Vox mea cunctorum sit terror demoniorum*». Y encaramado sobre él, contestábase otro bronce ágil y alegre que añoraba los volteos festivos: «*Venite adoremus Dominum*». Muy pagado de su abolengo, decía otro a cuantos se le acercaban: «*Petrus Abulensis me fecit*».

Un golpe vibrador seguido de otros descargados por un címbalo invisible, sacó a unos bronzes de su soñolencia y apagó la charla callada de los otros, obligándoles a vocear la ora-

ción del mediodía; y mientras la ciudad viviente hormigueaba en las callejas, aquel pueblo de piedra que cinceló Juan de Vallejo entre las labores del cimborrio, siguió bañándose al sol, indiferente al clamoreo de las campanas; ¿qué era un mediodía más para aquella multitud estática que asiste descuidada al paso silencioso de los siglos?...

.....

Teófilo Gautier y sus compañeros de viaje salieron de esta catedral, según propia confesión, deslumbrados, aplastados, ebrios de obras maestras: nosotros salimos orgullosos de ser castellanos.

XIV

LA SOMBRA DEL CID Y LA VOZ DEL ROMANCERO

L salir del viejo templo de San Nicolás de Bari de contemplar aquel admirable retablo, que es acaso en el capítulo de retablos la joya más preciada de la España ojival; en la soledad de una plazuela arcaica, frente a frente de Santa Gadea, evocamos la sombra del Cid. Y la sombra del Cid parecía venir, dócil a nuestra evocación, cabalgando en las nieblas de la tarde, entre vahos añejos de leyenda heroica.

Atardecía mansa y serenamente; el día huía lento, muy lento, con la lentitud del atardecer en Castilla en esos días largos de Junio, que parecen rebelarse a ceder el imperio del mundo a las tinieblas de la noche. Es la primavera que no quiere sombras, y sí luz, mucha luz, que ilumine sus hermosuras.

Ahuyentado durante el día por la carrera del sol, volvía a la ciudad, y se encallejonaba en ella amparado por la noche y como heraldo suyo, el frío de las yermas alturas burgalesas, mojado en los cejos del Arlanzón. Y entre aquella penumbra, fría como todo lo muerto, inefable como todo lo misterioso, callaba la historia sus sutilezas y distingos y su afán demolidor de poéticas tradiciones, y hablaba el romancero con su vieja voz de epopeya:

En Santa Gadea en Burgos
do juran los fijosdalgo,
le tomaban jura a Alfonso
por la muerte de su hermano,
tomábasela el buen Cid,
ese buen Cid castellano,
sobre un cerrojo de fierro
y una ballesta de palo...

¿Quién sabe ya de la ballesta de palo?... Pero el cerrojo de fierro allí estaba, hincado a los batientes de la iglesia, si no el mismo que empuñó aquel rey Alfonso que ganó a Toledo, otro que por la pátina de la herrumbre pudiera pasar, y pasa a los ojos del vulgo, por contemporáneo del Cid. La iglesia de Santa Gadea trae su abo-lengo del siglo oncenno, y aunque está bastardeada por restauraciones parásitas, las som-

bras, aquellas sombras que nos traían envuelta la del Cid legendario, tapaban con sus velos las bastardías del templo y podíamos soñarle a nuestra voluntad, libre de anacronismos, tal como debió ser en aquel siglo, antes de los albores románicos, inspirado sin duda en las reliquias latino-bizantinas.

Dejemos a los eruditos aguafiestas, meticulosos y disquisitivos, gastar los ojos, la salud y la vida buscando en los archivos comprobantes para menguar el heroísmo fabuloso del Cid, y admitámosle nosotros tal como le soñó la masa popular. ¿Qué importan sus exageraciones?... Para vigorizar los arrestos de la raza, cuando la raza tenía arrestos gigantescos, sirvió más el Cid de la leyenda que el de la historia.

En la soledad de esta plazuela ensombrecida, de arcaica catadura, oigamos su voz poetizada por los romancistas del siglo de oro, que han popularizado más al Cid que aquel primer monumento del habla castellana que lleva su nombre. Oigamos su voz viril y exigente, la voz del Cid que viene en uno de esos nubarrones orlados de brillante púrpura que hiere de espaldas, la luz del atardecer; la voz del Cid que

respira por las grietas de esos muros dene-
gridos:

• Villanos mátente, Alfonso,
villanos que no fidalgos,
mátente con aguijadas
no con lanzas ni con dardos...
mátente por las aradas
que no en villas ni en poblados,
sáquente el corazón vivo
por el siniestro costado,
si no dices la verdad
de lo que eres preguntado
sobre si fuíste o no
en la muerte de tu hermano...

La noche caía, caía espesando sus velos par-
dos sobre la cabeza de Castilla, y la sombra del
Cid tomaba en ella más relieve, y en el silencio
que todo lo llenaba, como voz del silencio mis-
mo, hablaba la del romancero.

Las imprecaciones del Cid tomándole la jura
a su rey, flotaban como una tempestad sobre
el pórtico de Santa Gadea; sus amenazas tenían
dejos apocalípticos, y sus razones, en fuerza de
ser inexorables y viriles para esclarecer la jus-
ticia, eran sangrientas y espeluznantes. Pero el
Cid se las había con otro héroe de proporci-
ones épicas, y cuando calló aquél, la voz airada

y ronca por la indignación, del rey Alfonso humillado ante exigencias del Cid, clamaba en el atrio mientras sus manos caían sobre los Evangelios:

Fincad ende mas sesudo,
don Rodrigo, con vos fablo,
catad que soy vuestro rey,
magüer que no esté jurado
y este cerrojo de fierro
y esta ballesta de palo,
como fincan en mí jura
fincan también en mi agravio.
Yo fago testigo a Dios
y a nuestro patrón Santiago,
que non he sido traïdor
en la muerte de don Sancho...

La voz del romancero seguía su diapasón manso y monorrímo con todos los apóstrofes que la indignación dictaba a los labios del rey para, después de ser reconocido por los burgaleses, terminar diciendo al Cid al fin de la jura:

Por estos desaguizados,
desavenencias y tuertos,
con título de enemigo
de mi reino vos destierro.

La noche había cerrado por completo, una de esas noches diáfanas que acercan el cielo, una de esas noches consteladas con tal inten-

sidad que su bóveda es un puro destello, una de esas noches provocadoras del vértigo de lo infinito. La plaza y sus afluentes callejuelas empezaban a dormirse en la solemnidad de aquel silencio que para nosotros tenía heroicas voces de ultratumba; y en vez de ahuyentarle, parecía hacerle más soñoliento el zumbido pertinaz de las alamedas del Arlanzón.

Los barrios altos y vetustos, el Burgos viejo y tradicional, yacía silencioso viendo pasar en las sombras de la noche heroicas remembranzas, mientras en los barrios ribereños modernizados parpadeaban cien luces y zumbaba la vida.

Apagados los ecos de los reales apóstrofes de Alfonso VI, volvió la voz del Cid a llenar el ámbito de la plazuela desierta. Ya estaba desterrado de Castilla, pero no doblaría la frontera patria sin que antes le oyera el Rey:

Téngovos de replicar
y de contrallarvos tengo,
que no han pavor los valientes
ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
a manos de los denuestos,
menos mal será enforcarme
que el mal que me habedes fecho.

Y pues gasté mis haberes
en prez del servicio vueso,
y de lo que hubè ganado
vos fice señor y dueño,
non me los confiscarédes
vos ni vuestos consejeros,
que mal podrédes tollerme
la hacienda que non tengo.
De hoy más seré facendoso,
pues hoy de vos me destierro
y de hoy para mí me gano,
pues hoy para vos me pierdo.

Y tras de esta réplica viril y lógica a las injusticias reales, encárase el Cid con cuantos le calumniaron o rebajaron sus méritos ante el rey, y le oímos apostrofar a los hidalgos de Villalón, a los caballeros de Valduerna, a los homes buenos de Villalba y a los cristianos de *Sansueña* y decirles:

Yo soy aquel que mis armas
toda la semana entera
non se quitan dos vegadas
del cuerpo que las sustentan...

La luz amarillenta y mortecina de un farol esquinado y la lluvia sideral de reflejos azulados, lejos de alumbrar las callejas, emborronaban sus líneas, y a ojos abiertos pudiérase soñar reconstruyendo el Burgos del siglo doce

que nos dejó descrito el judío Xerif Al-Edrisi. Escalamos aquellas callejuelas que faldean el cerro y dimos con el lienzo de la muralla que bajaba despeñado por la ladera desde la cumbre en que yacen los escombros del famosísimo castillo. Un arco amarillento de herradura le horadaba; era aquella una puerta evocadora, sus líneas mudéjares venían a ayudar al romancero la labor retrospectiva de remembranzas históricas que en nosotros hacía. Volvía la sombra del Cid; volvía volandera a flotar ante nuestros ojos al recorrer el recinto arcaico, reconstruyendo las descripciones del judío Xerif. Y si en el atrio de Santa Gadea habló tomándole jura a su rey, aquí, junto al lienzo militar desalmenado y hendido, era la sombra del Cid triunfador la que evocamos, el Cid entrando por las puertas de Burgos con su hueste agobiada bajo el peso de los laureles y del botín de guerra, el Cid que vió *ensancharse a Castilla delante de su caballo*; venía ofreciendo al rey, en pago de su destierro, los tributos de los reyes moros vencidos en sus temerarias empresas.

Por eso en la solemnidad de aquella noche, y al pie de los bastiones medioevales, volvió a hablarnos el romancero haciéndose eco de la

voz de Alfonso VI; pero no de los apóstrofes salidos respirando venganza por las heridas de su realza ofendida, sino de la voz conmovida brotando de su pecho agradecido y confeso de pasadas ingratitudes:

Ceñid los membrudos brazos
al cuello que bien os quiere,
por ser asaz de tal dueño
que el mundo otro par no tiene...
No atendais tuertos que os fice
pues tan buen precio merecen,
que no quise en mi servicio
homes a quien sirven reyes.

Y ciñéronse los membrudos brazos a aquellos otros no menos membrudos, y ya las figuras de epopeya del monarca y del caudillo marcharon abrazadas por el resto de la senda gloriosa que aún tenían por recorrer en su vida de ajetreo militar, de brega incansable y de heroísmo áspero y rudo. Y al fin de esta carrera encontraron cortándosela los muros de la imperial Toledo, que aún no era imperial, y los abatieron, y el rey y el caudillo aposentaron dentro de ellos.

Vagando al azar, dimos en aquella campa donde unas piedras llenas de inscripciones y orladas de escudos pregonan el lugar que ocu-

pó el solar del Cid. Aquella campa es despejada; a sus pies negreaba el caserío y fosforecían las luces de la ciudad en el cristal del río: la ciudad parece tenderse en muda veneración a los pies de aquellos lastrones que la recuerdan su héroe favorito. Allí fué donde *cuidaba Diego Lainez de la mengua de su casa*, y lloraba las afrentas del conde Lozano sin bríos para vengarlas; fué allí donde *pensativo estaba el Cid viéndose de pocos años*; fué allí mismo donde dijo a Lainez: *soltedes, padre, en mal hora, soltedes, en hora mala*; fué allí donde para vengar las afrentas a su linaje, *descolgó una espada vieja de Mudarra el castellano* y viéndola mohosa por tantos años de ocio la dijo:

Haz cuenta, valiente espada,
que es de Mudarra mi brazo,
y que con su brazo riñes,
porque suyo es el agravio...

Vientos de romancero, auras de leyenda, aromas rancios de gesta, como espolvoreados de los archivos y tomando ecos atávicos de los tiempos medios, pasaban en revueltos remolinos aleteando sobre la cabeza de Castilla en la augusta severidad de una noche estival.

Bajamos de la puebla vieja por la calle de

Fernán González; cada azulejo de estas calles es una frase evocadora de un mundo de remembranzas. La luz mortecina de un farol clavado en el recio contrafuerte de la puerta alta de la catedral vertía un fulgor amarillo que el viento agitaba, y a compás de los parpadeos de la luz parecían parpadear los ojos de aquellos apóstoles rígidos que guarnecen la portada; y cuando pisamos ya la puebla nueva, antes de huir la vista de la vieja, desde su último esquinazo cuarteado y denegrido, sonó el eco de la voz cascada y envejecida del Cid de los últimos tiempos de su vida:

si de mortales heridas
fincare muerto en la guerra
llevadme Jimena mía
a San Pedro de Cardaña.

Y al entrar en la puebla nueva, entre el rumor de las gentes que bullían vagando por las calles y las tonadas chulescas de un piano callejero, se apagaron las voces de los romances y ante la luz de los arcos voltaicos se desvaneció la sombra del Cid...

LAS HUELGAS Y MIRAFLORES

ASPERO y tortuoso de calzadas, avaro de luz y de ambiente, mezquino y vulgar de caserío, no muy sobrado de policía y huérfano de aseo es aquel barrio que, formado por una urdimbre de callejuelas angostas, ciérnese al pie del cerro donde aún blanquean las ruinas del castillo que fué durante muchas centurias atalaya y amparo de la ciudad de Burgos. Aventúranse los turistas a callejear por aquellas alturas, buscando la iglesia de San Esteban, antigua catedral, o los rotos mampuestos de la muralla, o ambiente local, siempre pintoresco en los barrios bajos y abandonados, a pesar del desaseo y la miseria, en toda gran metrópoli o pequeño villorrio y sobre todo en las pobladas por raza latina.

Limpiad, acicalad, urbanizad a la moderna, higienizad a Nápoles, ciudad famosa por sus encantos y por su sordidez, y le quitaréis la mitad, por lo menos, de la peregrinación cosmopolita que incesantemente acude a visitarla.

No era menguada la que ambulaba por los barrios altos de la ciudad de Burgos aquella tarde de Junio, entre las aclamaciones, el sobeo y las peticiones de niños astrosos que jugaban en el arroyo embasurado, y la curiosidad de rostros adultos que atisbaban el paso de los turistas desde ventanas y balcones. Aquellos barrios a la luz del día pierden el aspecto evocador con que los tiñe la luz mortecina de la noche, ayudada por la de los recuerdos.

Sólo ruinas quedan ya del famoso castillo; obra de más utilidad para el vecindario en los tiempos que corremos, ha ocupado su lugar; hoy no necesita la noble ciudad, cabeza del condado de Castilla, su fantasma de catadura feudal que la defienda; en cambio, el caudal de agua que guarda aquel cerro para desparararla por la ciudad entera, la defenderá de muchas miserias.

Con aquel castillo perdió la ciudad un viejo pregón de sus glorias, y un rico filón de leyen-

das, la poesía popular. En él nació don Pedro de Castilla, aquel rey «asaz grande de cuerpo, blanco e rubio e ceceoso en la fabla; muy cazador de aves, muy sufridor de trabajos, muy temprado e bien acostumbrado en el comer e beber», según testimonio del cronista Pero López de Ayala, el cual añade en elogio del rey que «dormía poco, fué muy trabajador en la guerra e amó mucho a las mujeres».

Aquel castillo, pues, si no tuvo la categoría de alcázar, fué, sin embargo, albergue de reyes y cuna de príncipes, ¿en dónde había de tenerla sino en una fortaleza el alma de hierro de don Pedro *el Cruel*?...

Un día como éste, del mes de Junio, en el año de 1813, presentose ante el castillo el rey José con el ejército fugitivo del mariscal Jourdan amparando aquel famosísimo equipaje, producto de las expoliaciones artísticas de toda España. Venían con él toda su corte, su gran parque militar y aquella gavilla de españoles afrancesados a quienes les olía a pólvora la cascaca. Venían en retirada desde Madrid, huyendo de lord Wellington que, husmeando sus huellas, se les echaba encima al frente de cien mil aliados. Aquel largo convoy fugitivo, aquel

ejército desalentado y aquel cortejo medroso que le seguía no lograban paz ni sosiego en su huida, asediados por la espalda por lord Wellington y fogueados de flanco por los guerrilleros españoles invisibles como fantasmas. Y así llegaron a Burgos, y rendidos de las marchas aceleradas, hicieron alto en la ciudad del Cid, cuyos huesos se estremecerían de regocijo en su sepulcro al toque de retirada de los tambores imperiales. Al cabo de dos días de descanso tomaron de nuevo el camino de Francia, pero antes de abandonar la cabeza de Castilla, dejaron en ella un recuerdo imborrable de su paso destructor. El general d'Aboville, que ocupaba el castillo, recibió la orden de abandonarle y unirse con su guarnición al ejército del rey José, y al cumplirla, concibió su destrucción.

Minó la reciura de sus cimientos y cargó las minas abiertas con seis mil granadas de los repuestos, y tal fué su precipitación en darlas fuego que al estallar la espantosa máquina, alcanzó a los mismos que la prepararon y tendió muertos por las laderas a más de un centenar de dragones de la brigada que desfilaba a retaguardia.

Con la larga polvareda que alzaba en los llanos el ejército que huía mezclóse la siniestra nube de fuego que alzó la explosión formidable; y si su lluvia mortífera alcanzó a los advertidos, ¿qué estrago no haría en la ciudad descuidada y en el vecindario desprevenido? Cuando regocijábese de la marcha de los franceses, después de haberlos padecido durante cinco años, la ruina, la desolación y la muerte cayeron sobre la cabeza de Castilla, y los aterrados oídos de los burgaleses debieron escuchar ecos apocalípticos en aquella hecatombe que acaso, en los primeros momentos, juzgaron debida a causas sobrehumanas.

Claros indicios del estrago conservan aún muchos edificios de Burgos, y viviente pregón de los efectos del estallido es la fachada de la iglesia de San Esteban, que daba frente al castillo en aquella descampada ladera del cerro, y fué baluarte que amparó de la descarga al caserío agazapado a sus espaldas, quedando ella medio en ruinas.

Wellington, que ya estaba a la vista de Burgos con los anglo-españoles, pudo repetir las palabras del Gran Capitán en Ceriñola al ver la voladura de sus polvorines: «son las lu-

minarias de la victoria»; pues a pocos días, y a no muchas leguas, alcanzó a los franceses obligándoles a presentar batalla, y dió el último puntapié al ejército intruso en los llanos de Vitoria. Si desde ellos, arrebatados entre los pliegues del viento a través de la llanura, llegó el eco de los metrallazos a las murallas de Burgos, el estremecimiento entusiástico de los corazones patriotas de sus moradores sería más profundo que el que sintieron en la voladura del castillo.

En la altura del cerro, tostados por el sol de las primeras horas de la tarde, soñábamos con aquella famosa retirada, término y laurel de la gran campaña de los aliados. Creíamos ver desfilar, siguiendo la derrota de Francia, por aquella llanura polvorienta y abrasada, a los mejores soldados del mundo en el sereno orden de retirada en que los amaestró su caudillo. Creíamos verlos con sus uniformes imponentes y vistosísimos, rotos ya, descoloridos y mugrientos; flagelados por el hambre, abrasados por la sed y el clima ardiente, contaminados de plagas asquerosas, comidos por las calenturas y fogueados por los guerrilleros; pero siempre marciales, siempre serenos y siempre

valientes, que no en balde eran los discípulos de aquel gran maestro de la guerra que fué el azote de las viejas dinastías. Entonces, las viejas dinastías caían sobre él con centenares de miles de combatientes, estrechándole, asediándole, ansiosas de vengar el escarnio de muchas humillaciones, y el Emperador corso ordenaba a sus ejércitos replegarse a las fronteras de su imperio para defenderlas contra el poderío armado de la Europa entera.

Creíamos ver aquella retirada penosa, retardada por el gran convoy que el ejército custodiaba y por la muchedumbre de amedrentados bonapartistas que los seguía amparándose en ellos. El sol de España, enemigo de los invasores, los abrasaba como en Bailén, y creíamos ver caer bajo sus fuegos en los flancos del camino a los héroes de la epopeya napoleónica heridos por brazos invisibles, y apelmazar más el convoy y hacer más penosa la retirada con los carros de las ambulancias repletos de heridos.

Unas reatas de carromateros que a la sazón avanzaban por el camino en aquella tierra clásica de la arriería, hacían nuestra evocación más completa, y vistas a lo lejos desde aquella

altura y entre las nubes de polvo que alzaban, pudieron tomarse por los trenes de la artillería francesa o por el equipaje del rey José. Oíanse los relinchos de los caballos, los chasquidos de las fustas, los gritos de los conductores, el sordo rodar de las cureñas, sólo faltaba el eco de los trabucazos de los guerrilleros.....

.....

Por la *Calle del Hospital de los ciegos* descendimos a la puebla baja a media tarde y entramos en las florestas del Paseo de la Isla, entre las cuales gorjeaban los niños, más que los pájaros, descansaban los viejos gozando de la juventud de la naturaleza, ya que no podían de otra, y paseaban los mozos contemplando a las mozas idénticamente que en todos los paseos públicos de todas las poblaciones.

Vadeando el río por el Puente de Malatos, emprendimos la jornada al Real Monasterio de las Huelgas que aislado en medio de un paisaje sobrio de líneas y ceñido de terrenos labrantíos alza su masa, enorme y heterogénea, de líneas movidas y accidentada silueta, coronada por aquella torre de catadura militar, hosca y fornida, que parece la atalaya de un feudo. Entre sus almenas blanqueaba una cigüeña

que de cuando en cuando alzaba el vuelo reposado y se bañaba con deleite en la serenidad de la tarde. ¿Cuántos siglos hará que el pájaro sagrado del Egipto viene a pasar los rigores estivales sobre las piedras denegridas del viejo monumento castellano? Acaso habrán visto sus ojos acentuarse gradualmente la pátina del tiempo en sus muros y acaso en coloquios inefables, el pájaro y las piedras van repasando la propia espectación al paso de siglos enteros. Otras cigüeñas merodeaban por los terrenos vecinos, avanzando ceremoniosamente entre la admiración y el entusiasmo de dos extranjeras vetustas, flacas, cegatas y encorvadas, que las seguían encantadas, llamándolas mimosamente como si se tratara de un perro faldero; si hubieran sabido que las cigüeñas se alimentan de sabandijas quizás no se hubieran acercado tanto a ellas.

El amplio compás de las Huelgas estaba desierto y mudo, bañando callada y deleitosamente el terciopelo verduzco que encuadra sus lastrones seculares, en las llamaradas del sol vencido de la tarde.

Al hollarle, también aquí nuestras pisadas alzaron ecos legendarios; esos ecos que nos

han seguido en todo nuestro peregrinar por los viejos solares castellanos. Esta monumental y famosa fábrica tiene también el acento apagado de los siglos, y un poder evocador de gloriosas rancias. Fundación de la Orden del Cister y sepulcro de reyes, atribúyese vulgarmente su origen al deseo de Alfonso VIII de conmemorar plásticamente, con obra más duradera que la memoria de las gentes, la gran jornada de las Navas de Tolosa. Pero llegaron los historiadores con sus manos lavadas a echar por tierra la tradición y averiguaron, en sus sondeos a los archivos, que antes de la famosa batalla, ya la piedad de doña Leonor de Inglaterra, mujer del héroe de la misma, había removido estos terrenos para hincar los cimientos del monasterio. Fueron anteriormente aquellos lugares de solaz y esparcimiento de las personas reales, y de ahí su nombre de Huelgas, y otra opinión dice que el origen de este nombre viene de ocupar el monasterio el estadio de asueto para los ganados de la ciudad en aquellos tiempos remotos.

A pesar del aserto de los historiadores, el recuerdo de la batalla de las Navas va más unido a este monasterio que el de la de San Quin-

tín al del Escorial. Apenas abandonáis aquel compás deslindado por el recio murallón de la iglesia que sostienen ciclópeos contrafuertes, en cuyos entrepaños se han cegado las arquerías, dando aspecto más austero y formidable a la fábrica, y penetráis en el atrio que da ingreso al templo por el crucero, el guía, el guardián o el paisano a quien interpeláis os dirá que aquella línea de muchos sarcófagos de piedra, que como un zócalo resaltado ciñen las paredes, guarda las cenizas de los caballeros muertos en las Navas peleando contra los almohades.

Por eso llaman a este atrio, pequeño y primoroso como un camarín de leyenda, la nave de los caballeros. Y ya dentro del edificio, a través de rejas, os enseñarán pendiente de las bóvedas el pendón arrebatado al Miramamolín por los caballeros castellanos en el fragor de la pelea. Preciosa pieza arqueológica cuyo origen ha sido también bastardeado por la boca del vulgo, pues no es tal pendón, sino un trozo de la tienda de campaña del sultán almohade.

La tradición popular siempre es poética, y para más serlo suele pecar de exagerada; hacíasela menguado trofeo de un triunfo tan

grande la tienda de campaña del caudillo vencido, y convirtiola en la bandera, en el símbolo que agrupó a tantas gentes contra Castilla en las abrasadas navas de Sierra Morena.

Es el monasterio de las Huelgas sepultura de reyes: guarda las cenizas de Alfonso VII, de Sancho III, de doña Berenguela, de Enrique I, de Alfonso VIII, de doña Blanca de Portugal, de doña Leonor de Inglaterra y de muchos príncipes e infantes; pero la clausura veda llegar a admirar los enterramientos de cuyas hermosuras se hacen lenguas los contadísimos afortunados que, por circunstancias especiales, han podido contemplarlos. No es sólo este deseo del visitante el que ataja la clausura, pues también quedan sus ojos sin satisfacerse en las labores románicas de los claustrillos, ni en aquellas otras del patio de San Fernando que fueron trabajadas por alarifes mudéjares. Es, pues, este monasterio para los ojos del turista y del arqueólogo una golosina que no les dejan saborear ni aun a medias, y averiguan que sólo han andado en pequeñas cataduras al pensar todo el matalotaje artístico que debe ampararse debajo de aquella enormidad de tejados heterogéneos.

Por eso oís allí *el lamentar* de los viajeros, que no es dulce como el que oyó Garcilaso a los pastores Salicio y Nemoroso, sino, agrio y políglota. Como la zorra de la fábula a las uvas, lanzaba el turismo internacional miradas de apetito a la reja frontera de la clausura, paseándose junto a ella, pero no repetía el dicho de la zorra de que están verdes, sino: están maduras, y no sabemos por qué las señoras monjas han de querer disfrutar ellas solas de esa madurez. Allí los guías se desgañitaban explicando la clausura de la Orden del Cister, pero convencían a pocos: vayan ustedes a hablar de clausura a los ingleses que no han dejado rincón en el mundo donde no metan las narices y posen los zapatones. En fin, nos contentamos con ver la nave del crucero y cabeza del templo, atisbar a través de las rejas lo que pudimos y recordar las ceremonias que allí tuvieron lugar de armar caballero al Rey Santo y de coronar a Alfonso XI y a Enrique de Trastámara.

Acaso no hubo en Castilla abadengo más poderoso que el de las Huelgas: setenta y cuatro pueblos estaban sujetos a su jurisdicción, y tan extendida estaba la fama de su poderío,

que dió ocasión a aquella humorada tan repetida del cardenal Aldobrandino cuando dijo: «Si el Papa hubiera de casar, no encontraría mujer más digna que la abadesa de las Huelgas de Burgos.»

Como este Monasterio promete mucho y da poco al turista, no dura su visita gran espacio y le presta una tarde suficiente para llegarse por aquellos campos, en ameno y suave paseo, al Hospital del Rey, fundación también de Alfonso el de las Navas, pero apenas con reliquias arquitectónicas de su tiempo. Tiénelas, en cambio, del de Carlos, el Emperador, y brillando con toda la magnificencia que en ellas ponía. Construyóse este Hospital para que en él posaran los peregrinos y romeros que iban a Santiago de Compostela; por eso en la rica ornamentación plateresca de sus portadas alternan, con los motivos de exorno propios de tal estilo, las conchas de los peregrinos y la cruz de la Orden del patrón de España, como en San Marcos de León; y la imagen de Santiago en hábito de peregrino preside la puerta principal ocupando una hornacina elevada en el centro del ático. Estas puertas y las primorosas labores mudéjares de la techumbre de la

primitiva Iglesia, resaltan su hermosura sobre los aditamentos pesados y robustos que en el edificio marcan el paso de las manos de los arquitectos del rey don Carlos III de Borbón, gran protector de este Hospital.

Aquel cochero patilludo y musculoso que parecía un guerrillero del Empecinado, nos esperaba en el paseo de la Isla para conducirnos, guiando dos valientes jacas, a la Cartuja de Miraflores. Por la orilla izquierda del Arlanzón, y a buen trote, nos alejamos de la ciudad por el paseo de *La Quinta* para llegar entre las frondosidades del *Soto* a la puerta Real del parque de la Cartuja.

La imagen del rey trovador que evocamos bajo las alfajías del alcázar de Segovia vuelve aquí de nuevo: la imagen de aquel rey don Juan por quien preguntaba Jorge Manrique en sus coplas. Tenía el padre de este rey, gran amigo de la cetrería, un parque de caza extramuros de la capital de Castilla en término de Miraflores y en su testamento ordenaba a su hijo que se le cediese a los monjes cartujos para que fundaran una casa de la Orden de San Bruno. El rey don Juan II cumplió la disposición testamentaria de su padre y aprovechaban-

do el palacio de don Enrique III se establecieron en Miraflores los cartujos. Un incendio le destruyó a poco de fundarse y a tal incendio se debe su actual suntuosidad. Acordose elevar de nuevo la fábrica y encargose de trazar los planos, cuando brillaba en la arquitectura en toda su esplendidez el gótico florido, a Juan de Colonia, autor de las agujas de la³ catedral, siguiendo a su muerte fielmente sus inspiraciones su hijo Simón de Colonia y Garci Fernández de Matienzo. Llamamos a la puerta, franqueósenos, y entre las sombras de adentro blanquearon los hábitos de un lego, atendió éste nuestra demanda y penetramos en la Cartuja. De la aglomeración ingente de edificios que la forman sólo la iglesia y la sala capitular tienen carácter artístico, en el resto, dice Lampérez, la austeridad de la Orden cartuja se impuso al fastuoso gótico alemán de los Colonias. Nuestro guía, que era un cartujo que hablaba bastante y bien, nos condujo a la iglesia, joyel primoroso que guarda las más altas concepciones del cincel de Gil de Siloé. Allá van los ojos ávidos, sin reparar en la belleza del recinto, a posarse en el sepulcro de don Juan II. En aquel enorme bloque de alabastro entraron

los dedos del artífice castellano guiando al buril como el aguijón de la abeja en la cera del panal.

Gil de Siloé terminaba la obra de estos enterramientos en 1493, bajo el reinado de los Reyes Católicos y bajo los últimos espléndidos aleteos del arte ojival. Gil de Siloé inauguraba en la Cartuja de Miraflores, a compás que Pablo Ortiz en la capilla de don Alvaro de Luna, de Toledo, aquella espléndida floración de la estatuaria, que duró todo el siglo xvi y gran parte del xvii, mantenida por los cinceles de Diego de Siloé, los Berruguete, Felipe de Borgoña, Alejandro Fancelli, Miguel Florentín, Bartolomé Ordóñez, Gaspar Becerra, Juan de Juni, Cristóbal de Andino, Esteban Jordán, Juan de Res, Luis Giraldo, Guil'ermo Doncel, Jácome Trezzo, León y Pompeyo Leoni, Gregorio Hernández, Martínez Montañés, Monegro, Mena, Pedro de la Cuadra y Alonso Cano, que arrancaron al alabastro, al bronce y al leño esa genial iconografía, honor de la España artística, que puebla los ámbitos de retablos, enterramientos, fachadas y sillerías en templos y palacios.

Gil de Siloé fué a la vanguardia de esa plé-

yade de artifices ilustres, y antes de romper con el estilo *bárbaro*, como entonces llamaban al ojival, aprovechó su ornamentación gallarda y fluída, pero en el trazo de las imágenes dió de mano al hieratismo y la manera del Renacimiento guió su cincel al trazarlas, poniendo en las estatuas yacentes aquella naturalidad y fidelidad realista aprendida de los maestros italianos. Este mausoleo lo prueba: sobre la profusión ornamental, que es un alarde de fastuosidad gótica, están tendidas las imágenes del rey don Juan y su mujer; vuelve la cabeza el *Rey poeta* fuera del sarcófago, y al contemplar aquel rostro perfectamente oval y hermoso y la robustez del tronco, recuérdase el retrato que el cronista Pérez de Guzmán nos dejó del padre de Isabel la Católica: «fué—dice—de grande y hermoso cuerpo, blanco y colorado mesuradamente, de presencia muy real, tenía los cabellos de color de avellana, la nariz un poco alta, los ojos entre verdes y azules, inclinaba un poco la cabeza y tenía piernas, pies y manos muy gentiles».

Es tal la riqueza del sarcófago que mandó labrar la Reina Católica para sus padres y seduce tanto su hermosura, que Napoleón, que

fué a verle al pasar por Burgos, estuvo estudiando la manera de llevárselo a París, a pesar de su enorme tamaño y de la dificultad del transporte por falta de medios, y a buen seguro que hubiera llevado a cabo su pensamiento si los azares de la guerra no le hubieran distraído y obligado a abandonar Burgos rápidamente.

De la misma mano y del mismo estilo es el arco sepulcral del infante don Alfonso, hermano de la reina Isabel; la estatua es orante y, a pesar de haber sido cincelada a fines del siglo xv, tiene todo el realismo y la expresión de los buenos tiempos del Renacimiento. Es idéntica a la del doncel don Juan de Padilla, paje de la Reina, muerto en el cerco de Granada, cuyo mausoleo, procedente de las ruinas de Frensesval, se conserva en el museo de Burgos. En ambos aprovechó Gil de Siloé las galanuras del gótico florido para ornamentar los arcos sepulcrales y riñó con este arte al trazar las estatuas que, como las de los Reyes, tienen la plasticidad y el realismo de los tiempos clásicos, resultando de esta selección de adornos de uno y otro estilo conjuntos admirables.

El nombre de Gil de Siloé no cae de los labios mientras se visita la Cartuja; después de

admirarle en el alabastro de los mausoleos, sigue la admiración ante las tablas del retablo hecho por el mismo, ayudado por Diego de la Cruz y estofado con el oro que trajo Colón de América en su segundo viaje.

Famosas son las vidrieras del ábside encargadas a Flandes por la reina Isabel, cosa extraña cuando a la sazón vivían en Burgos los famosos vidrieros policromistas Juan de Valdivielso y Juan de Santillana.

En la nave única del templo parece que quiso el amor filial de la reina Isabel acumular en homenaje a la memoria de su padre un caudal de primores artísticos: después de los sarcófagos, el retablo; después del retablo, las vidrieras, y después de éstas, las sillerías del coro. El de monjes es de gótico geométrico, contrastando con el de conversos, de traza elegantísima del Renacimiento.

El cartujo que nos servía de guía nos condujo luego ante la imagen de San Bruno, tallada por el portugués Pereira; es tal el emocionante realismo de su expresión, que si nos dejaran a solas con ella yo creo que, involuntariamente, al cabo de un rato, la dirigiríamos la palabra.

La campana de la Cartuja tañía suavemente la hora del atardecer, y cuando nosotros abandonábamos el templo, cruzábanle las albas siluetas silenciosas de los monjes que blanqueaban con intensidad en la luz vencida del crepúsculo.

Salimos al parque; cantaban en sus frondas los pájaros de la tarde con ese gorjear dulce y melancólico de los crepúsculos primaverales en la soledad de los bosques, que parecen arrullos al sol que se duerme. Caía la noche sobre las arboledas que envuelven el monumento, y allá quedaba solitario, arbolando en la altura de la colina, el enterramiento de aquel Rey que fué *hombre muy trayente, muy franco, muy esforzado e muy gracioso; dábase mucho a leer libros de filósofos e de poetas; era buen eclesiástico, asaz docto en la lengua latina e mucho honrador de las personas de ciencia; tenía muchas gracias naturales; era gran músico; tañía e cantaba e trovaba muy bien; dábase mucho a la caza; cabalgaba pocas veces en mula, salvo habiendo de caminar; traía siempre un bastón en la mano, el cual le parecía muy bien.*

Y por el mismo estilo sigue su largo panegírico y retrato el cronista Pérez de Guzmán, del

cual se deduce que el rey don Juan supo serlo todo menos rey, que era lo que más necesitaba ser. Bien lo conocía su claro entendimiento cuando en las mayores amarguras de su reinado exclamaba: «naciera yo hijo de un mecánico y fuera fraile del Abrojo que no rey de Castilla». Elevó, sin embargo, en ésta la cultura intelectual a un grado hasta entonces desconocido, y mientras las discordias civiles desolaban a Castilla los poetas cortesanos cantaban bajo los reales artesones, y mientras se empobrecía el reino se enriquecía el lenguaje, y así como las cortes castellanas y aragonesas preparaban con su labor callada la futura grandeza de España así aquellos bardos de las postrimerías medioevales iban labrando los cimientos de nuestro espléndido lenguaje. En medio del desbarajuste espantoso que ardía en Castilla cantaban los poetas y el rey con ellos, bien así como los niños cantan para ahuyentar el miedo. Poeta y hombre de gobierno ¡qué mal casan estas palabras!

La Cartuja quedaba arriba, arbolando su masa de sarcófago en la umbría ennegrecida por la noche, y las auras nocherniegas cantaban en el bosque florecido y aromado de efllu-

vios primaverales con un murmullo manso y melancólico que en nuestros oídos tomaba el dejo de las coplas de Jorge Manrique: parecían decir las arboledas de la Cartuja:

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán,
qué fué de tanta invención
como trujeron?...
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
e cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras?
¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus colores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos,
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar
de músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel danzar
y aquellas ropas chapadas
que traían?...

El viento se dormía en su canturia y el rodar perezoso de nuestro coche apagó sus ecos soñolientos...



EN LAS CABECERAS DE LA SIERRA CÁNTABRA

¡SALVE, CASTILLA!

He llegado al final de la jornada,
y en pos dejando la llanura inmensa,
he visto un copo de neblina densa,
señuelo de tu umbral, patria adorada.

Allá queda la estepa calcinada,
y al mandarla un adiós, la mente piensa
que te hacen, ¡oh, Castilla!, grave ofensa
los que te juzgan muerta y desangrada.

El sol que al asperón de tus ciudades
prestó el matiz del oro, es el sol mismo
que te alumbró a través de otras edades.

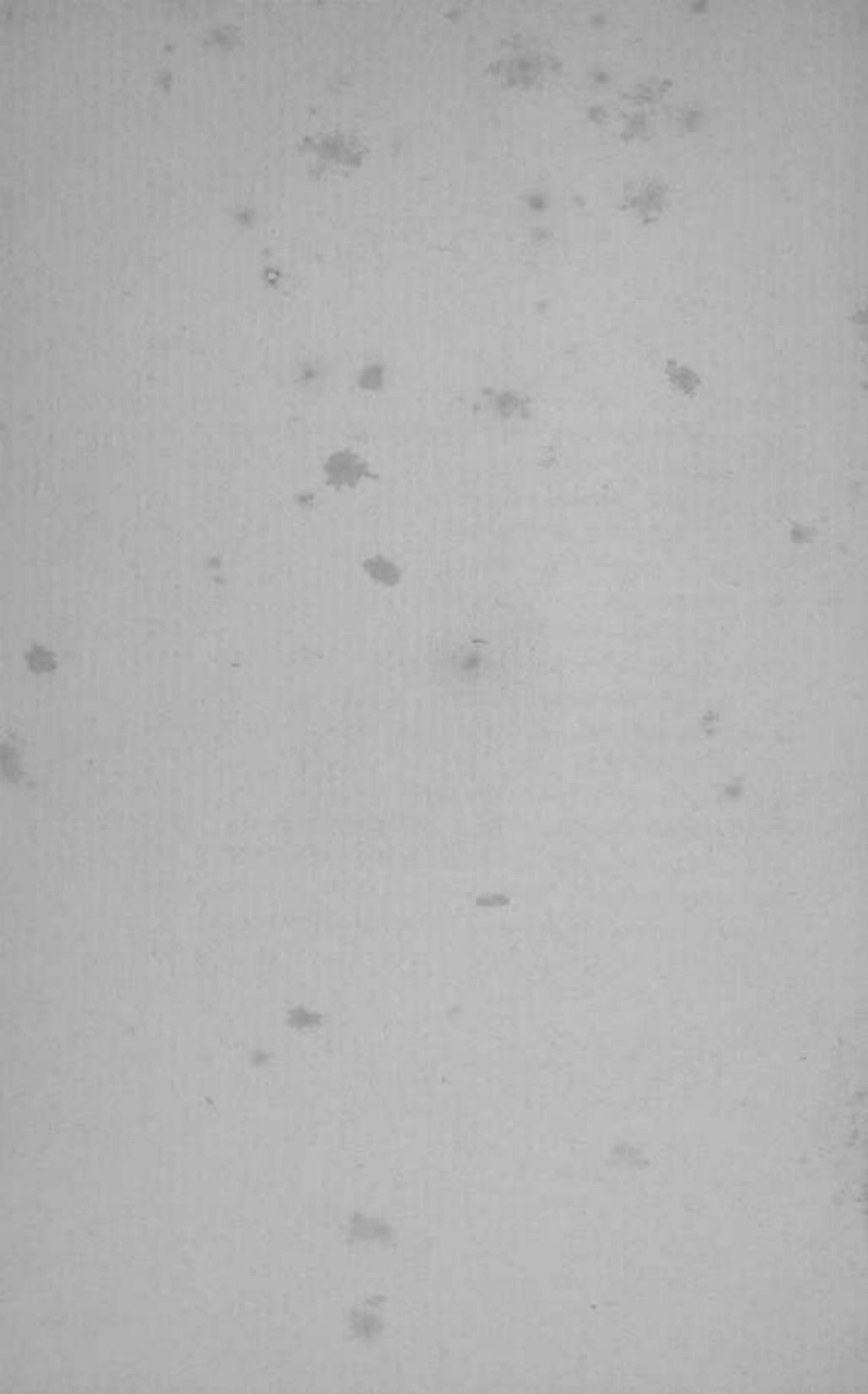
No caerá tu memoria en el abismo,
que en la luz de tus muertas majestades
el espectro arderá de tu heroísmo.

FIN



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo.....	5
I.—Tierra de Campos.—Un temporal en la llanura..	17
II.—Legionis.....	33
III.—Pulchra Leonina.....	49
IV.—En la prisión de Quevedo.....	69
V.—Por los campos góticos.....	85
VI.—Salamanca	113
VII.—La Atenas española.....	133
VIII.—En San Esteban de Salamanca.....	155
IX.—La villa teresiana.....	175
X.—Avila del Rey.—I.....	197
XI.—Avila del Rey.—II.....	217
XII.—La ciudad de Juan Bravo.....	237
XIII.—Caput Castellæ.—En la metropolitana.....	257
XIV.—La sombra del Cid y la voz del Romancero...	283
XV.—Las Huelgas y Miraflores.....	295
En las cabeceras de la sierra cántabra.—¡Salve, Castilla!	319









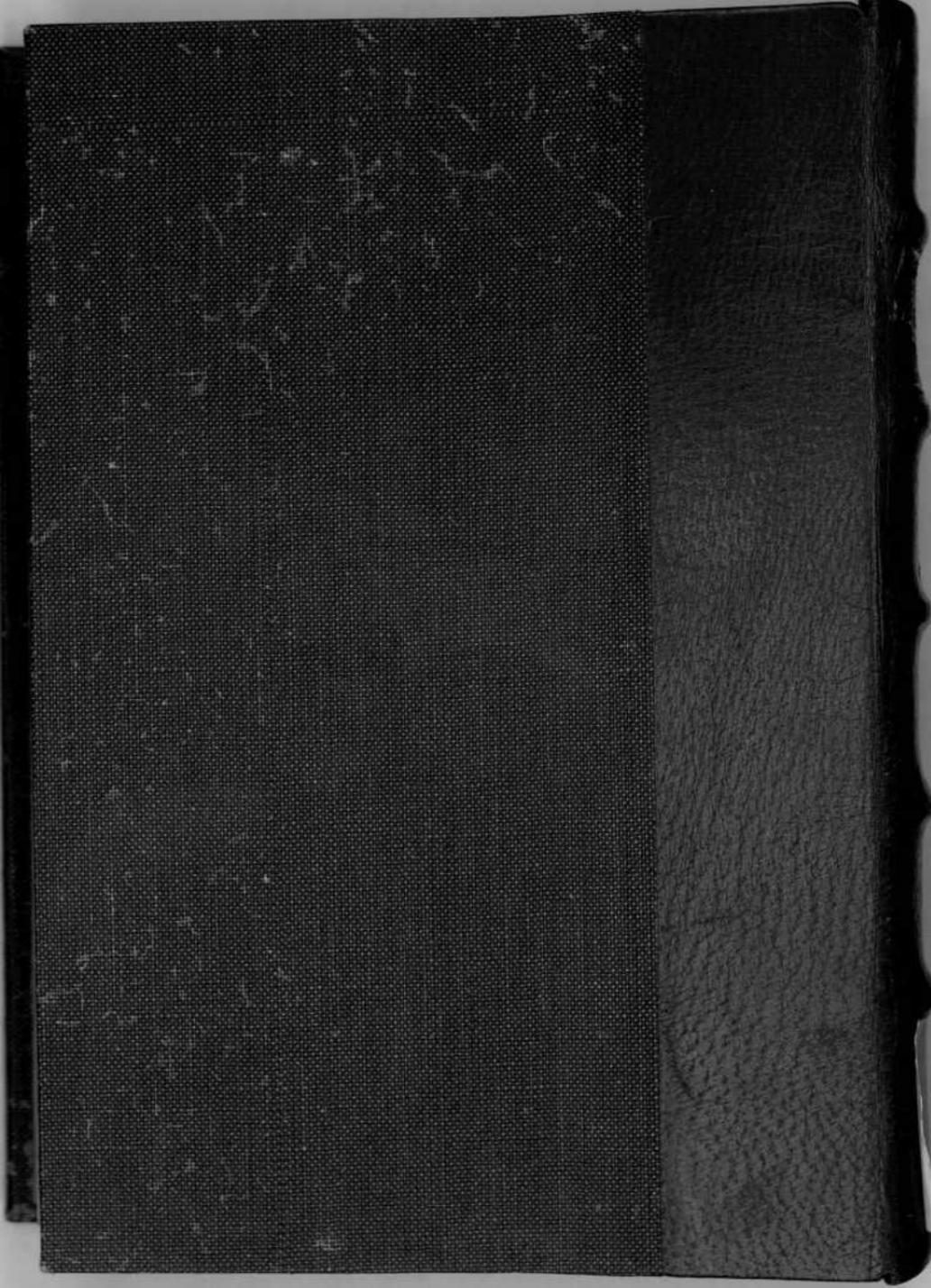




180E de Celms de Carrera Vera

C37-





J. M. AGUIRRE

DE CASTELLA
VETULA

G 38050